ÁNGEL EXPÓSITO

MI ABUELA SÍ QUE ERA FEMINISTA

MUJERES SUPERHEROÍNAS QUE DESMONTAN EL EMPODERAMIENTO DE POSTUREO

HarperCollins

ÁNGEL EXPÓSITO

MI ABUELA SÍ QUE ERA FEMINISTA

MUJERES SUPERHEROÍNAS QUE DESMONTAN EL EMPODERAMIENTO DE POSTUREO

HarperCollins

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S. A.

Avenida de Burgos, 8B - Planta 18

28036 Madrid

Mi abuela sí que era feminista. Mujeres superheroínas que desmontan el empoderamiento de postureo

© 2023, Ángel Expósito Mora

© 2023, para esta edición HarperCollins Ibérica, S. A.

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.

Diseño de cubierta: LookAtCia

Imagen de cubierta: Shutterstock

ISBN: 9788491398899

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Créditos

Dedicatorias

Prólogo

1. «Mamá, han dicho el nombre de papá en la tele»

2. «La revolución feminista la hicimos nosotras desde lo más profundo de España»

3. «¿Miedo? Nunca he tenido miedo»

4. «He conocido muchas cosas malas, las peores, gracias a él. Quiero pensar que ya está olvidado».

5. «Hila, soy Carlos, un soldado español. Os vamos a sacar de aquí»

6. «¿Sabes qué?, como mi hijo, todos aquellos chavales están en el cementerio»

7. «Aprendí que el odio y la venganza no son fáciles de curar»

8. «¡Vamos a por ello, que se puede!»

9. «A mí no se me muere nadie a bordo»

10. «En mi piso de Caracas dejé hasta las toallas colgadas»

11. «Mi madre dice no a todo, pero yo siempre digo sí»

Epílogo. Valentina «la Macaria», mi abuela

Agradecimientos

Por orden de aparición… a mi abuela Valentina «la Macaria», a la Paqui, a Pilar y a Marta Wang.

A tantas mujeres a las que he conocido durante los últimos años, capaces de cambiar el mundo (y su mundo) mientras sus hombres, ausentes de los hijos, de la familia y de la realidad, guerreaban (o se perdían) sin piedad ni límite.

A más superheroínas favoritas, muchas de las cuales no aparecen en este libro.

Prólogo

Cuando mis editoras, Olga Adeva e Isabel Blasco, me plantearon la idea de este libro que tienes entre las manos, me asaltaron algunas dudas: ¿Cómo combinar el minuto a minuto de un programa diario de radio con el medio y largo plazo de las entregas a la editorial? ¿Cómo entremezclar en mi cabeza (y en la agenda) el programa de esta noche con las citas para entrevistar a las protagonistas?

Y la lista de mujeres. Una a una. Y las muchas que se han quedado fuera, quién sabe si para una segunda oportunidad.

Así que, resueltas las dudas, reordenada la cabeza, priorizada la agenda y escogidos los nombres propios, nos lanzamos a la aventura ignota que siempre supone un libro.

Y descubrí o me reencontré con historias increíbles. Con vidas orgullosas, valientes, anónimas y ejemplares. De toda condición y de todas las generaciones.

Desde la infinita solidaridad y entrega de María, Antonia y María Jesús en aquella escuela infantil en Kiev (Ucrania), hasta la memoria venezolana de Juana bajo el volcán de La Palma, pasando por el valor y el honor de Cristina, capitán enfermera del Ejército del Aire mientras rescata y cura a inmigrantes en su helicóptero del SAR.

Desde la increíble madurez de Hila, que con quince años rescató a toda su familia de Kabul (Afganistán), hasta Carmen Quintanilla, memoria viva de la Transición democrática española y luchadora incansable por los derechos de la mujer rural, pasando por la atroz experiencia de la hermana Gloria Cecilia Narváez, secuestrada durante cinco años por bandas de yihadistas en el corazón de África.

Desde mi admirada Conchita Martín, viuda del teniente coronel Blanco, asesinado por ETA en la puerta de su casa, hasta la actriz Gloria Ramos, campeona de baloncesto en la película Campeones, pasando por Pilar Aural, que reparte bolsas de comida en su Pato Amarillo en Madrid Sur.

O Sylvia, la gimnasta, que llora de ilusión mientras entrena a sus atletas chadianas camino de los Juegos Olímpicos. Y Remedios, maltratada durante años, hundida y rodeada, que sale adelante cosiendo y limpiando en las Tres Mil de Sevilla…, posiblemente el barrio más tirao de Europa.

¡Qué lecciones de feminismo! ¡Qué capacidad de lucha y superación! ¡Qué poca demagogia! Y con sus increíbles lecciones de vida, todavía se sorprendían cuando les planteaba que me contaran sus recuerdos y su día a día.

No sé si habremos conseguido trasladar a estas páginas lo que se lee en los ojos de todas ellas.

Espero que sí, a sabiendas de que el olor de una alcantarilla de Kabul mientras te rescatan los boinas verdes es indescriptible. Como inenarrable es el amor de tres misioneras bajo las bombas en Ucrania, o el orgullo de una madre sola que saca adelante a su familia tras enterrar a su marido asesinado por ETA.

Con toda la crudeza de la realidad en los rincones del mundo en los que habitaron y habitan, y con las emociones a flor de piel por el sufrimiento y el esfuerzo de todas estas mujeres; con todo, este libro es un libro de alegrías. Porque todas ellas acaban empoderadas… y bien. Empoderadas de verdad por ellas mismas, no por eslóganes y políticas de quinta división.

Todas estas mujeres son para comérselas a besos.

Prepárate, querido lector, para homenajear a tu madre, a tu abuela, a tu pareja o a tu hija.

Prepárate, querida lectora, para verte reflejada en el feminismo ejemplar y auténtico de Conchita, María, María Jesús, Antonia; Gloria, Hila, Sylvia, Remedios, Pilar, Cristina, Gloria, Carmen,

Juana y «la Macaria».

Preparaos para un chute de orgullo y «Marca España».

Solo espero que cada una de ellas eche una lagrimita al verse entre estas mujeres ejemplares y terminen su capítulo con una sonrisa de autoestima, fuerza y orgullo.

¿Y sabes qué?

Este no es un libro sobre la igualdad, sencillamente, porque ellas son mucho mejores.

1
«Mamá, han dicho el nombre de papá en la tele»

CONCHITA MARTÍN

Colaboradora de la Fundación de Víctimas del Terrorismo

Pedro me mentía siempre para tranquilizarme. «No vayas en coche oficial», le decía yo, y creía que cogía el autobús, pero no: iba en un coche oficial camuflado con su inmediato superior, el general Plasencia, que le recogía en la calle Pizarra esquina con Virgen del Puerto, a dos manzanas de nuestra casa. Y como fumaba como un carretero —tres cajetillas de Ducados al día—, solía irse unos minutos antes de la hora para echarse un cigarro mientras esperaba, y eso que vivíamos en alerta terrorista permanentemente.

Aquella mañana, como siempre, Pedro esperaba en la esquina, el coche del general debía estar a punto de llegar. Pero, al pasar los asesinos por delante y ver allí a Pedro, no sé, debieron de ponerse nerviosos y detonaron la bomba que habían colocado en un coche aparcado en el lugar. Solo murió él.

Hacía un frío horroroso aquel 21 de enero del 2000. Cuando se produce un atentado bomba —nosotros ya habíamos vivido alguno de cerca, habían atentado siete veces en el barrio— se queda todo en silencio, como si Madrid dejara de respirar. Se detiene el tráfico, se llena todo de humo y luego solo se oyen sirenas.

Oímos claramente la explosión y vimos la columna de humo desde la ventana. Mi hija Almudena, que tenía quince años, estaba a punto de irse al colegio, y así lo hizo, pues en ningún momento pensamos que pudiera ser él. Pedro tenía 9 añitos y aquella mañana se había quedado en casa con gripe. Yo no pensé más que en mis amigas, en que le habría tocado a alguno de sus maridos y llamé a dos de ellas. A una, cuyo esposo era de la Armada y acababa de

llegar a Madrid con los niños muy pequeñitos, le dije: «Tráete a los niños a casa y que no vean nada», pero la Policía ya no los dejaba salir. Luego llamé a los Tomé. Tenía miedo por Emilio, amenazado por ser ayudante del rey, pero respondió él mismo y me preguntó: «Tú ¿estás bien? ¿Dónde está Pedro?». «Hace ya tiempo que salió de casa», le respondí.

Todos en el Ministerio sabían que iba en el coche oficial del general. Así que comenzaron las llamadas desde allí: primero, alguien de Intendencia; luego, desde su oficina, las secretarias y el sargento mayor preguntando por Pedro, y a todos les decía que debía de estar a punto de llegar a su despacho. Pero entonces llamaron a la puerta: era un policía militar que me preguntó si Pedro había cogido su coche. Le dije que no, que lo usaba yo, que Pedro cogía el autobús. Cuando se fue, preocupada, cometí el error de poner la televisión para que Pedrito se entretuviera con los dibujos. El teléfono sonó de nuevo, esta vez era el delegado del Gobierno el que preguntaba por Pedro.

Cada vez más preocupada porque la familia de quienquiera que hubiera sufrido el atentado necesitaría ayuda en casa, fui a vestirme, y en ello estaba cuando el niño vino corriendo a la habitación, muy angustiado, y me dijo: «Mamá, han dicho el nombre de papá en la tele». Yo traté de calmarlo negando la mayor —a esa edad los niños aún hacen caso a sus padres—: «No, papá no es», y es que seguía pensando que no era Pedro.

Mientras tanto, el teléfono no paraba de sonar y no tardaron en llamar a la puerta: eran el jefe de Asuntos Económicos del Ministerio de Defensa y el general Muñoz, que habían llegado a la vez que el SAMUR. Y mi niño entonces empezó a llorar. El jefe me dijo: «No te preocupes. Nos vamos a hacer cargo de todo». Y poco después, mi casa se llenó de gente: mis amigas y sus maridos, los vecinos… Total, que a partir de ese momento ya no tomé yo cartas en el asunto.

Aquella mañana la bomba de ETA había explotado para la familia Blanco-Martín, mi familia. Los asesinos mataron a mi marido, pero no lo vencieron. Y a mí tampoco.

***

Conchita Martín es una mujer menuda pero inmensa, tanto que cuando entra al salón de su casa, donde me ha invitado a charlar con ella, lo llena por completo. Sonríe y te colma de ternura, entre otras cosas porque su sonrisa sorprende, después de lo que ha vivido. De sus labios pintados de rojo sale a menudo la palabra amigas, pues sostiene que para las mujeres son mucho más importantes que los amigos para los hombres.

Impresiona ver en ese salón la bandera de España, enmarcada y protocolariamente plegada. La bandera que cubrió el féretro del teniente coronel Pedro Antonio Blanco. Recuerda a la perfección el ceremonial, cuando en el funeral la guardia militar la dobló lentamente, de esquina a esquina, sin dejar una sola arruga o imperfección, hasta convertirla en un triángulo. A su lado destaca la pared dedicada a Pedro Antonio. En dos marcos lucen las medallas, las condecoraciones —dice Conchita que no tuvo tiempo de conseguir muchas— y las escarapelas de profesor de la Escuela de Estado Mayor. Conchita donó el fajín azul de diploma del Estado Mayor al monumento que honra a los caídos en el Cuartel General del Ejército. En un cajón guarda todos los cordones que Pedro lució como cadete, como teniente…

Hija de guardia civil, y orgullosísima de serlo, tiene mil veces más valor que cualquier terrorista de ETA, como los que asesinaron a su marido y a otras casi mil personas. Solo se le saltan las lágrimas, y pocas, cuando recuerda a su hijo ante el televisor aquella mañana del 21 de enero del año 2000. Y si su sonrisa es contagiosa, también su pena.

Es una de esas mujeres que ejemplifica como nadie la victoria del honor sobre la cobardía y la irracionalidad de los asesinos.

La infancia de Conchita Martín transcurrió en tres casas cuartel situadas en el valle avulense del Tiétar, en la comarca de las Cinco Villas: las de Mombeltrán, Cabezas del Villar y San Bartolomé de Pinares. Recuerda bien cómo crecían los hijos de los guardias civiles sujetos a un régimen casi militar, como sus padres y madres. Ninguno de aquellos niños y niñas podía imaginar entonces que el

orden y la disciplina les iban a servir muchos años después, en el caso de Conchita ya pasada la cuarentena, para afrontar el dolor con un espíritu y un sacrificio imbatibles.

Su padre, Winefrido, fue durante toda su vida guardia primero, y a mucha honra. Era uno de esos agentes de la Benemérita que terminan sus años en el Cuerpo igual que entraron, como guardia mondo y lirondo. Era un tipo rudo pero prudente; de pueblo, pero formado. «Un santo», según su hija. Su madre, la Generala, era parlanchina y algo mandona, como denota ese apodo que nada tiene que ver con el grado o escalafón del cabeza de familia, puesto que este solo rige en las relaciones entre los guardias, mientras que hijos y esposas o maridos son, por encima de todo, vecinos que conviven en la casa cuartel como iguales.

Conchita era una niña feliz, pero de carácter duro, durísimo, bajo la sonrisa y la prosa inconfundibles de una niña que entonces como ahora ya se expresaba de manera admirable, algo que, a buen seguro, heredó de su padre, el guardia primero Winefrido.

Recuerda sonriendo el camino al colegio. Dos kilómetros de ida y dos de vuelta, siempre acompañados por un guardia que los llevaba y los recogía. Y se le iluminan los ojos al recordar aquellas caminatas bajo la lluvia con cinco, seis o siete añitos, a resguardo bajo el capote de plástico del agente de servicio. También que se pasaban la vida jugando a la puerta del cuartelillo, con una alegría tan solo quebrantada cuando la pareja de patrulla traía a un furtivo y lo encerraba en el calabozo. «Mamá…, ¿qué le hacen los guardias a ese hombre?», le preguntaba a su madre. Y ella le respondía: «Nada…, le dan una copita de anís». Y luego la encerraba en casa, por si las moscas, hasta que trasladaban al furtivo.

A su padre le gustaban los canarios y los cuidaba con delicadeza. Se acuerda de un día en que el teniente coronel, en una visita de rutina, descubrió un canario enfermo, casi desplumado, y le recomendó a Winefrido un ungüento de huevo. Curiosa mezcla la de estos rudos veteranos de la Guardia Civil en un puesto de la sierra de Gredos y la delicadeza de la cría y cuidado de pájaros.

El guardia primero Winefrido nunca quiso ascender. Su gran don era la escritura, pulcra, elegante y sin faltas de ortografía, lo

que por entonces era un mérito indiscutible y ahora empieza a ser un milagro. Esa particularidad, además de contagiarla en casa, le sirvió para ocuparse del papeleo de oficina y de los informes de sus superiores, y gracias a ella consiguió el traslado a la Comandancia de Ávila. La familia se instaló en un piso. Del patio y los juegos a la puerta de la casa cuartel pasaron a una casa de vecinos en la capital. Y resultó muy duro para aquella niña que, además, no era buena estudiante.

Pasaron los años y Conchita conoció en su último curso de bachiller a Pedro Antonio Blanco, un cadete del Ejército de Tierra. Estamos en los primeros años de la década de los setenta. Se acerca la Transición, Franco se aproxima a su final y comienza, por razones obvias, una etapa de la Historia especialmente delicada (e interesante) para vivirla en el ambiente castrense. Aquel cadete se formaba en la Academia de Intendencia de Ávila. Los alféreces eran la atracción de las muchachas murallas adentro. La prestancia, la disciplina y, sobre todo, la educación los hacían tan pintones como sumamente correctos. ¡Qué diferencia! ¡Qué clase!

Pedro Antonio, Petroño para sus colegas, era hijo de soldado. De un militar —muy militar— del anterior régimen. Los cuñados de Conchita eran un ingeniero de Telecomunicaciones y una licenciada en Químicas, lo que parece probar que la pulcritud, orden y capacidad de Petroño con los números, que pronto le hizo destacar entre el resto de cadetes, era cosa de familia.

Las citas entre Pedro y Conchita siempre comenzaban en «Los Cuernos», un bar cuyo nombre ella no recuerda, que recibía su apodo por unos tiradores en forma de cornamenta en la puerta de entrada. Los cadetes de Intendencia como Pedro se ganaban a las mozas como rosquillas ante la eterna indignación de los muchachos de Ávila. Es decir, casi, casi… ley de vida.

Empezaron a salir como pareja «oficial» en 1974 y dos años más tarde, con Franco recién fallecido, Conchita se casó con el ya teniente Blanco. ¡Quién les iba a decir a ambos que aquel hombre de uniforme formaría parte involuntaria de la historia más negra de España…!, ¡y con todo el honor! El joven matrimonio se mudó al parque de Lisboa, cerca del nuevo destino de Pedro en la División Acorazada, Base de Retamares, al oeste de Madrid. «Vivíamos todo

el día acuartelados. Mis recuerdos de aquellos años no son gratos. Yo viví la Transición con mucho miedo», dice Conchita.

Durante esta primera etapa en Madrid, poco antes del traslado a Sevilla, Conchita tuvo que afrontar otra de esas pruebas terribles que conforman un carácter invencible, uno de esos dolores que solo soportan las mujeres. En el Hospital Central de la Defensa Gómez Ulla, como ella misma afirma, aprendió «a superar el dolor… físico». Y es que la vida le preparó una primera prueba de fuego a nuestra protagonista, lo que se conoce como un doble útero, del que fue operada casi a vida o muerte.

Pocos años más tarde llegó la etapa sevillana en la base de helicópteros de El Copero, en Dos Hermanas. Pedro informatizó —hablamos de 1980— el sistema operativo desde cero, lo nombraron capitán y volvió a destacar, esta vez como «copero». De Sevilla regresaron a Madrid dos años después y, lo que es la vida, casi como un milagro, con Conchita feliz y embarazada a los veinticuatro años. Destino: la base de Colmenar Viejo. Recuerda que en aquella vivienda contaban con un teléfono para recibir llamadas externas, pero ellos no podían realizarlas.

Allí, en Colmenar Viejo, la vida le hizo pasar a Conchita una nueva prueba de fuego. El dolor insoportable de un aborto espontáneo la despertó de madrugada, perdió el bebé y a los dos días los médicos creyeron que había llegado su hora. El doctor Ruiz de la Hermosa le dio la noticia al capitán Blanco: «Su esposa se está muriendo». Pero el médico se equivocaba, a pesar de que Conchita había llegado, como luego supo, a tener tres de tensión mínima. Fue la mano de Dios quien la salvó, afirma, y que «ahí cambió todo en nuestra vida. Aprendimos, entonces, a superarlo todo».

Durante el tratamiento posterior ya les advirtieron que si querían ser padres debían optar por la adopción. Y se enrolaron en ese proceso inenarrable para quien no lo ha vivido. Solicitaron la adopción en toda España e incluso en Francia. Así, en 1984, con tres días de vida, Pedro y Conchita recogieron a Almudena en la Casa de la Madre, una maternidad del Auxilio Social donde se atendía a personas sin recursos, situada en el número 120 de la calle Goya. Y en 1989 hicieron lo propio con Pedrito, diecisiete días después de su nacimiento en el hospital Gregorio Marañón, ya bajo

administración y competencia autonómica del Menor de la Comunidad de Madrid. Otra prueba superada por los dos.

Pedro Antonio siguió ascendiendo y logró uno de sus objetivos desde que era cadete. Consiguió plaza en la Escuela de Estado Mayor ya como comandante. Y entonces pasó por delante de la familia uno de esos trenes que, según dicen, nunca se deben dejar escapar. Le ofrecieron destino en la agregaduría militar de la embajada española en Washington, pero Pedro ya se había comprometido con sus mandos en la Escuela de Guerra… y dijo que no. «Dios mío —suspira Conchita al recordarlo—, cuánto nos hubiera cambiado la vida». Incluso reproduce la frase lapidaria que pronunció su suegro, por entonces militar retirado: «Pero, vamos a ver, ¿acaso no prefieres ir a saludar a Reagan?».

Transcurrieron los años y otro tren estuvo a punto de detenerse en sus vidas con destino al Palacio de la Zarzuela, Cuarto Militar del rey. Pero también pasó de largo para detenerse —¿quién se lo iba a decir?— en el último destino de su carrera y de su vida como secretario general técnico en la Dirección de Asuntos Económicos del Ministerio de Defensa, dedicado a labores de intendencia con el grado de teniente coronel. Pedro Antonio se convirtió en uno de los mayores expertos en «contratación OTAN». «Recuerdo —cuenta Conchita— cómo montó en casa dos pantallas (yo nunca había visto eso) y con un portaminas muy fino planificó los gastos y la inversión de aquel despliegue del Ejército en Albania». Se refiere a la conocida como Operación Alfa-Romeo, una misión de ayuda humanitaria del Ejército español en apoyo, dentro del marco de la OTAN, a los refugiados kosovares en Albania, en abril de 1999, con el objetivo de construir un refugio que albergara un máximo de 5 000 personas. Por entonces la familia ya vivía en la fatídica calle Virgen del Puerto, en uno de tantos barrios de Madrid repletos y conocidos por sus colonias de viviendas militares.

Pedro no tenía jefes como tales en su día a día. Por no tener, no tenía ni coche oficial: «Mi marido iba al trabajo en autobús y de paisano, pero el general Plasencia le había ofrecido que lo acompañara en el coche oficial», cuenta Conchita.

Y entonces les cambió la vida.

Hemos dejado la casa de los Blanco-Martín llena de gente tras confirmarse el asesinato de Pedro Antonio Blanco, que lo convirtió en la víctima número 770 de ETA y supuso la ruptura de lo que se conoce como «la tregua trampa», decretada unilateralmente por la banda en 1998 y rota también unilateralmente aquel 21 de enero tras dos intentos frustrados de atentado a finales del año anterior.

La madre de Conchita, la Generala, se plantó en aquel piso lleno de gente y se puso a repartir tilas. Almudena, a quien habían ido a recoger al colegio, aún pensaba que su padre solo estaba herido cuando llegó a casa, no le habían dicho nada. Corrió hacia su madre y le dijo: «Mamá, ¿qué haces aquí? ¡Vámonos al hospital, que papá estará solo!». Conchita simplemente negó con la cabeza y la niña se derrumbó. En ese instante, Conchita les demostró a sus hijos una entereza que no es de este mundo. Les dijo: «Vamos a comportarnos como él querría». Pensó que entre levantarse y derrumbarse solo hay una opción válida. Y tardó muy poco en retomar las riendas de su vida.

Resulta imposible ponerse en el lugar de esa madre, con ese miedo, en shock tras el asesinato de su marido tan solo unas horas antes. Pronto estuvo todo organizado. El ministro de Defensa, Eduardo Serra, se puso el primero de la fila y Conchita solo le pidió una cosa: «Yo me quiero ir de esta casa». También recuerda cómo su suegro, aquel militar de Franco, empezó ahí a perder la cabeza y ella decidió que «si teníamos que llorar, lloraríamos solo en casa». Al día siguiente, en la capilla ardiente instalada en el Cuartel General del Ejército, durante el velatorio, la Generala se dirigió al ministro para decirle: «Mi hija lo que necesita es ponerse a trabajar». Y entonces se vivió un momento que pone los pelos de punta. La suegra recordó que Pedro presumía de ser donante de órganos, y uno de sus compañeros susurró tajante: «Tal y como ha quedado, pocos órganos podría donar». Cuando detonó, el teniente coronel Pedro Antonio Blanco estaba literalmente pegado al coche bomba, a tan solo un metro, y su cuerpo había sido propulsado a doce metros del vehículo. Fueron sus primos los que se encargaron de reconocer oficialmente los restos en el Instituto Anatómico Forense.

Conchita no dejó de recibir el apoyo de sus amigas —que allí

siguen porque como afirma Conchita, «las mujeres se sostienen entre ellas»—, los compañeros de su marido, del Ejército y de la Administración de aquellos años ni un solo instante, a la cabeza el entonces presidente Aznar, a punto de estrenar su segundo mandato, pues el atentado sucedió en mitad de la campaña de las Elecciones Generales del 2000, y su ministro de Defensa, Jaime Mayor Oreja. Y, no sé si más importante, pero sí muy emocionante, el apoyo del millón de personas que salió a la calle el 23 de enero para gritar, una, y otra, y otra vez, «¡BASTA YA!».

Por pura casualidad, según cuenta Conchita, se convirtió en una de las primeras víctimas en hacer declaraciones, aunque como ella misma dice «sin yo saber que me estaban grabando». Su madre se había instalado en la casa de Virgen del Puerto esos días para atender, con la ayuda de Justino —«mi secretario», como lo llama Conchita, que hoy es general de División—, y que su hija no tuviera que enfrentarse a todos los que reclamaban alguna declaración o querían dar el pésame personalmente. Debía estar la Generala atendiendo a otros asuntos aparte del teléfono, cuando entró una llamada. Era un periodista con acento argentino que le contó cómo había caído la noticia del atentado en Argentina. Daba la casualidad de que un buen amigo argentino de Pedro, el oficial Simoneli Pierre, estaba invitado a comer en el domicilio de los Blanco-Martín el 22 de enero, una cita que tuvo que anularse. Y Conchita, en recuerdo del amigo, y pensando que lo que ella dijera no saldría publicado en España, respondió a sus preguntas. Y así lo cuenta: «¿Qué han conseguido con esto los terroristas?», me dijo y le respondí: «Nada. Han destrozado una familia y han matado a mi marido, pero no han conseguido nada. Si me vencen a mí… nos vencen a todos». Resultó que aquel periodista de acento argentino trabajaba en Radio Nacional de España y emitieron las declaraciones. «No había dicho nada especial, pero se lio parda —sigue contándome Conchita—. No era habitual escuchar a una víctima hacer declaraciones, aunque, en verdad, las mismas fueran “robadas”».

Decidió entonces alejarse de los medios y mantener la cabeza fría para no terminar como tantas amigas que, veinte años después, como ella dice, «siguen arrumbadas». Hasta que una mañana de finales de enero sonó de nuevo el teléfono. Al otro lado, el Jefe de

Estado Mayor del Ejército de Tierra (JEME), quien le habló de la posibilidad de conceder una entrevista, solo una, a RTVE. Por entonces, era Javier González Ferrari quien dirigía los informativos de la televisión pública, un antiguo compañero de pupitre de Pedro Antonio Blanco en el colegio Sagrados Corazones. Durante años habían recorrido juntos el centro de Madrid desde el colegio hasta la casa de cada uno. Ferrari recuerda que Pedro era un niño serio, brillante con los números, hijo de militar. Perdieron el contacto cuando Pedro eligió la rama de Ciencias —estaba cantado— y él la de Letras.

Otro compañero del colegio lo había llamado a su despacho del Pirulí aquel 21 de enero y desde ese día había movido todos los hilos a su alcance para conseguir la entrevista. Así cuenta él como se enteró del asesinato de Pedro.

—¿Lo has oído…? Otro atentado —le dijo.

—Sí, claro —respondió Ferrari—, lo estamos contando desde bien temprano. Es un militar. En Madrid otra vez. Un teniente coronel, creo.

—Es Pedro Antonio Blanco…, nuestro compañero del cole.

Javier González Ferrari rebuscó en sus cosas al llegar a casa y allí encontró las fotos oficiales de las clases de aquellos años. Junto a él, codo con codo, Pedro Antonio. Pocos días después, Ferrari llamó al JEME y le pidió que lo ayudara a contactar con la viuda.

Se citaron en Torrespaña. La entrevista se llevó a cabo en un estudio pequeño ante un equipo reducido. Se grabó y fue emitida el 27 de enero en prime time, tras el telediario de las nueve que presentaba Alfredo Urdaci. Nunca antes, como aquella noche, España había visto la fuerza, la dignidad y la categoría humana de una víctima del terrorismo. Ferrari le entregó una copia de las fotos del colegio. Y ella recuerda la charla como una de las entrevistas de su vida: Yassir Arafat, Henry Kissinger… y Conchita Martín. Veintidós años después, aún conserva una copia de aquella exclusiva, que quiere digitalizar para que algún día sus nietos la vean, la escuchen y la sientan.

Unos meses después, tal y como su madre le había pedido al ministro de Defensa en aquella capilla ardiente, Conchita comenzó a trabajar de administrativa en el Instituto Social de la Defensa (ISDEFE) y se trasladó con sus hijos al barrio de Moncloa y allí ha vivido y trabajado casi casi hasta hoy.

Desde entonces, ha asistido a veinticinco funerales, entre los que recuerda con especial emoción el primero, en el que un joven capitán se le acercó y le dijo: «Señora, gracias a usted miro a mi esposa de manera diferente». Y otro en la Escuela de Guerra, cuando el director le dijo que el entonces príncipe de Asturias acudiría a la misa. Al terminar la ceremonia, el actual rey de España se acercó a ella, la acompañó a tomar un café y estuvieron charlando sobre su familia. Sobre aquellos niños que se convirtieron en seres diferentes.

Almudena dejó, de sopetón, de ser una adolescente, para convertirse en una mujer que ha heredado de su abuelo y de su madre esa claridad de expresión, y de esta última la valentía y la dignidad de los que no se callan y siguen reclamando justicia. Es ella quien recuerda que, al día siguiente del atentado, antes de salir de casa hacia el funeral, su madre les dijo a ambos: «A papá no le hubiese gustado que montáramos ningún número». Esta hoy traductora de inglés, francés, alemán e italiano une su voz a la de su madre para reclamar justicia, cuando se conceden prebendas a los asesinos. Por ejemplo, sin ir más lejos, en 2022 una de ellas fue beneficiada por la política de acercamiento de los presos a las casas de sus familiares.

Pedro, demasiado pequeño para comprender y asimilar, si es que algo así puede asimilarse alguna vez, sigue recuperándose de aquella bomba que, tal y como dijo Conchita en el juicio contra los asesinos, «no solo estalló en la calle Pizarra, sino que destruyó también el centro de mi hogar, lanzándonos a cada uno en una dirección». Tuvo que irse a estudiar a Suiza para alejarse del dolor, y hoy vive inmerso en su mundo de las motos. Pero, como afirma su madre, «Pedro desconfía del ser humano desde que ETA asesinó a su padre».

El 8 de diciembre de 2021 Conchita se jubiló. Juega al golf dos días por semana en La Dehesa, muy cerca de aquel primer destino

madrileño de Pedro, y emplea buena parte de su tiempo en ir a los colegios a explicar a estudiantes de todas las edades cómo se sobrevive al asesinato de un ser querido. También en cuidar y disfrutar de sus dos nietos de once y cuatro años. Su madre, la Generala, murió con noventa y cinco años en 2019; su padre, aquel santo guardia civil, había muerto poco antes. Los padres del teniente coronel Pedro Antonio Blanco fallecieron apenas unos años después del asesinato.

A Conchita le encanta la política y la discute, y reconoce que guarda rencor a los asesinos de su marido. «Cuando lucho por nuestros derechos como víctimas del terrorismo, me ayuda. Pero cuando veo a Otegui o a otros, me enervo contra todo. Porque lo que se denomina el nuevo relato no triunfa, pero siento que la gente lo consiente. La gente se relaja y nos obliga a luchar por nuestros derechos». Siente una rabia enorme, aunque solo le asomen las lágrimas cuando narra el instante en que el niño le dijo: «Mamá, han dicho el nombre de papá en la tele».

Conchita mira al futuro con la intención de ayudar a descubrir quiénes fueron los autores intelectuales del terror. «Lucho yo para que mis hijos vean que hay que luchar».

POSTDATA: La dignidad

¿Te imaginas vivir con miedo años y años, ver que tu marido o tu hija salen a trabajar y dudar, para tus adentros, si van a volver con vida? ¿Te puedes poner en el lugar de una esposa o madre que sabe que, en cualquier momento, a su marido o a su hijo lo van a reventar, a amputar o a descerrajar un tiro en la nuca? ¿Y si lo secuestran? ¿Cómo será el zulo? Ya, ya sé que es una persona fuerte, muy fuerte, pero… ¿aguantará la tortura, la humedad, el maltrato y las vejaciones?

¿Cómo se vive con el miedo a que te maten a ti o a los tuyos? Debe ser insoportable. Tanto que me resulta imposible ponerme en el lugar de tantas «Conchitas» desoladas, viudas o huérfanas para siempre.

¿Te imaginas ese desgarro que no cesa?

No puedo ni pensar cuántas veces las víctimas del terrorismo se habrán dicho para sus adentros: «¿Por qué no me fui con él? ¿Por qué no lo acompañé?».

Me parece impresionante la capacidad de las víctimas de generar… DIGNIDAD. Es como si su sistema inmune les provocara una reacción en cascada de honor, fuerza, valentía, resistencia y dignidad. La frase: «Han destrozado una familia y han matado a mi marido, pero no han conseguido nada. Si me vencen a mí… nos vencen a todos» lo dice todo.

¿Se puede educar sin odio a los hijos después de que hayan visto a su padre reventado, literalmente, en la acera? No sé cómo se puede soportar eso: tu padre en el suelo, desnudo, mientras los sanitarios intentan lo que saben que es imposible. Pero las víctimas lo soportan. Y generan durante el resto de sus vidas… dignidad y más dignidad, con fe religiosa o sin ella, pero con un honor inalcanzable… «como habría querido papá».

¡Qué dolor! ¡Qué angustia! ¡Qué desazón! Porque una víctima del terrorismo lo es para siempre. Nunca tendrá «beneficios» de ningún tipo. Ni beneficios penitenciarios ni homenajes populares. La viuda (porque el porcentaje de ellas es mucho mayor que el de ellos) no podrá volver al pueblo para ser recibida como gudari. Tan solo le queda la lápida, la urna o el lugar donde volaron las cenizas. Y los recuerdos.

Pero es que, además, por si fuera poco, el sufrimiento crece en una espiral loca hacia el exterior. Y no se detiene nunca. Porque a los sueños, la angustia y las lágrimas, de repente se une el relato. El puñetero relato. La repugnante manipulación política del relato histórico a modo de excusa. Una manipulación que recuerda aquel «Algo habrá hecho», y que no hace sino ahondar en el dolor. Cada homenaje, cada beneficio, cada cesión, cada terrorista liberado, cada provocación son un escupitajo sobre las víctimas. Un escupitajo asqueroso sobre la lápida o en las cenizas.

Y quedan los hijos. Y su educación y el futuro. Quiero destacar cómo salen adelante con un odio tan medido como pausado. ¿Tú

serías capaz de no odiar hasta el infinito? Ellas sí. Consiguen transmitir firmeza y bondad, y que los huérfanos hereden esos VA-LO-RES.

En definitiva, nunca podremos agradecer la dignidad de las víctimas lo bastante. Porque no se puede ser más valiente ni tener más generosidad. ¡Tanta generosidad, que tan solo piden JUSTICIA y que no se las olvide!

O al menos que no se escupa sobre sus recuerdos.

2
«La revolución feminista la hicimos nosotras desde lo más profundo de España»

CARMEN QUINTANILLA BARBA

Parlamentaria de Honor del Consejo de Europa

Mi padre se casó con nuestra niñera año y medio después de que falleciera mi madre. Yo con once años y mis hermanas Isabel y Pili, con nueve y siete. Y no, no recuerdo a aquella mujer como una buena madre. Menos mal que nuestro abuelo Alfonso se hizo cargo indirectamente de nosotras, como hacía con todas las mujeres de aquellos «pueblos de viudas». Ya sabes, años 60, sin pensión alguna. La mujer casada no trabajaba porque el régimen de Franco se encargaba de ocupar a las solteras. En cuanto una mujer trabajadora contraía matrimonio, ya debía dedicarse a su esposo y su lugar lo ocupaba una soltera. Y así sucesivamente.

Era imposible subsistir. La esperanza de vida de los hombres rondaba los sesenta y pocos años. Entonces, ellas enviudaban y, sin pensión, dependían de los hijos. Pero estos se marchaban dos años al servicio militar y ellas se quedaban con una mano delante y otra detrás. Vestidas siempre de luto. Entonces mi abuelo les conseguía el pase a esos soldaditos de la mili y les daba trabajo colocando postes y cables de Telefónica. Así podían aportar para ayudar a sus madres.

Fue por el empeño del abuelo Alfonso por lo que estudiamos. Cuando entré en la universidad, en clase solo había un diez por ciento de mujeres. No éramos conscientes, por entonces, de lo que estábamos a punto de lograr. Tanto como que solo un par de años después, en 1977, se consiguió el derecho al voto para la mujer. Y, lo que son las cosas, ese mismo año me casé con Alberto.

La Constitución de 1978 reconoce por primera vez nuestros derechos con el principio de igualdad. Bajo ese inmenso paraguas, empezamos a organizarnos más en serio. Adolfo Suárez se enteró de lo que organizábamos para las mujeres de Ciudad Real y me llamó para las Juventudes de la UCD. Creo que sería antes de 1979, y en 1981 creamos la primera Asociación Provincial de Mujeres Feministas de Ciudad Real y de ahí, la Asociación Democrática de Mujeres Manchegas.

Nuestra primera casa de acogida a mujeres maltratadas estaba en el barrio de La Granja, zona muy humilde y hasta pobre de Ciudad Real. Allí podíamos alojar hasta a cinco mujeres con sus hijos. Fue muy duro, pero, a la vez, era la única posibilidad de tener una esperanza. Para esas mujeres era muy difícil dar el paso. Escapar, y no te digo denunciar…, les resultaba imposible. Eran chicas y mujeres sin medios, sin libertad, absolutamente dependientes. Eran gitanas con muchos hijos y mujeres muy humildes con pánico a la estigmatización. Por eso había que rescatarlas y esconderlas.

Años más tarde llegó AFAMMER. Fuimos pioneras. Aquellas mujeres de los años 80 eran amas de casa, cuidadoras de sus hijos, cuidadoras de los mayores y cuidadoras de sus maridos. Toda la vida en la cocina, sin cotizar un duro a la Seguridad Social… Las calles de los pueblos sin asfaltar y en la mayoría de las casas sin agua corriente. Y no hace tanto tiempo de aquello. Las más afortunadas, como mi madre, eran «chicas del cable» hasta que se casaban. Y recuerdo la escena de asearnos por partes con un barreño. Pueblos como Navalpino, la comarca de Tomelloso, Luisiana, Horcajo de los Montes… y, eso sí, siempre con un sentido del humor y de la supervivencia inconcebibles.

Recuerdo que alguna mujer nos contaba entre sollozos las violaciones a que la sometía su propio marido. Por eso nos propusimos sacar la violencia machista del ámbito privado y elevarla a lo público. Solo así podríamos cambiar la mentalidad de la sociedad entera.

Aquellas mujeres rurales eran mujeres invisibles. Íntimas amigas entre ellas, pero en círculos muy pequeños y casi impenetrables. Siempre tenías a la vecina de al lado. Siempre desde

la humildad compartida y la bondad. Aquellas mujeres tenían miedo al qué dirán. Eran mujeres —te recuerdo que hace solo cuarenta años— que vestían de luto desde los treinta y tantos hasta que se morían.

Aquellos maridos del campo, rudos, curtidos por el sol, al aire y bajo las heladas, apenas les permitían participar en lo que fuera. Tan solo… en lo que ellos permitían. Pero poco a poco fuimos cambiando la mentalidad de esas mujeres. Comarca a comarca, pueblo a pueblo, calle a calle y casi casa por casa.

¡Quién lo iba a decir! Desde Ciudad Real rompimos el techo del asociacionismo femenino. Yo acabé en el PP, pero todas las que me rodeaban eran del PSOE auténtico y del PCE. Todas coincidíamos en lo fundamental: la mujer rural.

E insisto: deberíamos llevar, lucir y enseñar la Constitución en los colegios e institutos para mostrar el cambio y no olvidar lo que pasaban las mujeres de aquella España. Lo que significó la no discriminación por sexo. Porque la Constitución marcó un antes y un después en la vida de la mujer en los pueblos y eso se sentía. Pudimos sentir en directo el cambio hacia la libertad.

La sociedad española debería ser consciente del ejemplo que hemos dado al mundo. El problema es que el populismo ha conseguido casi ocultar nuestro mayor éxito en la historia reciente. No solo en la modernización económica, que también. No solo quieren modificar el relato de la lucha contra el terrorismo…, no solo eso. Quieren subirse al carro de la revolución feminista cuando, en verdad, la hicimos nosotras desde lo más profundo de España.

***

Es el feminismo en estado puro. Sin zarandajas ni etiquetas de moda. En cuanto le tocas la fibra y recuerdas la lucha por los derechos de la mujer, llora. Suavemente. Y le sale una voz nasal de la emoción mientras habla y, a la vez, recuerda.

Carmen Quintanilla es de esas mujeres capaces de sonreír y

llorar a la vez. Y te desarma. Es manchega por los cuatro costados y de arriba abajo. Tiene el sentido del humor y utiliza los refranes que Cervantes plasmó en la boca de Sancho Panza. Y es orgullosa. Y está orgullosa de todo lo que ha hecho y conseguido por las mujeres del campo.

A pocas personas habré oído hablar de la transición democrática española de manera tan potente y tajante. Parece que fue ayer, ¿verdad? Y es que han pasado solo cuarenta años.

Nuestra Carmen de La Mancha habla de la Constitución de 1978 como «la Constitución de las Mujeres» y lo dice con conocimiento de causa. Y vuelve a llorar cuando recuerda a sus mujeres maltratadas o cuando se recuerda a sí misma como una madre «por horas».

Carmen Quintanilla no para. Es una fuerza de la Naturaleza entre vides, olivos y cereales. Entre un avión y otro por los congresos y foros de mujeres rurales de todo el mundo. Es el ejemplo perfecto de qué significa la palabra amistad y es que, como ella misma reconoce, las mujeres son mucho más amigas entre sí que los hombres entre ellos. Y tiene razón.

Le reconcome la demagogia del feminismo barato y mentiroso que nos invade, mientras echa la vista atrás y recuerda el feminismo de la Transición, la historia reciente de la España democrática, a esas monjas que la marcaron de por vida y a su abuelo Alfonso. Todo un ejemplo de dignidad, cultura e igualdad en la España rural de los años 50 del pasado siglo. Sí, sí… En los años 50, don Alfonso Barba, delegado de Telefónica, ya luchaba por el empleo, la dignidad y el honor de las mujeres de su tierra, empezando por sus nietas.

Carmen Quintanilla no soporta la condición de «perfecta casada» de antes de ayer. Y pocas veces se pone seria de solemnidad. Tan solo cuando asevera: «Ante el feminismo actual, solo tengo que decir una cosa: no tienen nada que decirnos ni nada que enseñarnos. Hoy tenemos sesenta y muchos años o más las mujeres que logramos la igualdad. Nosotras hicimos la revolución. Que no nos vengan a dar lecciones». Una mujer revolucionaria, pero, como suele ocurrir, a los revolucionarios de verdad no se les

suelen reconocer sus méritos. Ya hay otras que después se suben al carro sin haber dado un palo al agua de la igualdad.

Carmen nació en Ciudad Real en 1954. Su padre era agente comercial en aquella España de posguerra eterna, y su madre, telefonista, «chica del cable». La infancia en aquella España rural era tranquila y sin hambre, algo que ni de lejos se podía decir en las ciudades. Se recuerda a sí misma como una niña feliz, muy feliz, en el colegio de las Hermanas de la Caridad de San Vicente de Paul. En concreto, habla de dos monjas que la marcaron de por vida: sor Isabel Navarro (su segunda madre) y sor Pilar Sentís.

A los diez años se quedó huérfana de madre. No tiene buen recuerdo de aquella época en la que su padre se casó con la cuidadora de las niñas. Pasó entonces, junto a sus hermanas, a depender de un personaje de novela: el abuelo Alfonso, natural de Minas del Horcajo, en el valle de Alcudia, un lugar que Carmen recuerda como un «pueblo de viudas», mientras define a su abuelo como la bondad personificada.

Aquel hombre, en las décadas de 1960 y 1970, empujó a sus nietas a que fueran libres y Carmen estudió para perito mercantil, se diplomó en Relaciones Laborales y en 1976 obtuvo el título que le permitía ejercer de Graduado Social, asesores jurídicos y económicos en cuestiones relativas al ámbito laboral y empresarial. Un año después ya formaba parte del Cuerpo Técnico de la Administración Civil (TAC), como se lo conocía entonces, hoy Cuerpo Superior de Administraciones Civiles del Estado. Y eso que en la universidad el porcentaje de mujeres era ridículo, un diez por ciento. Pero ese diez por ciento, sin comerlo ni beberlo, distribuido por facultades y escuelas técnicas, comenzó a labrar lo que nuestra Carmen denomina «el feminismo de la Transición».

Carmen había heredado de su abuelo la preocupación por la situación de las mujeres en esos pueblos de viudas castellano-manchegos, de manera que no tardó en unirse a aquellas que reclamaban su lugar en ese nuevo país constituyente, unos años clave donde se entremezclan las fechas, las reuniones, los avances, los empujones y los complejos… pero siempre hacia adelante. Me resulta muy difícil imaginar a esas madres, que apenas sabían leer y escribir, que cuidaban de las abuelas nacidas mucho antes de la

guerra, y de sus nietas (como nuestra Carmen), desarrollando la revolución pacífica de su libertad. Digamos que les tocaba pasar de las musas al teatro. Del respaldo legal de la Constitución, de los grandes principios y valores, a la realidad de una España en una transición inexorable y, concretamente, hacia la realidad de un mundo rural olvidado, enorme y profundo. Pero primero fue la Asociación Provincial de Mujeres Feministas de Ciudad Real y, de ahí, la Asociación Democrática de Mujeres Manchegas, organizaciones bajo cuyo amparo, en mitad de la Mancha del Quijote, esta nuestra Carmen, la nieta de don Alfonso el de Telefónica, con veintitantos años, creó el primer centro asesor de la mujer y la casa de acogida a mujeres maltratadas de Ciudad Real.

Seamos sinceros… Hoy este tipo de hogares nos parecen normales y, a la vez, una desgracia. Pero en aquella España rural de hace más de cuarenta años, una casa para rescatar y cuidar a víctimas de la violencia machista fue otra revolución. Se trataba de pisos de acogida humildes pero tranquilos, secretos y seguros para cientos de mujeres víctimas de palizas y violencia sexual en muchísimos casos. Una violencia consentida, conocida por el entorno y hasta aceptada como normal. Una violencia sexual que, en la mayoría de los casos, provenía del seno del propio hogar. De ahí el estigma y la normalización, el miedo y la vergüenza.

A la vez, Carmen se había casado en plena locura profesional y asociativa. Tuvieron dos hijos, y ella reconoce que durante muchos años fue «madre por teléfono» gracias a otras mamis, Pilar y Sofía, que cuidaron de sus hijos: «Era algo así como comprar mi tiempo». Sonríe orgullosa cuando nombra a sus hijos, Antonio y Daniel, y a sus nietos: «Me reconozco como una privilegiada, porque yo pude comprar mi tiempo y pagar a aquellas mamis».

Y en medio de la locura nace la Asociación de Familias y Mujeres del Mundo Rural (AFAMMER), la primera en su clase en España y en el mundo, para reivindicar a la mujer rural, y un lugar de lucha contra la penuria y la desigualdad con el más puro espíritu de ese Sancho Panza que en Castilla-La Mancha llevan dentro, sobre todo, ellas, las mujeres. En palabras de Carmen: «Un sentido del humor y un refranero típico y casi de un rigor científico. Una manera de ver la vida desde la amistad con la vecina, la ayuda

mutua, el amor a los hijos y el orgullo de pertenencia a la familia. No sé… Las recuerdo ahí sentadas a la fresca, por la tarde, y creo que hoy nos hemos hecho más egoístas. Aquel sentido del humor era una manera de sobrevivir».

Me detengo un minuto en la amistad del vecindario. Esa colaboración más que familiar que en tantos casos se trasladó, como modo de vida y socialización, del campo a la ciudad. Desde aquellas calles sin asfaltar a los pisos de la capital. Algo así como el trasvase de la amistad horizontal de la casa en la misma calle, a la amistad vertical con la vecina del quinto, mientras se corrían y se compartían las cuerdas del tendedero en los patios interiores. Eran «las perfectas casadas» con sus novios de toda la vida, en demasiadas ocasiones más preocupadas por el qué dirán que por su propia felicidad.

Muy poco a poco fueron dejando de ser las perfectas casadas, y entre 1982 y 1986 se fraguó un movimiento feminista natural mientras desaparecía la UCD de Suárez y crecían inventos como AFAMMER. La cultura de muchas de ellas seguía rigiéndose como diez años atrás con el Código Civil del franquismo, ya que no es hasta 1978 cuando se derogó aquella norma que hoy resulta del Pleistoceno y que en la práctica reconocía incluso el adulterio. Para los hombres, por supuesto.

España había cambiado por ley desde La Zarzuela, La Moncloa, la Constitución del 78 y los parlamentos democráticos, pero muchos hogares seguían funcionando bajo el cinturón (y la correa), casi como en la posguerra de los años 40 del siglo XX.

Mas el cambio social, cultural y doméstico era inexorable. En 1984 se constituye en Bruselas la Comisión Femenina del Comité de Organizaciones Profesionales Agrarias. «Ya estaba bien de casarlas, como otra propiedad, con los agricultores dueños de varias tierras», dice Carmen, indignada. Y funciona la Comisión de Igualdad, y se acuerda el tratamiento de colaboradoras en la Seguridad Social a las mujeres trabajadoras en explotaciones agrarias. Y AFAMMER se internacionaliza y, ya en los años 90 —¡hace solo treinta y tantos años!—, el Gobierno entiende que hay que afrontar la fuerza y la fuente de las mujeres rurales de un modo específico. Ya iba siendo hora.

Carmen «y su gente» establecen un plan de formación a la carta que comenzó de la mano y a través de los sindicatos agrarios. Hasta entonces, esas mujeres no tenían formación alguna más allá del oficio puro y duro como ayudantes, porteadoras y cuidadoras. Y así se les enseñó la poda, los fitosanitarios, nuevas técnicas de regadío, cuidados medioambientales… «Y, poco a poco, se fueron introduciendo en el turismo rural —hoy el setenta por ciento del turismo rural está regentado por mujeres—, la restauración de muebles y aperos del campo, técnicas de comercialización, tapicería, cuidado de los mayores. Y ahí resultaron claves los fondos sociales europeos que se distribuían a través de los Ayuntamientos», apostilla Carmen.

Hemos llegado ya a mediados de los años 90, al siguiente cambio político. Recordemos la secuencia: Suárez y la auténtica Transición, Felipe González y aquel PSOE de la OTAN y la Comunidad Europea, y Aznar y el PP unificador desde el centro hasta la derecha más conservadora.

Es Aznar quien, a través de Concha Dancausa, entra en contacto con Carmen Quintanilla, a la vez que en Pekín (1995), casualidades de la vida, se reconoce el Día Internacional de la Mujer Rural. Así lo cuenta nuestra protagonista: «Me reúno con Aznar, con Loyola de Palacio, con Javier Arenas y con Amalia Gómez (secretaria de Asuntos Sociales) y empieza mi carrera política. Concha me presenta a Ana Botella y de ahí a la Junta Directiva Nacional del PP. Digamos que las mujeres rurales entramos en la Moncloa en 1997. Hace solo veinticinco años. En 1999, en las elecciones autonómicas de Castilla-La Mancha, no salgo elegida, pero Aznar me incluye como número dos por Ciudad Real en las Generales del 2000 y soy diputada nacional en el Congreso».

El movimiento feminista, pues, —que no vengan ahora con demagogia y oportunismo— da un paso fundamental en 2003 con la Ley de protección para las mujeres víctimas de violencia doméstica, ya en el siglo XXI, lo que trajo consigo la implantación de los juicios rápidos, la renta de ayuda y asistencia y la detención de los maltratadores.

A partir de ahí, y durante los casi veinte años siguientes, la diputada Carmen Quintanilla entra en una incesante actividad

parlamentaria e internacional entre América, Asia y, por supuesto, las instituciones europeas, con la mujer rural en el foco de sus oraciones y sus propuestas.

Tras años como representante en el Consejo de Europa como vicepresidenta de Igualdad, contra la trata y a favor de la educación y el deporte femenino, permanece aún reconocida como Parlamentaria de Honor del Consejo. Ella considera uno de sus mayores logros como presidenta de la Comisión de Igualdad la ponencia contra la trata de seres humanos para explotación sexual. Año 2015, con mayoría absoluta de Rajoy… Y los trabajos de la comisión mixta de estudio sobre las drogas, el proyecto de ley Menores sin Alcohol; los avances en los compromisos por la conciliación y la corresponsabilidad; su participación en la Comisión Nacional del Mayor del PP…

Cuando, para terminar, tocamos el asunto tan cacareado de la «España vaciada», Carmen me dice: «No nos engañemos. Actualmente se habla de ello por interés electoral, pero el problema de la despoblación no es de ahora. Ni muchísimo menos. Dos de cada tres personas que abandonan el mundo rural son mujeres, hoy ya formadas, pero sin empleo. Por eso se van». Y me recuerda, muy seria, nuestra Carmen: «La España rural no se soluciona solo con una nueva colonización. Seguimos con la ordenación del territorio de Javier de Burgos, del siglo XVIII, y un dato: hay mil pueblos en España sin ningún niño de cero a cuatro años. Ya me contarás. El sesenta por ciento de la España rural sigue viviendo en sombra. La solución es que las mujeres no se vayan. Que tengan empleo en las industrias agroalimentarias, en el turismo rural, en la restauración, la rehabilitación o al cuidado y rescate del infinito patrimonio histórico».

Porque más de la mitad de las mujeres del mundo rural no tiene empleo. Y resulta imposible el relevo generacional, pues la jubilación es sinónimo de cierre en la mayoría de las explotaciones agrarias, por lo que el futuro solo pasa por una condición: el trabajo. «Y no lo olvidemos —sentencia Carmen—: los mejores cuidadores del campo y del medio ambiente son los agricultores, ganaderos y cazadores. Quien mejor cuida cualquier cosa y cualquier entorno es quien vive de ello».

Casi concluyendo, nuestra Carmen casi explota. Vuelve a los campos y las solanas de Ciudad Real y ordena: «Los paneles solares rentarán mucho, pero son el desierto. Bajo las placas no crece nada porque no llega ni el sol ni el agua. Ni árboles ni hierbas. Si el campo no les renta, se les compensa con paneles solares. Y eso es la muerte de ese campo. Solo hay una solución mirando al futuro inmediato y es el equilibrio entre el desarrollo agrícola y las energías renovables. Solo así podrá vivir la gente en las casas que ya están abandonadas. Solo así habrá familias, solo así se podrá cuidar de los mayores del campo».

POSTDATA: Las verdaderas revolucionarias del campo español

Mejor que yo lo expresa nuestra Carmen: «El supuesto feminismo de hoy no tiene nada que enseñarnos. Las mujeres que defendimos a aquella mujer olvidada tenemos hoy sesenta y tantos. Muchas pasan los setenta años. Nosotras fuimos las revolucionarias. No pueden decirnos nada».

Y tiene razón.

En esta España nuestra, en pleno siglo XXI, estamos cometiendo un error muy difícil de rectificar: el olvido. Y en el caso que nos ocupa de aquellas mujeres que fueron nuestras madres y abuelas, resulta especialmente injusto.

Por eso me repele la demagogia de quienes se encontraron con todo el trabajo hecho y, sin embargo, parece que han conseguido la liberación y la igualdad femeninas a base de eslóganes, frases hechas y obediencia ciega al líder político de turno.

Aquellas mujeres, «perfectas casadas» de las décadas de los años 50, 60 y 70 del pasado siglo, fueron las auténticas revolucionarias por sus derechos. Una a una consiguieron sacar a sus familias adelante. Aquellas mujeres vieron que sus hijas no podían vivir como ellas. Y lo consiguieron. Sin demagogias y sinceramente.

Lo lograron con el humor de Sancho Panza en el Quijote, con

un amor inabarcable hacia su familia, sufriendo en silencio y con una disciplina abnegada que hoy nos resultaría inaudita. Sabiéndose mal «las cuatro reglas» y cometiendo todas las faltas de ortografía imaginables. Y es que les costaba hasta firmar y se esforzaban en que la firma fuera legible.

Problema: que la firma de aquellas madres, y no te digo la de aquellas abuelas, no servía para nada. Solo servía la de ellos. Hasta que llegó la Constitución y con esa Carta Magna, una a una, las libertades hasta la igualdad.

Estamos cometiendo demasiados errores de muy difícil marcha atrás. Porque hay generaciones enteras que no saben nada de nuestra historia reciente. Y es una historia para estar más que orgullosos.

Por eso las lágrimas de nuestra Carmen mezclan la nostalgia, la dureza de aquellos tiempos y el éxito de la misión.

No hay nada más injusto que el olvido. Y con lo que nos traemos entre manos, no hay nada más injusto que olvidarnos de ellas y no reconocerles el papel de revolucionarias.

3
«¿Miedo? Nunca he tenido miedo»

ANTONIA, MARÍA JESÚS Y MARÍA

Misioneras dominicas en Kiev

MARÍA. —Lo primero que os voy a enseñar es el parque infantil y, ¿sabéis qué?, nos ayudó a construirlo el Dúo Dinámico. Esto es un centro ecuménico, tenemos protestantes, cristianos ortodoxos, judíos, dos musulmanes… Todos, hijos de Dios. No saben rezar, pero da igual. Les decimos que se pongan delante, que digan «Aquí estoy» y ya está. Preguntamos a los padres qué valores quieren que enseñemos a sus hijos y esos valores siempre siempre aparecen en el Evangelio. En África también se vive, pero nunca como aquí. A diario. A todas horas…, como ese niño pequeñito que nos vino de la guerra en el Dombás, la región prorrusa al este de Ucrania, al que encontraron bajo unos palos entre el fuego cruzado. No sabía sonreír y ahora se ríe, y siempre va de la manita de su hermana adoptiva. Solo con amor le hemos curado el trauma de la guerra.

Los padres no quieren hablar. Así esconden su miedo. Hace años que acabó la URSS pero siguen igual. Tienen miedo a los espías. Saben que Ucrania sufrió un holocausto en el que murieron hasta catorce millones de personas… La gente tiene miedo hasta de la libertad. Incluso pensaron que nosotras éramos espías, y les respondíamos, sencillamente, que éramos españolas.

Un día me despertó una llamada de Nastia, la profesora de los más pequeños: «Están bombardeando al lado de mi casa. ¿Qué hacemos? No sé si podré llegar». María Jesús no tardó en aparecer en mi habitación: «Me acaban de llamar de la embajada. Tenemos que irnos sí o sí. Ha empezado la guerra. Que nos vayamos en media hora». Y, entonces, pensé que lo siguiente era… ¡desayunar y

pensar!, pero nuestra embajadora, Silvia Cortés, fue tajante cuando me llamó y se me ocurrió comentárselo: «No desayunes. Ya desayunarás aquí en la embajada. En media hora os quiero aquí. Te mando a los geo y os venís en metro, que es más seguro».

Ni un pájaro cantó en todo el camino hasta la frontera polaca. Nosotras, que somos de pueblo, veíamos la tierra abonada, tan trabajada, y nos parecía imposible pensar que estuviéramos en guerra.

MARÍA JESÚS. —Como decimos aquí, el gerente es san José. Nos pusimos a hacer el presupuesto del año: en los gastos ponemos los reales y los ingresos nos los inventamos porque siempre llegan. Están en manos de Dios. En este colegio tenemos un poco de todo. Hay niños adoptados por familias ucranianas, hijos de familias muy desestabilizadas, tenemos a nueve hermanos cada uno de un padre distinto, y un veinte por ciento de familias de clase media. El resto… muy ajustadas. Pero todo el mundo ayuda, como una antigua alumna que estudió con una beca en Barcelona y nos acaba de donar mil euros.

Para estos niños el teatro es muy importante. Acabamos de representar El gran teatro del mundo de Calderón de la Barca, resumido, claro, y les sirve para expresarse. Hemos visto niños muertecitos de miedo que saltan al escenario… y actúan, y se les pasa la timidez. Es parte de una educación de madurez personal hacia su dignidad.

Habíamos vivido la crisis del Congo pero nunca habíamos visto un éxodo así. Éramos cómo los judíos huyendo de los nazis. ¿Que si tuvimos miedo? No. Miedo, no. Me impresionó mucho ver pasar a cientos de jóvenes andando entre el atasco con sus mochilas. Eran paquistaníes, latinos, africanos y chinos, chicos y chicas… Preocupación, sí, pero no miedo. Si me tocaba morir allí mismo… pues aquí estamos. Dios mío, ten misericordia, y ya está.

ANTONIA. —Los niños aprenden a expresarse y dicen cosas como: «Los rusos no son malos. Los malos son los soviéticos». Cuando vienen aquí, llegan agarraditos de la mano de su mamá. Con miedo, temblando. Y al poco tiempo, no se sabe por qué, se transforman. Una pequeñaja le dijo a su madre: «Vete, vete

tranquila, yo me quedo con las abuelitas».

Llegamos porque necesitábamos un cambio. Cayó la Unión Soviética, la orden pidió voluntarias para evangelizar aquí y me vine hace veinticinco años. Me quedé muy sola porque muchas hermanas llegaban desde América y no soportaban el frío. Entonces no había nada, solo un solar, y mira… Ladrillo a ladrillo hemos construido esta Casa de Dios.

Aquel día recogimos lo primero que pillamos, la documentación más elemental y las medicinas… ¡y dejamos las judías en remojo! Pensé: «¿Qué hacemos Dios mío?», y eché a correr. Pero antes fui a la capilla y le dije a Jesús: «Tenemos que hacer algo contigo. No podemos dejarte aquí. Venga, vámonos». Y sin más lo cogí diciéndole: «Te vienes con nosotras».

Los geos son una maravilla. Yo no me canso de alabarlos. Se lo dije a ellos: «Yo os hacía un monumento ahora mismo». Con qué delicadeza, con qué inteligencia, discreción y humanidad. Con una valentía que… Tú te imaginas las cosas, pero con ellos parece que vas sobre las alas de un ángel de verdad. Y así… cincuenta y seis horas de coche. Éramos las abuelitas de la caravana, y pensé: «¡Qué pena!», pero luego vi que también éramos una alegría para todos.

***

Antonia, María Jesús y María son tres monjas dominicas de ochenta y uno, setenta y siete y setenta y cinco años, respectivamente, y misioneras. No sé con quién han hecho el pacto, pero cada una de ellas aparenta veinticinco años menos. El relato de vida es, sencillamente, inabarcable, por lo increíble, precioso y solidario. Porque destilan un amor infinito.

Antonia es zamorana y maestra por la Universidad de Salamanca. María Jesús es madrileña de Cuatro Caminos y le encanta enseñar y ensayar obras de teatro clásico. Y María, zamorana también, conserva una gramática con la huella de un balazo que le salvó la vida a su padre en la Guerra Civil porque se cubría con ella a modo de chaleco antibalas.

Nuestras misioneras han recorrido Latinoamérica, África, Europa del Este y, ahora en España por circunstancias muy ajenas a su voluntad, y a su edad, aún están deseando volver a primera línea. Han extraído flechas, han curado el ébola, han enseñado villancicos en español a los huérfanos ucranianos de la guerra de Putin y hablan todos los idiomas y dialectos imaginables de allí donde han dejado su huella. Son muy valientes y cultas. Cultísimas. María Jesús habla lingala, francés y más o menos ruso y ucraniano. Antonia habla lingala, francés, inglés, ruso, ucraniano y pemon. Y María subraya que habla español, más francés, lingala, italiano «y chapurreo ucraniano».

Son profesoras, poetas, enfermeras, financieras, cocineras y muy cabezotas.

Son tres de las mujeres más increíbles que conoceré en mi vida.

Nuestro primer encuentro fue en Kiev (Ucrania), unos días antes de que comenzara la invasión rusa el 24 de febrero de 2022, en mi visita al colegio dominico del que se ocupaban. Las descubrí a las tres cantando con sus niños, medio en español, medio en ucraniano, un villancico popular y divertido que todos hemos entonado alguna vez: «Con mi burrito sabanero voy camino de Belén, / sígueme, sígueme, voy camino de Belén». Les hacía falta un ascensor para su colegio y una caldera doméstica, pero, muy discretas, solo me pidieron ayuda para conseguir la segunda. Luego me enteré de lo del ascensor, lo conté en las ondas y conseguimos los fondos en un santiamén. «¿Pero qué hemos hecho nosotras para que os portéis tan bien?», me dijo Antonia. Las tres estaban seguras de que Putin no atacaría Ucrania y las tres —como yo y tantos otros — se equivocaron.

No querían salir del país, fue la embajadora de España, Silvia Cortés, quien tuvo que sacarlas de allí casi por los pelos. Y aquí están ahora, soñando con los niños de su colegio y de su guardería. Casualmente, Pelayo, el mismo policía que las sacó de la República Democrática del Congo en 1996, es quien las escoltó entre Kiev y la frontera con Polonia cuando tuvieron que abandonar Ucrania.

¡Vaya tres! Me las imagino de niñas, de adolescentes, de novicias, y las veo igual que ahora, con la misma fuerza, el mismo

valor inconsciente y solidario, pero con la sabiduría que les ha dado el paso de los años y, eso sí, con más fe todavía.

La hermana María Jesús tiene ese puntito de chulapa de Cuatro Caminos. Su padre fue un abogado de prestigio, miembro de la Asociación Católica de Propagandistas, fundada, junto con el padre Ayala, por el periodista, jurista y cardenal Ángel Herrera Oria en 1910, quien el mismo año y hasta 1936, creó y dirigió el diario El Debate, editado en Madrid entre 1910 y 1936 por Editorial Católica, donde colaboraba el padre de nuestra monja. Eran diez hermanos que respiraron siempre una educación cristiana e intelectual. A los doce años ya tenía decidido que iba para monja tras su paso por el Colegio Santo Domingo, situado al final de la avenida de la Reina Victoria, su cole del barrio. Recuerda que en cierta ocasión —traviesa como ella sola— se escapó de clase, se escondió en la capilla del cole y entonces pensó «¡Qué a gusto se está contigo!» refiriéndose a Dios. Y así, hasta hoy. Quién le iba a decir que setenta años después viviría en ese mismo colegio tras escapar de la guerra de Ucrania.

Hizo el bachillerato de Ciencias, se licenció en Químicas e inició el noviciado en Granada. Cuenta que muchas veces le asaltaron las dudas, pero que para ella la fe es, precisamente, la capacidad para superarlas.

Antonia nació en Justel de la Sierra (Zamora), en la comarca de Sanabria. Es la mayor de cinco hermanos de una familia de agricultores y ganaderos, y se emociona al comparar los campos de cereal de su infancia con los de Ucrania. Lo primero que recuerda de su niñez es el tiempo que, según le contaron, vivió desahuciada por la viruela en la España rural de la década de 1940, en plena posguerra civil. Cuenta que su madre la ofreció a la Virgen del Rosario y que, tras curarse, su destino quedó claro: sería monja. «Siempre quise ser monja por influencia, seguramente, de una tía mía que era religiosa trinitaria. Un dominico de Zamora me orientó y me envió al colegio de las aspirantes. Recuerdo que con doce años, al finalizar el curso en junio, el padre Leonardo le dijo a mi madre: “Yo no la sujeto”», añade Antonia. Y es que tuvo que ser una buena pieza de niña. Nunca le gustaron las lentejas, las tiraba, literalmente, por la ventana, y nunca tenía hambre. Siempre estuvo

muy unida a su hermano Mariano y muy marcada por dos monjas: sor Matilde y sor Eulogia, aunque esta no «perseveró», señala Antonia para aclarar que Eulogia acabó perdiendo la vocación. Y rememora los tiempos de aspirantazgo entre los doce y los quince años, el postulado hasta los dieciséis y los tiempos de novicia hasta los diecinueve. «Me influyeron especialmente las historias de las dominicas en sus misiones de Perú, África y Asia». Y cuenta que, como niñas que eran, jugaban a ser misioneras con las más pequeñas, entre las que estaba María.

Antonia estudió Magisterio en Salamanca y le encanta la palabra maestra. «Soy maestra de Salamanca», dice orgullosa. Jamás olvidará su primer destino en Camarata (Venezuela), en el estado de Bolívar, cerca de la frontera con Guyana, ni todos los días que dura el viaje hasta allí, primero en tren hasta Cádiz y desde allí, a bordo del Churruca. Se ríe y asiente cuando reconoce lo evidente: «Soy muy cabezota. Siempre he sido muy cabezota», afirmación que requeteconfirman sus hermanas María Jesús y María.

Esta última, la menor de las tres, también es zamorana. Nació en Uña de Quintana, a unos treinta kilómetros de Sanabria, en el seno de una familia de agricultores: «Mi padre era muy especial. En la Guerra Civil compró una enciclopedia y una gramática de la lengua española que aún conservamos. De hecho, la conservamos con el agujero de un balazo. Aquel libro le salvó la vida porque lo llevaba en el pecho. Le pegaron un tiro y la bala se quedó ahí incrustada». La madre apenas sabía leer ni escribir, pero aprendió poco a poco haciendo los deberes a la vez que los tres hijos: «Recuerdo que escribía “besos” con v. Y que yo le decía que un beso es muy grande, ya se escriba con b o con v».

Iba a la escuela en una especie de carricoche de madera y recuerda lo trasto que era y cómo le raparon completamente la cabeza porque se quemó al caerse sobre un fuego. Siempre le gustaron los cuentos, las historias y los romances y la naturaleza. Se obnubilaba pensando en el viento, los bosques, los prados…

Nunca olvidará el día de su Primera Comunión. Define a su madre como muy mística y a su padre como un «cristiano heterodoxo». De aquel entonces conserva la imagen de una monja pidiendo para los pobres y que pensó: «Yo quiero ser como ella. Y se

lo dije a mi madre. Durante la Comunión, creo que decidí que de mayor sería monja y escritora. Desde ese momento, quedé prendada de Jesús».

Pocos años después comenzó su aspirantazgo en Salamanca de la mano de sor Herminia y allí conoció a Antonia, diez años mayor que ella. Luego se fue a Granada, donde cursó los dos años de formación religiosa. Fue entonces cuando le ofrecieron partir a su primera misión: Medellín (Colombia). Allí estudió Pedagogía en la Universidad Bolivariana y pasó doce increíbles años.

La primera misión de María Jesús fue en 1973 en aquel Zaire (antiguo Congo Belga) que hoy se denomina República Democrática del Congo, gobernado desde 1965 con mano de hierro por Joseph-Desiré Mobutu tras el golpe de Estado que le llevó al poder y que no abandonó hasta 1997. Cuando María Jesús llegó al Congo, el dictador había cambiado no solo el nombre del país, de Congo Belga a Zaire, sino el suyo propio: Mobuto Sese Seko. Un nombre a recordar, tristemente, vinculado a todos los conflictos armados extremadamente sangrientos que asolaron en aquellos años —y aún asolan— los países centroafricanos y que murió en el exilio, en Rabat (Marruecos), de un cáncer de próstata en 1997.

Se preparó mediante un curso de tres meses, porque del Congo solo sabía lo que había ido leyendo. Allí ejercían los dominicos españoles una labor centrada en la educación y la sanidad. Y se puso, nada más llegar, a estudiar lingala y francés. Y entonces aplicó todo lo aprendido en virología y microbiología en sus estudios de química y se hizo auxiliar de enfermería. María Jesús se detiene para contarme la epidemia del ébola, la primera, cuyo brote congoleño en 1976 la pilló de lleno, tan de lleno que ella misma se contagió. Hasta entonces, la misión se había concentrado en atender a leprosos y tratar su enfermedad con higiene, a enfermos de paludismo y de SIDA. María Jesús se curó el ébola gracias a una pócima que ella mismo elaboró a base de agua y limón.

Antonia interrumpió el relato de María Jesús y sonrió orgullosa al comentar una anécdota imborrable: «Yo me hice enfermera a palos en Camarata (Venezuela). Incluso inventé un método para extraer flechas que se incluyó en los libros de medicina de entonces: lo llamé “flecha de rebote”. Un día se me presentó un chico

indígena con su madre, herido por una flecha aún clavada en su espalda, y se la saqué metiendo de nuevo la punta y sacándola por donde entró». Y enlazó después con sus años en Cuba, en Puerto Rico y en el Chocó colombiano.

A partir de aquí las vidas de nuestras tres misioneras se entrelazan. Antonia fue destinada a Isiro, capital de la provincia del Alto Uele, al noroeste del Congo, con los padres dominicos. María empalmó África con los terribles años de la guerrilla del Ejército de Liberación Nacional (ELN) en Colombia: cambió la selva por Toledo, después Granada y finalmente el Congo, donde aterrizó en 1986 y puso en marcha lo que denomina un «centro de formación total, un colegio para los niños, escuela de salud para las madres y sede de catequistas. Y allí, en ese colegio, es donde, al fin, poco después de la llegada de María, el destino reunió a estas mujeres admirables.

Todo en marcha, pues, en esta misión que nunca acaba en el África profunda… hasta que estalló la guerra total, el caos, las matanzas y la evacuación de casi todo el mundo cuando, entre 1996 y 1997, las fuerzas opositoras al régimen iniciaron un conflicto armado con la intención de derrocar a Mobutu, cosa que consiguieron, pero no con ello detener un genocidio que se recrudeció tras el nombramiento del líder de la oposición, Kabila, y que en 2006 arrojaba la espantosa cifra de cuatro millones de muertos…

Aquello fue una guerra salvaje y brutal por todo el país. Los hutus contra los tutsis mientras Mobutu saqueaba su propia nación, uno de los territorios más ricos en materias primas del mundo y, a la vez, uno de los más corruptos y menos desarrollados. Y siguen igual veinticinco años después.

Allí estaban nuestras tres misioneras, en medio de ese desastre humanitario, entre violaciones en masa, matanzas tribales, epidemias y saqueos. Pero aguantaron como nadie a pesar de que sabían que, en cualquier momento, podrían morir de un balazo, por una bomba o durante un saqueo.

«Nos tocó la evacuación del 91, pero nos quedamos. La del 93, e hicimos lo mismo. La de 1996, cuando mis hermanas se

refugiaron once días en la selva con los pigmeos. Después de eso, a mí me tocó recibirlas en Kinsasa —me contó María—, y ya de allí tuvimos que salir porque el país quedó dividido en dos». A mi pregunta más que obvia sobre si pasaron miedo, responde Antonia: «¿Miedo? Nunca he tenido miedo. No, hijo. Cuando todo el mundo se iba, pero nosotras volvíamos, las mamás catequistas bailaban y gritaban que ellas no nos iban a abandonar, y una de ellas dijo: "Habéis venido aquí por Dios y si tenemos que morir aquí por Dios… moriremos todas. Nosotras y vosotras". Y yo le dije: "Muy bien, Teresa. Yo tampoco tengo miedo. Lo que Dios quiera"».

Nuestras tres dominicas organizaron la evacuación de los suyos. Resistieron junto a las madres más valientes y fue entonces cuando conocieron a Pelayo, el geo que reaparecería veintitantos años después…, de Kinsasa a Kiev.

Regresemos pues, ahora, a la gélida capital ucraniana.

María nos recibió a la puerta de La Casa de los Niños, la casa de Dios, que viene a ser lo mismo, a las afueras de Kiev. La entrada lucía el típico pequeño toldo de las heladerías tradicionales. «Limpiaros con la escobita», nos dijo señalándonos el apero que está junto a la puerta, una costumbre ucraniana para no meter la nieve en casa.

En las calles de Kiev se confundía el hielo con la nieve a quince grados bajo cero. Se mascaba en el ambiente que la invasión rusa podía llegar en cualquier momento, pero nadie quería creerlo a ciencia cierta. Yo el primero. Unos días antes de que comenzara la guerra de Putin contra Ucrania ninguno pensábamos que al final sucedería. Casi nadie.

Después de visitar el parque infantil del colegio, se unieron Antonia y María Jesús a la comitiva para enseñarnos el teatro más bonito del mundo, donde me senté en el escenario junto a María Jesús mientras ella me explicaba lo que ayuda su entusiasmo por el teatro a que los niños se olviden del miedo y aprendan a quererse y a expresarse. Me enseñaron el almacén de vestuario, y orgullosísimas me explicaron cómo de un vestido de faralaes que alguien les donó habían conseguido sacar seis faldas de gitana. Y llegamos a la capilla. Una capilla casi milagrosa en las afueras de

Kiev. Ninguno pensábamos que, tan solo unos días después, la sobrevolarían los misiles rusos lanzados contra ese distrito sur de la ciudad.

Allí, María explicó orgullosa que en aquella iglesia rezaban, a su particular manera, niños y adultos de todas las confesiones, porque, al fin y al cabo, lo importante son los valores esenciales que comparten todas las religiones. Y entonces las tres, curtidas en mil batallas, quitándose la palabra unas a otras, me contaron cómo Samir, un pequeño musulmán de solo nueve años, rezó una oración voluntaria, citando uno a uno a todos los miembros de su familia, y terminó pidiendo a un Dios que solo él conocía que lo acompañara a casa para presentarle a sus abuelos.

¿Pero cómo llegaron a Ucrania hace veinte años, estas tres monjas españolas que fueron rescatadas de la primera guerra del Congo?

Antonia tomó la palabra para explicar que, tras la caída de la URSS en 1991, la Orden pidió voluntarias para evangelizar y ayudar en Europa del Este. Así se reunieron las tres de nuevo recién inaugurado el nuevo milenio, y levantaron ese colegio al que decidieron llamar La Casa de los Niños, aunque aún no había niños. Para conseguirlos organizaron un mes de oración a san José y empezaron a llegar los alumnos. Dos niños en octubre de 2002, treinta niños en mayo; luego cincuenta, sesenta… y así hasta los doscientos veinte inscritos cuando yo las visité.

En la capital ucraniana se respiraba constantemente un aroma de guerra. Como si nadie se fiara de nadie. Solo los niños parecía que te miraban con normalidad. Había miedo. Se oía el silencio y aún se apreciaba la sombra de la URSS. Algo que corroboró María, al mencionar el miedo que tenían los habitantes del lugar a que los consideraran espías, a sufrir un nuevo holocausto… Y en ese punto, Antonia y María Jesús intervinieron para quitarle hierro a la conversación y contarme que vivían en plantas diferentes del edificio en función de su dificultad para subir y bajar escaleras. «Somos ya muy viejecitas —dijo Antonia—, y solo pido perdón a Dios porque las rodillas y los huesos ya no me aguantan. Pero la cabeza, sí».

Entonces me pidieron ayuda para que hiciera de altavoz y les consiguiera una caldera. Pero la embajadora de España en Kiev, Silvia Cortés, una de esos diplomáticos de los que te sientes orgulloso como compatriota, me confesó que las monjas no se atrevieron a pedirme, además de la caldera, un ascensor.

Y conseguimos la caldera y el ascensor, y un montón de donaciones tan solo con decirlo por la radio. «Es asombroso. No se puede comprender. ¿A qué debemos ese movimiento a nuestro favor? Pienso —murmuró Antonia— que se lo debemos a Putin, porque si no, no os hubiéramos conocido».

Pero lo que le deberían a Putin, muy poco después de esta conversación, fue un nuevo exilio por el que tuvieron que abandonar el colegio deprisa y corriendo y realizar un viaje de tres días hasta la frontera con Polonia para, poco después, regresar a España, donde siguen aún las tres abuelitas de La Casa de los Niños, acordándose de sus pequeños y deseando que Dios les dé fuerzas suficientes para regresar.

El primer tramo fue llegar a la embajada en metro, según recomendación de la propia embajadora. El edificio contenía un enjambre de familias españolas que se organizaban para la huida. Se fueron a comer todos juntos al restaurante de Antonio, un argentino que había pasado la Navidad anterior en la casa de nuestras superheroínas, y entonces sonaron las sirenas en el centro de Kiev.

El primer convoy partió con las monjas, con familias españolas y la escolta de tres geos, entre ellos el Pelayo del que ya os he hablado. La salida de la ciudad se les hizo eterna. La inmensa caravana no avanzaba, horas y horas de atasco hacia el oeste, en dirección a Polonia, apartándose constantemente para permitir el paso de ambulancias y camiones militares. Y así tres días… adelante y atrás, por un camino y otro, escondidas, refugiadas, acogidas y protegidas siempre por Pelayo y sus compañeros. Bajo los aviones y los helicópteros rusos y el zumbido de los misiles.

Durante la huida leyeron cuentos a los más pequeños o les explicaron que iban de excursión a España mientras jugaban a los soldaditos y contaban estrellas. Agotadas, llegaron a la frontera con

Polonia. Y se encontraron a cientos de voluntarios que cocinaban en unas marmitas enormes. «Entonces vuelves a valorar la vida ordinaria —dice ahora María— y a reconocer a la gente valiosa que tenemos. Veíamos a tanta gente atascada en la frontera… Uno de nuestros niños preguntó si habría autobuses para todos. Solo tengo palabras de agradecimiento para Silvia, nuestra embajadora, ¡qué mujer!, y para el cónsul en Cracovia. Somos unas privilegiadas por españolas y europeas».

No tengo palabras para describir el amor de estas tres misioneras por sus niños ucranianos. Y me las imagino exactamente igual, veinticinco años antes, en el Zaire. Cuando les pregunto ahora por ellos y si volverían a La Casa de los Niños, esto es lo que me responden:

María: «Todo el tiempo estoy pensando en ellos. Me acuerdo mucho de mis niños. Sé las ganas que tienen de salir, de liberarse de esta guerra que tanto los asusta. Nadie ha entrado en Kiev, aparentemente, porque cuando crees que no están… están».

Antonia: «Volveríamos ahora mismo. Es verdad que tenemos las limitaciones propias de la edad y sigo pidiendo perdón a Dios porque me duelen los huesos y no pueden más, pero mi corazón sí que puede. Y mi vida también. Solo las piernas se quedan frías. ¡Nos damos masajes unas a otras y ya está!».

María Jesús: «Volveré en cuanto se pueda. Si Dios quiere y se estabiliza aquello… volveremos. Estoy cansada, sí, pero me despierto soñando con los niños, y cuando me doy cuenta de que no estoy allí pienso que ahora estaríamos ensayando la obra de teatro para el fin de curso».

POSTDATA: Lo primero son las víctimas

No se puede ser más valiente. Es casi imposible describir el amor de estas tres misioneras hacia aquellos niños en Kiev. Y me las imagino exactamente igual, veinticinco años antes, en aquel Zaire hoy República Democrática del Congo.

Me refiero a una mezcla de valentía casi ciega y un amor infinito. Como cualquier madre. Y me pregunto: ¿Puede ese valor justificar cualquier riesgo? ¿Puede la solidaridad sin límites situarse por encima de la propia vida? A este respecto no se me olvida una de las frases de la hermana Antonia: «Me duelen los huesos y no pueden más, pero mi corazón sí que puede. Y mi vida también. Solo las piernas se quedan frías. ¡Nos damos masajes unas a otras y ya está!». ¿Se puede ser más fuerte?

Pues sí, el valor verdadero justifica cualquier riesgo. Y María, Antonia y María Jesús lo confirman sin haber parido a esos niños ucranianos, pero queriéndolos hasta el infinito, hasta soñar con ellos. Con un afán de superación incomprensible para quienes no somos como ellas, son hermanas, madres y abuelas en una misma persona… Y no, no se puede ser más fuerte…

La valentía les sirve para sobrevivir y para analizar las cosas. Siempre he dicho que los mejores corresponsales repartidos por el mundo entero son los misioneros, como estas tres mujeres, porque tienen las mejores fuentes posibles: la gente sin refugio. Resulta impresionante cómo controlan quiénes son los espías. Cómo saben quién se la está jugando y cómo. Con un realismo increíble, te analizan la guerra, a los enemigos, a los aliados y todo ello, siempre, desde una premisa escalofriante y olvidada: Lo primero son las víctimas.

Eso se nos olvida durante las guerras, en la lucha contra el terrorismo o en medio de una hambruna: lo primero son las víctimas y su atención. Una atención que va en mil y una direcciones.

Tras el valor y el coraje viene el cariño. O al revés. Y si aparecen por medio niños o mujeres, ni te cuento. Porque se desarrolla un extraño instinto de unión, una conexión de feminismo total entre ellas. Como si solo entre ellas se pudieran entender.

Solo así se puede comprender que quieran volver cuanto antes a lugares imposibles. Lo argumentan con su fe pero hay algo más… Su formación y su cultura. María, Antonia y María Jesús se empeñan en la educación de las niñas porque saben que esa es la salida y el futuro para ellas, su familia y la sociedad entera.

Porque una madre te da de comer, te educa, te cura y te arropa, como nuestras tres protagonistas en sus misiones. Da igual en aquel Zaire, en la selva amazónica o en la actual Ucrania.

Educación, sanidad y alimentación. Desde el teatro de Calderón de la Barca al desayuno de unos cereales con leche, pasando por una vacuna.

Las miro. Y me emociono de admiración por su solidaridad, su juventud eterna, su feminismo, su valentía y su amistad.

Como me dijo María, en una acera nevada y congelada a las afueras de Kiev: «Nosotras explicamos a los niños qué es la amistad, no la del tovarich del Partido, no: la amistad del Amigo Eterno».

4
«He conocido muchas cosas malas, las peores, gracias a él. Quiero pensar que ya está olvidado».

REMEDIOS

Superviviente del maltrato, kelly y costurera en las Tres Mil Viviendas

No había cumplido los quince cuando tuve que abandonar los estudios porque no podía compaginar la escuela con mi novio. ¿Que a qué se dedicaba? A nada… Tenía también quince años y no hacía nada. De verdad, de verdad, nunca ha hecho nada. Lo mío fue un enamoramiento ciego. Y me casé, ¡con quince años!, por la ley gitana, que me obligaba a irme de casa de mis padres para vivir con él, en la casa de su familia. Y ahí empezó todo lo peor, porque desde que te casas perteneces a tu marido.

He conocido muchas cosas malas, las peores, gracias a él. Quiero pensar que ya está olvidado. A los cuatro años de estar con sus padres nos fuimos. No podía soportar las cosas de mis suegros y acabamos justo enfrente… en Las Vegas. Casi peor que las Tres Mil.

Ahora pienso en cómo él te aísla. Te anula. Y el amor va desapareciendo. Pero tú no eres nada y no puedes salir… incluso por vergüenza. No tienes amigas. Entonces tuve a mi primera hija y desde que pudo (y supo), me decía que lo dejara, que cortara, pero yo no podía hacerlo a pesar de lo que llevaba toda la vida haciéndome. ¡Y eso que él no era gitano! Pero en este barrio los payos acaban siendo quinquis y se adaptan rápidamente a la cultura y a las formas de los gitanos.

Él me trataba muy mal. Me maltrataba mucho. Hasta que un día, mi princesa y yo no pudimos aguantar más. Una madrugada me volvió a pegar y la niña lloraba y lloraba, y entonces la cogí, y en

pijama que estábamos, nos fuimos a la comisaría. A la comisaría de Los Remedios. Lo denunciamos por malos tratos. La niña se daba cuenta de todo y no podía consentirlo más.

Nos atendió un policía joven. Muy majo. Nos entendió. Nos trató muy bien a mi hija y a mí. Nunca pensé que podría dar el paso… pero lo di. Y aquí estoy. Aquí estamos las dos.

***

Madre maltratada y hoy costurera, kelly y mujer feliz, nuestra protagonista es una «gitana guapa», morenaza, de ojos y pelo tan negros como blanca su sonrisa. Digamos que tiene… cuarenta años. No es cuestión de dar más detalles de los necesarios. Lo importante es su historia, la fuerza de su presente y, sobre todo, el futuro de sus dos hijas.

La llamaré «Remedios».

Tras tres décadas —se dice pronto— de maltrato y machismo, pegada al vago con el que se casó a los quince años, intenta salir adelante y ahora se enfrenta a los conatos de racismo de los padres de los compañeros de colegio de su hija, a la que llama «mi princesa».

El primer paso fue la denuncia. Con su hija pequeña, desesperada y en pijama, se plantó en una comisaría ante un joven policía nacional que les cambió la vida. Él y la Fundación Alalá, en el Centro Cívico El Esqueleto, motor de cambio e integración de la barriada marginal sevillana de las Tres Mil Viviendas, donde Remedios aprende a coser mientras la peque aprende a bailar, como le hubiera gustado al abuelo. Y tanto y tan bien cose Reme que está haciendo el vestido de comunión de su hija. De color crudo, con una buena caída de tela y con flores verdes y rosa palo. «Mi princesa va a estar preciosa con el traje que le está cosiendo su madre», afirma orgullosa y sonriente.

Remedios te mira con la dureza de las mujeres maltratadas. Te clava los ojos con ese orgullo que tienen las vencedoras tras haber

sufrido el infierno. Con ese punto de satisfacción y superioridad que supone haber salido adelante tras terribles recuerdos, por haber dado el paso de romper con su anulación como persona. Como mujer. Te mira y te transmite que es capaz de todo, por ella y, sobre todo, por su pequeña princesa.

Su padre siempre fue un «gitano de los buenos», como su madre. Ella es la pequeña de una enorme familia de diez hermanos que, como hijos de vendedores ambulantes, nacieron por toda la geografía española: Badajoz, Madrid, Sevilla… Se dedicaban al comercio de mercadillo en mercadillo, pero, entre puestos y lonas, el padre también era limpiabotas. La especialidad de la casa era «emplear», como dice Remedios, para obtener una ganancia. Compraban al por mayor como podían, en Alicante y Elche, y regresaban con la mercancía al mercadillo de esa semana allá donde tocara.

Los padres de Remedios se casaron a los quince años y hasta llegar a las Tres Mil de Sevilla deambularon por la calle, en chabolas y bajo toldos. Ellos y sus hijos, según iban naciendo. Así hasta que acabaron bajo el puente de Triana buscando un futuro mejor y, a ser posible, estable.

Remedios recuerda a un farmacéutico de la plaza del Altozano que los ayudó todo lo que pudo. Les echaba una mano para que pudieran sobrevivir bajo los toldos. Estamos en el año 1975. Muere Franco y toda la familia consigue un realojo en el polígono de San Pablo, este sí considerado barrio de Sevilla, para terminar en lo que hoy se conoce como las Tres Mil Viviendas. Aquí nacen ya los hijos pequeños y nuestra Remedios.

Las Tres Mil, para quien no lo conozca, es un barrio de película y… durísimo. Nada más bajarte del coche ya huele a marihuana, un aroma que llama la atención del visitante en cualquier esquina, dependiendo de por dónde sople la brisa. Al sur de la ciudad, casi en la salida hacia Cádiz, la barriada se encuentra frente al Real Club Pineda, un exclusivo campo de golf y club hípico y linda con la autovía de circunvalación de la ciudad SE-30. Paradojas de la vida —y del urbanismo—, el mayor barrio del menudeo de droga en España comparte vistas con un lugar solo para socios.

Remedios explica orgullosa que logró el graduado escolar en el Colegio Vicente Aleixandre gracias al tesón de su madre. Después empezó el curso de administrativo en el Instituto de FP San Pablo. De hecho, se le iluminan los ojos cuando dice que va a seguir estudiando: «Me gusta más lo difícil que lo fácil. Lo mío eran las matemáticas y la lengua…, lo que nadie quería». Entonces hace un paréntesis y recuerda un barrio lleno de heroína por todas las esquinas. Y los chicos muertos por sobredosis en cualquier banco del parque. Eran los años del «caballo» en el sur de Madrid, en las afueras de Barcelona… Imaginaos cómo debían ser en el polígono sur de Sevilla…

«La única niña gitana de mi clase siempre fui yo. Me he criado entre payas, pero desde niña siento que todo el mundo que me conoce, me aprecia», afirma. Y es que Remedios es de esas personas que sentencian con lo que dicen. Sonríe, te mira fijamente y espera que la hayas entendido: «¿Qué…? ¿Que no?».

Por entonces, ya entrada la década de 1980, las niñas gitanas no iban a la escuela ni se las esperaba. Las mujeres empezaban a trabajar en casa —y fuera de casa— desde el primer momento en que hubiera ocasión. «Los hombres, no. Ellos siempre se han quedado en el hogar… o en la calle», sentencia Remedios de nuevo, pero ya no sonríe. Pues el recuerdo de su hombre, de su marido, empaña el de aquella niña inquieta y estudiosa y la convierte en una mujercita de catorce años dedicada a él de por vida… O casi.

Remedios es una kelly, que es como se llama de manera ingeniosa a «las que limpian», sobre todo a las camareras de hotel. Y está orgullosa de serlo porque le permite tener un dinerito, incluso para gastar en los pocos caprichos que ella y su hija tienen. Eso sí, está agotada. No le importa que la llamen kelly porque su trabajo es limpiar, pero prefiere las oficinas a los hoteles, porque «cada temporada que trabajo en un hotel como kelly puedo perder siete kilos. Acabo deslomada. La presión es agotadora porque trabajamos a destajo… pero es lo que toca. Por eso prefiero un local o unas oficinas antes que las habitaciones». Y al pensar en cómo le duelen los riñones y «los lomos» de hacer y deshacer camas, y recordar «lo que una se encuentra» en las habitaciones de los hoteles», Reme echa la vista atrás y echa de menos no haber

seguido estudiando. Lo que fuera.

Es el momento de hablar sobre lo que vivió en los treinta años de casada… No soy capaz de interrumpirla con una sola pregunta. Me impresiona tanto su mirada que me avergüenza preguntarle por ese infierno. Me imagino esos treinta años de aislamiento y de anulación, y me planteo si una mujer como Remedios puede rehacer su vida, y tirar pa'lante y educar a sus hijas en la dignidad y en la igualdad tras décadas de ignominia. La conclusión es tajante: sí que puede. Remedios pudo. Estas mujeres son capaces.

«Ya te digo. Pensé que nunca podría salir de allí como, a la vez, pensaba que mis hijas nunca iban a vivir lo que viví yo. Y eso sí que lo estoy consiguiendo. He cumplido la meta. Ellas son y van a ser mujeres libres», afirma con orgullo.

La hija mayor de Remedios reside a 900 kilómetros de Sevilla. Sabe defenderse. Tiene veintitantos años, vive y trabaja cerca de su novio y muy lejos de ese barrio no barrio, claro exponente de lo que llaman «chabolismo vertical». La princesa tiene diez años y es la única niña gitana del colegio al que asiste fuera de las Tres Mil. Cuando sea mayor quiere ser policía o veterinaria. Lo que ahora está claro es que ambas serán mujeres libres, algo que a su madre le ha costado un largo camino de sufrimientos.

A Remedios le gusta hablar de su pequeña y la define de una manera que mejor, imposible: «Es una princesa. Ahora que sé coser le estoy haciendo con mis propias manos su vestido de comunión».

—¿Y cómo es? Descríbemelo —le pido.

—Es muy bonito. —Se le escapa una lágrima—. Tiene una tela con caída en color crudo y lleva flores. Unas flores verdes y rosa palo.

—¿Le gusta ir al cole?

—No… ¡le encanta! Yo decidí sacarla del barrio. Empecé llevándola y trayéndola todos los días en autobús al colegio de fuera, pero ya tengo un cochecito que me he podido comprar y vamos y venimos en él. Eso sí, es la única niña gitana de toda la

clase…

Y aquí, Remedios sonríe por no llorar. Entremezcla una mueca de sonrisa con la pena y mueve la cabeza levemente de arriba abajo: «El problema son los padres. Mi hija me cuenta que sus amigas le dicen que sus padres no quieren que hablen con ella. Porque es gitana. Hay gente buena, que sí, pero otros ni me saludan en la puerta. Y eso es racismo. En el colegio de mi hija todo el mundo me conoce. Soy la gitana que lleva a su hija al cole. Y no voy a cambiar. Ni la voy a sacar de allí».

Me cuenta Remedios que siempre quiso aprender a coser para ser modista. Y así, charlando en el barrio, se enteró de lo que hacían en la Fundación Alalá. Y pensó: «¿Por qué no? Mientras yo aprendo a coser, mi princesa aprende a bailar». Y ahí empezó a cambiar otra vez, ahora para bien, su vida.

Blanca Parejo, de la Fundación Alalá, es lo que se conoce como un alma mater. Me dice que las Tres Mil Viviendas son una vergüenza en Sevilla, en España y en Europa. Este barrio pasa por ser el más pobre y degradado de la Unión Europea y, desde luego, si no lo es, le falta muy poco. Es un inmenso gueto lleno de pisos vaciados reconvertidos en plantaciones de marihuana, cables reconectados, coches de lujo y un olor a porro insoportable para los no acostumbrados.

«Las Tres Mil —afirma Blanca— son la tormenta perfecta: la idiosincrasia gitana, jóvenes que quieren salir porque se han dado cuenta de lo que hay fuera, padres que no van a cambiar sus actitudes machistas… y ellas. Siempre son ellas con sus hijos las que tiran del carro y pueden conseguir que esto cambie».

Las Tres Mil nacieron a finales de la década de 1960 «con buena intención» y se terminaron a finales de la de 1970. Al principio se instalaron allí personas que vivían en los barrios de chabolas de La Corchuela o El Vacie, junto a otras que querían mejorar las condiciones de su vivienda procedentes de barrios como Los Pajaritos. Pero el realojo no trajo nada bueno: diez años más tarde los servicios de algunas viviendas ya no funcionaban porque los motores de ascensores o los calentadores habían sido robados. Y la droga se introdujo de inmediato. «El noventa por ciento de ellos

están metidos en la droga, en ajustes de cuentas o son prestamistas —continúa Blanca—. Y ahí siguen, prestando con usura. Me acuerdo de la madre del Cebollita, a la que casi matan porque no podía hacer frente a los intereses que le había impuesto un vecino». Reyertas que acaban en muerte y armas de todo tipo corren por las calles tan rápido como la droga…

Al ver y vivir esto, nace Alalá —«alegría» en caló— en una reunión de amigos, entre ellos Emilio Fernández de los Santos, Caracafé, guitarrista flamenco y todo un personaje, en un bar de las Tres Mil. Y así lo cuenta Blanca: «Juan Alpresa y mi hermano conocieron a Emilio y este les contó su idea para el futuro: ayudar a los niños y a las niñas del barrio a salir adelante con el flamenco. A olvidar la droga con la guitarra y el baile. Y dicho y hecho: aquí estamos». Emilio «Caracafé» es solo uno de los incontables artistas reputados del flamenco que han salido del barrio. Aquí tenéis otros dos: Raimundo y Rafael Amador.

La idea se pone en marcha en 2014 de la mano del empresario José María Pacheco, presidente del grupo Konecta, y empezó atendiendo a veinte niños que recibían clases de guitarra ¡y fútbol! Poco después, para poder constituir la fundación, Blanca, Emilio y José Manuel tiraron de amigos: el cantante José Manuel Soto, César Cadaval, de Los Morancos; Francisco Rivera Ordóñez, Miguel Báez el Litri, Rosauro Varo, Iván Bohórquez y José Manuel Entrecanales, presidente de Acciona, y de la extensión de la fundación en Jerez. «Nos pusimos a correr la voz en las puertas de los colegios del polígono y fuimos convenciendo, madre a madre, de que sus hijos podían pasar la tarde cantando y bailando flamenco en vez de estar en la calle. Nos costó mucho convencerlas, pero, poco a poco, pasamos de veinte a doscientos niños. Y de las Tres Mil a la barriada Estancia Barrera de Jerez», me dice Blanca sonriendo. El Centro Cívico El Esqueleto, un local municipal de servicios sociales que alberga la oficina, las aulas, el salón de actos, salas de terapia y hasta consultorio se puso en marcha entonces a pleno rendimiento y así sigue hasta hoy.

Luego llegó la costura. De la mano de Rosa León, sevillana ganadora de la primera edición de Maestros de la Costura, Alalá dio una vuelta de tuerca: guitarra, palmas, flamenco, baile y… costura.

Y las madres de los pequeños artistas se han ido empoderando hilván a hilván, tela a tela y aguja tras aguja. «Tenías que verlas —dice Blanca entusiasmada—. Es coser y cantar. El grupo cose, canta, se ríen, se ponen el café y nuestra educadora social las empuja y las une. Cosen, cantan y hablan. Aquí no llora nadie. Así, hasta que consiguen un certificado de capacitación, un título… ¿Te imaginas lo que eso supone para ellas? Mira, los maridos están contentos, aunque a algunos ni siquiera los conozco. Ellas se empoderan, se ven capaces, aprenden a coser mientras sus hijos aprenden a cantar… ¿puede haber algo más bonito? Igual te hacen un traje de faralaes que un vestido de comunión o una falda de baile. Y sí, el trabajo en Alalá puede parecer infinito. Es infinito, pero cada vez que una de estas mujeres sale adelante… tocamos la campana. Ver la alegría en sus ojos es una satisfacción tremenda».

Con el pensamiento aún en este grupo increíble de profesionales de la integración, vuelvo a nuestra Remedios para preguntarle por su experiencia.

—Me gusta que parezcamos un equipo de mujeres porque, en realidad, a todas nos han pasado cosas parecidas. O peores. Es como una terapia de grupo, con Rosi, Marta, la Luisi… dos veces por semana, y mientras nosotras hablamos y nos reímos, la niña baila flamenco.

—¿Y qué tal baila la princesa?

—Está en ello. Hay tres grupos y ella se encuentra en el de en medio. Fue salir de aquel miedo y, poco a poco, la niña va cambiando.

Ahora Remedios hace frente a una hipoteca, tras dos alquileres y un préstamo personal. Y la princesa…: «Mi hija está feliz y es una niña tranquila. Y conseguirá lo que quiera. Porque es inteligente».

POSTDATA: Coser, cantar… y empoderarse

Estamos llenos y rebosantes de prejuicios. Y somos víctimas de nuestros equivocados complejos de superioridad. Hasta que aparece

una Remedios, gitana y maltratada, y nos pone en nuestro sitio.

Porque somos incapaces de entender su sufrimiento durante años. Ni siquiera imaginarlo. Hasta que nos damos de bruces con el relato de su vida y con su sonrisa.

Una mujer maltratada que sale adelante. Que consigue romper su aislamiento y su anulación como persona. Una mujer gitana que lo consigue gracias a otras mujeres tan gitanas y dignas como ella. Y de la mano de una fundación como Alalá, que nace en el barrio más pobre y drogado de Europa: Las Tres Mil Viviendas del polígono sur de Sevilla.

Parece mentira, pero en pleno siglo XXI veo a mi abuela cosiendo, ahora, en las manos de Remedios. Y recuerdo a mi madre cantando, también ahora, en la voz de nuestra gitanilla.

Parece magia, pero en absoluto lo es. Coser y cantar, empoderarse como mujeres mientras sus hijos aprenden a interpretar flamenco. Mujeres que fueron maltratadas durante decenios, sepultadas por la droga que aplastó a sus hombres y que sacan adelante a sus hijos gracias al arte. Un arte de guitarras, cajones, taconeos, agujas e hilos.

¿Puede haber algo más digno que una mujer maltratada que sueña, nada más y nada menos, con que sus hijas sean libres durante todas sus vidas y que es capaz de dar el paso para que su sueño se haga realidad?

Y aún ha de luchar contra el racismo en el colegio de su hija mientras cose e hilvana el vestido de comunión de «la princesa». Un vestido de una tela con caída, en crudo y con flores verdes y rosa palo. Ya lo ha dicho Remedios: «Un vestido precioso». Tanto como la libertad de esas tres mujeres gitanas, la madre, la hija mayor y la pequeña, a puntito de hacer la comunión, que seguro, segurísimo, será policía o veterinaria.

5
«Hila, soy Carlos, un soldado español. Os vamos a sacar de aquí»

HILA JAMSHEDY (POPAL)

Refugiada afgana

Al rato, vimos por la tele que los talibanes habían llegado al poder y empezamos a oír gritos en la calle. Fue tremendo. Miles y miles de personas echaban a correr en todas direcciones. Había mucho miedo. Mi padre no podía salir del Ministerio. Todo se convirtió en un caos… Todo el mundo intentaba huir del país hacia cualquier sitio del mundo.

Yo no tenía miedo, no…, tenía pánico. Me llamaron directamente los soldados españoles. Ya teníamos los salvoconductos en regla y nos citaron en una puerta del aeropuerto, cerca del hotel Baron. Pero no pudimos llegar. Había muchos talibanes que no dejaban pasar a nadie. Lo que hicimos después fue intentarlo por separado, diciéndoles que nuestra casa estaba por allí… Había mucha gente. Se oían disparos…, muchos disparos. Fue terrible hasta que nos encontraron los soldados españoles. Eran ángeles. Nos ayudaron muchísimo. Nunca les podremos agradecer todo lo que hicieron por nosotros. Les damos las gracias. Jamás lo olvidaremos.

Al principio nos atendieron cuatro soldados que nos sacaron de un canal de agua sucia. Olía fatal. Después llegó una mujer soldado y nos dijeron que ya estábamos a salvo. Que ya no nos iba a pasar nada. Con ellos me sentí muy segura. El miércoles por la noche recibí la primera llamada y el jueves a las seis de la mañana nos rescataron. Al rato nos dieron de comer, creo que un trozo de pizza, atún, pan, mermelada y chocolate. Y agua y zumos para beber.

Ya en el avión militar me tocó al lado de un soldado con el que no paré de hablar durante dos horas, ¡qué pesada! Él no hacía más que decirme: «Tranquila. Ya está. Todo va a salir bien».

***

Hila Jamshedy (Popal) —en Afganistán el apellido materno apenas se utiliza— nació el 16 de septiembre de 2007 en Logor, a dos horas de Kabul. Su padre, Najibullah, trabajaba en el Ministerio de Sanidad y su madre, Safia, como administrativa en un hospital.

El gobierno del terror talibán, con su interpretación radical de la ley islámica o sharía, había llegado al país en 1996 y perduró hasta la intervención militar de 2001, que, encabezada por el ejército estadounidense, derrocó al régimen que apoyaba y alojaba a los terroristas de Al Qaeda. El detonante de la guerra de Afganistán de 2001 permanecerá en la memoria de todos nosotros de forma indeleble, pues marcó un antes y un después en la historia contemporánea: el atentado contra las Torres Gemelas de Nueva York y el Pentágono de Washington aquel fatídico 11 de septiembre.

Por eso, Safia, la madre de Hila, trabajaba. La expulsión de los talibanes consiguió, entre otras muchas cosas, que las mujeres, consideradas por la ley islámica talibán un mero recipiente del disfrute de su marido, relegadas al ambiente doméstico y a tener hijos, a las que se les prohíbe no solo trabajar, sino cualquier actividad fuera de casa —ocio, pero también estudios— si no van acompañadas por su marido y estrictamente cubiertas bajo el burka, fueran visibles y recuperaran, poco a poco, los derechos perdidos.

Cuando Hila cumplió tres años se trasladaron a Kabul y más tarde, en 2014, Safia encontró un empleo como segunda secretaria de la Embajada de Afganistán en España, de manera que toda la familia se trasladó a Madrid. Tres años más tarde, tras unos meses de vuelta en Kabul, vivieron en la India durante un año. Y al regresar a Afganistán en 2021, de nuevo se desató ante ellos el infierno talibán.

Safia recuerda cómo, desde la llegada de los americanos —y las delegaciones de los ejércitos de otras cuarenta y ocho naciones en coalición—, la mujer había recuperado los derechos anulados por los talibanes. Eran libres para estudiar y trabajar y podían moverse sin la obligación de esconderse bajo el burka infame. Ella había vivido también la otra guerra contemporánea de Afganistán, la que enfrentó a rusos y afganos en 1979, y que acabó con la derrota de los soviéticos, la llegada al gobierno de los muyahidines —los rebeldes afganos que habían ganado la guerra con la ayuda de Occidente—, y la consecuente explosión de los talibanes y su posterior derrota, de la que surgió el régimen republicano de Hamid Karzai, tutelado por Estados Unidos. Hasta que dicha república también terminó… A cualquiera que les hubiera dicho que a partir del verano de 2021 las niñas no podrían volver a la escuela al cumplir los doce años, no le habrían creído.

Los primeros años de Hila en Kabul fueron de cierta normalidad. Vivían con recursos humildes, pero sin penurias. Eso sí, el traslado a Madrid la marcó para siempre. Digamos que les marcó para siempre a todos.

La familia vivía en la calle Julio Palacios, por detrás del hospital de La Paz, junto a La Vaguada. Hila empezó de cero en el colegio público Rabindranath Tagore. A los pocos meses, gracias a Ángela, la directora del cole, a su tutora Lola… y a Disney Channel, Hila ya hablaba español casi con fluidez y era el orgullo del colegio. «Te voy a acabar adoptando. Quédate aquí», recuerda Hila que le decía Lola.

Fueron años de felicidad completa. Triunfaba en el colegio (excepto con las matemáticas), disfrutaba de los parques y el cine, de las comidas familiares y de sus amigas de aquellos años de Primaria, entre las que se encontraba Anabel, con quien ahora ha recuperado el contacto. Quién le iba a decir a la familia Jamshedy (Popal) que aquel idioma español que Hila aprendió a los siete años les iba a acabar salvando, literalmente, la vida a todos.

Pero avancemos ahora de golpe a ese momento crucial para los afganos y la familia de Hila: agosto de 2021. La promesa de retirar al fin a sus tropas de Afganistán hecha por John Biden en el programa que le daría la presidencia de Estados Unidos en enero de

ese mismo año se cumplió, y en un golpe de mano mal previsto por los aliados occidentales, los talibanes recuperaron el poder. Las delegaciones multinacionales se tenían que ir de Kabul, no sin intentar, como podían y les dejaban en los primeros días del golpe talibán, habilitar la manera de sacar del país a cuantos ciudadanos afganos pudieran de todos los que se agolpaban en el aeropuerto, intentando huir del país. Y en esas estaba el Ejército español cuando un equipo de Operaciones Especiales recibió la orden de abandonar el aeropuerto para rescatar a una familia afgana: padre, madre, una hija adolescente y un hijo de dos años. La familia de Hila.

Ella recuerda que había terminado los exámenes finales en julio y todo transcurría con normalidad, hasta una mañana en que se tuvo que quedar en casa de sus abuelos porque ya se oían amenazas contra las niñas que asistieran a clase. Su padre había intentado llegar al aeropuerto a ver cuál era la situación para abandonar el país, pero le resultó imposible. El pillaje, los atascos inmensos, el desastre total y la violencia habían sumido a Kabul en el caos en pocas horas. La desesperanza se fue instalando en sus corazones, hasta que María José, una amiga de Guadalajara de sus años en España, miembro de la Asociación de Familias y Mujeres del Medio Rural (AFAMMER), al ver la situación en las noticias se acordó de Safia y le escribió un mensaje al móvil: «¿Cómo estáis? ¿Podéis salir?». Esto les dio pie, ya sumidos en el desastre total, a solicitarle que les ayudara a formar parte de los refugiados acogidos por España, que embarcarían en uno de los aviones del puente aéreo organizado por el Ejército del Aire entre Kabul, Dubai y Madrid.

Entonces entró en escena otra mujer clave en la vida de Hila: Carmen Quintanilla —a quien no conocían de nada—, presidenta nacional de AFAMMER. Desde su Ciudad Real natal, esta exdiputada y exsenadora estaba contactando con medio mundo en busca de papeles, soldados, aviones… que ayudaran en la crisis afgana de refugiados. Y, por medio de María José, que la puso en contacto con la familia Jamshedy (Popal), empezó a recibir mensajes en español de una chica afgana de quince años que se llamaba Hila.

Carmen llamó al gabinete del ministro de Asuntos Exteriores, José Manuel Albares, rogando por los salvoconductos para la

familia de Hila, y las influencias y los favores funcionaron. El 15 de agosto los talibanes habían recuperado su régimen de terror y el 25 de agosto nuestra familia (Safia, Najibullah, Hila y el pequeño Mujibullah) tenía sus cuatro visados. No así los abuelos, a Carmen le fue imposible conseguirlos para ellos, y ahí siguen, en Kabul. Le envió los permisos digitalmente a Hila mientras la Embajada de España y los soldados españoles, establecidos ya en el aeropuerto, se ponían en marcha para organizar su salida del país.

Quedaban pocos días para dar por terminada la evacuación de Kabul. El tiempo apremiaba, los talibanes estaban endureciendo la represión, los diplomáticos occidentales no daban abasto y el riesgo total se multiplicaba. La familia tras días acampados en las cercanías de mala manera, intentó acceder al aeropuerto… pero les resultó imposible. Se había organizado un punto de encuentro en la puerta Abbey Gate bajo el control del Ejército británico, pero no podían siquiera acercarse. Mientras tanto, los telediarios del mundo nos impactaban a todos con las imágenes de los afganos corriendo por las pistas junto a los aviones militares de transporte y precipitándose al vacío desde las alas de esos mismos aviones.

En medio de la muchedumbre detenida por los talibanes a un paso de la libertad, Hila tomó una decisión: solo si ella se adelanta, pues el pequeño Mujibullah los retrasa, quizá puedan conseguirlo. El resto de la familia intentaría entrar al aeropuerto por otro lugar. Ponte en el lugar atroz de esa niña de quince años, sola en mitad del infierno…

Hila, tenaz, llegó al punto de encuentro en Abbey Gate entre un caos total, literalmente a golpes, e intentó convencer a un soldado británico con su visado español en la mano. «Yo soy británico, no sé nada de los españoles», le respondió este, mientras los padres, en su intento por acceder por otra puerta bajo control canadiense, perdían al pequeño: un hombre surgió de entre la inmensa marea humana y les arrebató a Mujibullah para que le dejaran pasar con la excusa de que era su hijo. La familia llevaba dos días entre la multitud sin dormir, sin comer, sin agua y con apenas batería en el teléfono móvil. Aquella fue la peor noche… hasta que los canadienses abrieron la puerta y les devolvieron al niño. Un milagro.

Tras los intentos fallidos por separado, y con la familia de nuevo reunida, de pronto, en medio de la avalancha humana, una patrulla talibán se lio a tiros. Cientos de niños perdidos, desesperación absoluta, pánico, muertos por aplastamiento y asfixia… Así, absolutamente hundida, la familia Jamshedy (Popal) decidió regresar a lo que quedara de su casa. Dos horas andando de madrugada en las que Hila envió sus últimos mensajes de audio a Carmen Quintanilla: «Carmen, no puedo ni respirar. Hay mucha gente y la policía dice que no nos van a dejar entrar. Por favor, inténtalo, es que hay muchísima gente y no podemos salir de aquí…».

Entonces Carmen contactó con un importante —muy importante— militar español, cuya ayuda se volvería trascendental. Desde Madrid rogó el apoyo de sus colegas de Operaciones Especiales en Kabul. Poco después, Hila recibió este largo mensaje de voz de Carmen:

Hila, vosotros eráis los siguientes para rescataros, pero han tenido un problema con un autobús que llevaban al aeropuerto, el autobús está paralizado y deben llevarlo allí… Me dicen que mañana os rescatarán. Ya sé que es muy duro, pero es lo único que os puedo decir. Te van a llamar en media hora, y espero que mientras tanto también los militares españoles que están en Kabul se pongan en contacto contigo. Te lo explicarán todo. Si en media hora no te llaman, me vuelves a llamar tú.

Al poco tiempo, mientras Hila intentaba ducharse, destrozada y de madrugada, sonó el móvil: «Hila, soy Carlos, un soldado español. Os vamos a sacar de aquí». Y se citaron en un punto concreto en los alrededores de la base aérea. Con la ayuda de un tío de la familia, emprendieron de nuevo la locura que era el camino hacia el aeropuerto de Kabul.

Hila y sus padres llevaban pañuelos rojos y amarillos para intentar ser identificados desde el interior como refugiados a cargo de los españoles. Pero otra vez fue imposible siquiera aproximarse al punto de encuentro. Y cuando lo intentaron por un lugar que parecía más despejado, cayeron al foso de aguas fecales que rodea

el muro de la base militar. La suciedad nauseabunda les llegaba al pecho, pero el pánico superaba el olor y el asco al borde del vómito. Entonces Hila sacó fuerzas de flaqueza e hizo algo extraordinario: llamó a Carlos, y gritando, tirando de su padre y de su madre, que cargaba con el hermano, imploró al soldado español que les sacara de aquel caos. No podían más. Estaban a punto de tirar la toalla otra vez. El hedor era insoportable, la densidad del foso hacía imposible el avance, hasta que, de pronto, una patrulla de cuatro soldados pertrechados hasta los dientes, con la bandera de España al hombro, se abrió paso desde el otro lado del foso.

Entonces, esos cuatro ángeles de la guarda cogieron, uno a uno, a toda la familia, los alzaron a pulso de aquel estercolero entre gritos y avalanchas de gente, y los llevaron en volandas a la puerta donde aguardaba el grueso de las tropas españolas junto al personal diplomático. En breve despegaría el que era nuestro penúltimo avión de rescate desde Afganistán. Con toda la familia a salvo, Carlos le dijo a Hila: «Eres la operación más jodida de todas las que hemos hecho».

Aquí hago un paréntesis para complementar la historia de Hila. ¿Cómo son esos ángeles de la guarda? ¿Qué siente un soldado, dispuesto a morir si es preciso, al sacar a una familia de una fosa séptica rodeada de talibanes? Y después… ¿qué?

Uno de esos ángeles es Cizalla, como se le conoce por su nombre de guerra, ya que, por razones perfectamente imaginables, un boina verde no puede dar a conocer su identidad. Así que lo llamaremos como ese instrumento similar a unas tenazas gigantes que sirve para cortar cadenas.

«Allí nos encontramos una situación muy complicada —me cuenta—. Con un aeropuerto metido en la ciudad, con los accesos colapsados por gente que intenta entrar desesperadamente pero que, a la vez, impide que salgas de él. Pero sobre todo nos encontramos un dificilísimo equilibrio entre los talibanes y las fuerzas de la coalición… Menos mal que había americanos, marines y de la 82 División Aerotransportada, y británicos».

Y ante esa situación, ¿qué siente un soldado?, le pregunto. «Una mezcla de sentimientos y emociones enfrentados. Por un lado

alegría cuando conseguíamos recuperar a una familia del medio del caos y, por otro, impotencia y rabia cuando no lo conseguíamos. Y a la vez orgullo, porque nuestro mando confiaba en nosotros para esa misión. Todo muy intenso», me responde.

A nosotros nos da miedo siquiera pensarlo, pero Cizalla me dice: «Yo, en esta misión, no sentí miedo por mí, sino por las familias que estaban ahí. Sobre todo cuando teníamos la amenaza de un terrorista suicida cerca. Preocupación, mucha, por cómo evolucionaban las cosas, pero, más que nada, por cómo podría afectar a la misión de rescate».

Ponte en el lugar de Hila. ¿Se te podría olvidar algún día la cara del hombre que te saca a pulso de una ciénaga? ¿Un ángel de la guarda que lleva uniforme militar? ¡Pues claro que no! Pero a ellos tampoco se les irán de la memoria ni los rostros ni las palabras de agradecimiento de los rescatados: «Nos daban las gracias. Muchas veces. Algunos nos abrazaban, algo que no suelen hacer. Que una mujer dé un abrazo a un hombre desconocido, en Afganistán, como que no es frecuente, pero lo hemos visto y sentido. Y es curioso, pero tras pasar días bajo el sol, sin agua, agotadas, destrozadas… estas personas solo insistían en no querer molestar. Cuando les hacíamos un primer chequeo médico de emergencia solo repetían: "Estoy bien. No, no…, estoy bien"».

Hemos hablado de Hila, del rescate, del miedo. ¿Cómo se prepara alguien para algo así? Y Cizalla me responde: «Normalmente estamos preparados. Sabemos que puede sonar la campana en cualquier momento para que vayamos a cualquier parte del mundo a hacer cualquier cosa. Estamos preparados para irnos y afrontarlo con toda la flexibilidad posible. La verdad es que después, muchas veces, piensas en la gente que se ha quedado allí e, incluso, piensas en volver a por ella para intentar rescatarla».

Cizalla recuerda dos momentos inolvidables, uno bueno y otro malo:

Después de tantas horas esperando al personal que venía en dos autobuses, pasaban de otras nacionalidades, pero los nuestros no llegaban. Los talibanes, digamos, tampoco «colaboraban». Hubo

mucho que negociar, mucho que empujar en aquella puerta… Pero, finalmente, vimos a una persona saludando desde lejos. Me quedo con ese momento. Por fin estaban aquí. Sin embargo, cuando estábamos a punto de cesar las operaciones y muy cerca de sacar a una familia, nos llegó una alerta de ataque con explosivos. Cerraron las puertas, seguramente para salvarnos la vida a todos, y pudimos avisar a la familia para que retrocedieran. Estuvimos muchas horas sin saber si les pilló la explosión o si habían podido escapar a tiempo, pasó más de un día hasta que pudieron contestar: una hora antes del atentado habían conseguido huir. Pero… no los pudimos sacar de Afganistán.

Tras ver la otra cara del heroísmo, volvamos ahora al viaje de Hila y su familia. Nada más ingresar en la zona española del aeropuerto recibieron una llamada de Paula Sánchez, diplomática española que, junto al embajador Gabriel Ferrán, coordinaba la evacuación española. Y lo primero que hizo fue darles de comer y beber, tal y como nos ha contado Hila. Desde dentro podían escuchar los disparos del exterior e incluso la explosión del hotel Baron, donde murieron trece marines americanos. A las dos horas de aquel viernes, el avión Hércules del Ejército del Aire despegó de Kabul con destino a Dubai. En Emiratos cambiaron de avión para emprender el último tramo del viaje hacia su destino final: España.

Llegaron a la base de Torrejón en la madrugada del 21 de agosto, literalmente con lo puesto: la misma ropa que llevaban cuando cayeron al canal de aguas fecales. Les dieron de desayunar, la Policía les tomó las huellas y los datos y pudieron descansar en las tiendas de campaña de Cruz Roja durante dos días, hasta que la ONG Fundación CEPAIM se hizo cargo de ellos en Sevilla.

Hila había conseguido sacar a sus padres y a su hermano del infierno porque fue ella, con su idioma español, quien logró coordinar la huida desesperada hasta llegar a los ángeles de la guarda. La familia vive ahora en Ciudad Real. Safia aprende español y quiere formarse como administrativa para trabajar aquí. El padre se recupera de una minusvalía que le mantiene medio paralizado, mientras el pequeño, tras recuperarse de una diarrea complicada en hospital Virgen del Rocío, va al cole, encantado de la vida. Hila quiere ser odontóloga. Cursa cuarto de la ESO y no sabe si algún día

volverá a Afganistán: «En un futuro, a lo mejor vuelvo, cuando haya paz y justicia y la gente esté tranquila. Me gustaría poder ayudar».

Sobre aquellos cuatro soldados, nuestra heroína de quince años no para de repetir: «Nunca les podremos agradecer todo lo que hicieron por nosotros. Les damos las gracias. Jamás lo olvidaremos».

POSTDATA: Tres imágenes de mi viaje a Afganistán

Primera. La humillación de llevar eso que nosotros conocemos como burka la vi y la sentí en persona por primera vez en Kabul. Íbamos en una caravana de blindados italianos entre el aeropuerto y la Green Zone, el distrito diplomático. De pronto, entre la polvareda, aparecieron cinco mujeres andando, cada una de ellas oculta bajo un burka azul, pesado y sucio. Quise ver sus ojos a través de las rejillas, pero es imposible. Nunca supe si dentro de ese hábito vergonzoso iban cinco adolescentes, sus madres o cinco ancianas. Quizás eran mujeres de generaciones entremezcladas. Ahí sentí en carne propia la humillación de quienes miran entre rejas y para el resto de la humanidad solo son sombras.

Segunda. En Qala-i-Naw, capital de la provincia de Badghis, donde se estableció el Provincial Reconstruction Team (PRT) del Ejército español, me narraron una escena tan escalofriante como definitiva.

Un avión de transporte del Ejército del Aire había aterrizado en una calle polvorienta en mitad de la ciudad. Después de que los boinas verdes ocuparan posiciones, se procedió a desembarcar la carga, compuesta por material sanitario, medicinas, equipamientos e instrumental. Se formaron dos cadenas humanas de soldados en paralelo. Desde las tripas del avión Hércules trasladaron la carga, caja a caja, brazada a brazada, hasta formar dos montañas de material. Al terminar, el mulá local, sacerdote islámico versado en el Corán para los chiitas, impertérrito, barbudo y sieso como él solo, ordenó deshacerse de uno de los dos montículos descargados. O lo devolvían al interior del avión o lo destruía.

Ante la incredulidad de los soldados, explicó que rechazaba la mitad del material porque una mujer formaba parte de la hilera que lo había descargado. Una soldado española de la Brigada Ligera Aerotransportable (BRILAT), con sede en Pontevedra, había tocado con sus dos manos la mitad del material sanitario, por lo que se había convertido en impuro a los ojos de aquel hombre medieval.

Tercera. Durante las elecciones locales en Qala-i-Naw, en los locales habilitados por los soldados españoles, tres mujeres valientes explicaban su programa, a cara descubierta, ante los hombres y líderes del pueblo. Los padrinos del evento eran los militares españoles a modo de asesores electorales.

Al terminar el acto, los asistentes se disolvieron y regresaron a las calles de la ciudad. Solo permanecimos allí algún periodista, los soldados y las tres candidatas. Recuerdo que una de ellas llevaba pintada una ligera raya de rímel en los ojos. Ya con el auditorio vacío, las tres mujeres sacaron de sus asientos tres paquetes de papel de estraza. Desempolvaron sus burkas, se los enfundaron y humilladas salieron de la base militar una a una, por separado. El sueño del juego político se había difuminado bajo esa vergonzante y vasta tela azul.

Si algún hombre las hubiera reconocido en el exterior, habrían sido lapidadas en ese preciso instante.

6
«¿Sabes qué?, como mi hijo, todos aquellos chavales están en el cementerio»

PILAR AURAL

Fundadora de la Asociación El Pato Amarillo

Éramos traperos…, un trabajo muy duro. Recuerdo que con diez o doce años así era mi vida. Al caballo que tiraba del carro le atábamos trapos en las patas para cubrirle las pezuñas; así no se resbalaba por la Cuesta de la Vega. Los niños recibíamos un aguinaldo o una propinilla en el mejor de los casos. Nos daban la basura, la bajábamos al carro y volvíamos a subir a la casa siguiente. Así, una mañana tras otra. Siempre. Ahora no llueve ni nieva como llovía y nevaba hace ochenta años. Recuerdo que con diez o doce años esa era mi vida. Cada trapero tenía sus portales. No me digas cómo, pero estaba todo organizado. Ganábamos para, por lo menos, criar un pollo de vez en cuando y comérnoslo. Comíamos pan duro, a veces lentejas cocidas, sin nada más… Nos daban lo que buenamente podían. Lo que sí recuerdo es la sandía y el melón, porque cuando los hijos de los ricos tiraban la basura, nosotros seleccionábamos los restos y terminábamos de limpiar las cáscaras. Ese día… comíamos fruta. Pasamos mucho. Demasiada pobreza. Fíjate cómo seríamos de pobres, que en cierta ocasión, mi madre y yo conseguimos ahorrar cinco céntimos para comprar un abrigo. Cuando se enteró mi padre, intentó pegarnos. Y recuerdo que el abuelo quiso tirarse al pozo para quitarse de en medio.

Los demás hermanos sí fueron al colegio. Primero al San Vicente de Paul y luego al colegio del Tío Tripa, que era como lo conocíamos en el barrio. Yo no sabía leer ni escribir. Y hoy, a duras penas. Pero aprendí a hacer cuentas con la cabeza, aunque no sabía que eso era sumar y restar. Lo que sí recuerdo es que con quince años ya sabía firmar. Me hubiera gustado ir al colegio, pero… Por

eso me propuse que mis seis hijos sí que asistieran al cole. Fíjate, no tengo grandes recuerdos de mi adolescencia. Solo que ayudaba en casa, recogía basura con mis padres y a veces vendía los trapos y el papel; así hasta que conocí a Manuel Medina y me casé con él.

Manuel Medina y yo vivíamos con mis padres y ya teníamos al mayor cuando pasó aquello. Mi padre lo pasó muy mal porque en un arrebato nos echó. Cuando se enteró mi tío, nos dijo que nos fuéramos con él a su patio. Montamos cuatro tablas sobre un suelo de tierra, y allí nació Mari Pili. En el suelo. Recuerdo que me ayudaron las vecinas con trapos y agua. Mi padre se puso muy malo al vernos así. Porque me quería mucho, pero fue como si se hubiera vuelto loco. Mari Pili nació como el niño Jesús, en un pesebre. Pero en vez de en Belén, en el sur de Madrid. Donde hoy están Orcasitas, Villaverde, Los Ángeles y hasta el Hospital Doce de Octubre. Siempre fue una niña preciosa, tan sonrosada…

De ahí llegué a esta que es mi casa gracias a dos curas que nos ayudaron a conseguirla. Nos dijeron que nos debía llegar una carta con la concesión de un piso en lo que se llamó la Colonia Juan Carlos. Entonces me llamó el coronel Martos, de Cáritas, y me dio los detalles: teníamos que dar 80 000 pesetas. La mitad al decir «sí» y la otra mitad a la entrega de llaves. No me digas cómo, pero pidiendo ayuda, lo conseguimos. Manuel Medina encontró trabajo en la editorial Santillana como mozo de almacén y yo trabajé a destajo en todo lo que salía. Por cada arreglo de ropa podía cobrar veinte, treinta o cuarenta pesetas, pero me daba mucha pena la gente y a los más pobres les cobraba cinco o seis pesetas por vestido.

Yo soy una mujer abandonada, no maltratada. Manuel Medina me dejó un 19 de marzo. Se fue con otra una tarde. Cerró la puerta y se marchó con la hermana de mi yerno Alfonso. Se lio con la hermana del marido de mi hija Mari Pili… y me dejó sola. Tenía una buena paga, empezó dándome 50 000 pesetas, luego 30 000 y después… nada.

Mi hijo Javier ya había empezado con la droga cuando Manuel Medina nos abandonó, la compraba a la puerta del colegio. Hasta que no me pidió ayuda, no me enteré de lo que eso suponía. Lo metimos en un centro a que se desintoxicara que me costaba 150

000 pesetas y en el que estuvo seis meses.

Me avergüenza decir que robaba porque no tenía más remedio para poder pagarse la droga. Antes de la primera cárcel lo metieron en un reformatorio. Y recuerdo que yo iba a rescatarle a las chabolas de los gitanos en el Rancho del Cordobés. Ellos le escondían dentro cuando se metía a comprar y a pincharse, pero yo entraba y lo sacaba a la fuerza. Así una vez tras otra, sin miedo, hasta que un día murió. Recorrió cárcel tras cárcel, por toda España, pero siempre recaía. Hasta que me lo mandaron a casa y ahí lo tuve año y medio, en la cama, con un SIDA no declarado o como quieran llamarlo.

Yo me quedaba a su lado todas las noches. Hasta el último día… Murió con todo lo que una madre puede dar a su hijo. Tenía cuarenta y cinco años.

Las madres de aquellos chicos nos manifestábamos en la Puerta del Sol. Llegábamos desde todos los puntos de Madrid. Y fundé El Pato Amarillo aquí, en la calle Salado de Orcasur, porque me lo permitieron los curas del barrio. Los chicos venían por la tarde. Les dábamos leche caliente, un bocadillo… Aquí estaban calentitos y, durante ese rato, no andaban por la calle, metiéndose. Hablábamos con ellos, incluso mi marido Manuel Medina venía a echar una mano. En cada uno de esos chavales veíamos a Javier y, ¿sabes qué?, como mi hijo, todos aquellos chavales están ahora en el cementerio.

¡Me acuerdo de todos! De Vitín, a quien su padre lo echó de casa por drogadicto y apareció muerto en un coche por sobredosis. Al descubrirlo, su padre se suicidó. O de Jesús «el Chule», que me llamaba «vieja». Fíjate cómo acabaría este chico que le tuvieron que hacer una traqueotomía y se murió fumando porros por el agujero de la garganta…

Ahora El Pato es un centro del que todo el mundo sale comido y vestido. Hoy viene todo tipo de gente, de todas las clases. Inmigrantes, gitanos, jubilados a los que no les llega, gente del barrio de toda la vida… y nuestros voluntarios son casi todos gente mayor. He sufrido mucho en la vida, pero mira lo que hemos hecho. Repartimos el pan que nos dona gratis todos los días una tahona de

aquí cerca, en Navidad distribuimos juguetes para Reyes Magos, repartimos una a una cada cesta de la compra, con verduras frescas, legumbres, artículos de limpieza… y, ya que se ha acabado la Covid, vamos a volver a repartir ropa.

Ahora vivo sola en mi casa de toda la vida. Aquella que me consiguieron los curas. ¿Y sabes qué…? Tengo la casa llena de mariposas. Me encantan los colores de las mariposas. Me dan alegría.

***

La historia de Pilar es un increíble ejemplo de superación y resistencia —o de resiliencia, esa palabra que se ha puesto de moda —, de amor de madre, sacrificio y solidaridad. Una vida ejemplar e inigualable. Esta mujer, hija de traperos madrileños, que nació más pobre que las ratas tras la Guerra Civil y vive en Orcasitas, el barrio del sur de Madrid donde ha pasado casi toda su vida, levantó de la nada El Pato Amarillo, un centro modélico de ayuda social, sostenido por voluntariado y, sencillamente, milagroso.

Pilar Aural es una de las legendarias Madres contra la Droga. Su hijo se enganchó a la heroína a los catorce años y desde entonces su vida fue un entrar y salir continuamente de diferentes cárceles, donde su madre nunca dejó de visitarlo para terminar acogiéndolo en su casa hasta que murió con tan solo cuarenta y cinco años.

Es, precisamente, en los primeros años de la lucha contra la droga en su barrio cuando fundó El Pato Amarillo para ayudar a que niños como su Javier no acabaran como él, destrozados, jeringuilla tras jeringuilla, celda tras celda, hasta la muerte. Pero la droga les había declarado la guerra, una guerra que no se libraba a cañonazos pero que contaba con numerosas bajas en el bando invadido; una guerra fría, como la muerte que, según nos cuenta Pilar, «acabó con todos mis chavales en el cementerio». Nuestra Pilar mantuvo abierta la asociación. Y de acompañar a los jóvenes vecinos drogadictos pasó a ayudar a los más pobres. Y ahí sigue. Donde siempre. En ese bajo de un callejón de Orcasitas, a pesar de las veces que han intentado cerrarlo, desalojarlo o expropiarlo. En

cada esquina de nuestra conversación me llevo una sorpresa solidaria, voluntaria, valiente y sobrecogedora. Desde aquel trabajador de la funeraria que hoy empaqueta fruta hasta la madre necesitada que salió del bache y hoy selecciona ropa o abogados de ilustre carrera como Joaquín Moeckel, que lucha contra las administraciones y la burocracia… y que ayudó a Pilar y a la asociación de forma totalmente altruista consiguiendo salvar el local de El Pato Amarillo.

Pilar Aural Izquierdo deslumbra con unos ochenta y dos increíbles años. Nació en 1940 en el barrio madrileño de Carabanchel, en lo que se conocía como Casablanca. Un mar de chabolas que, recordadas hoy en día, se parecían más a las favelas latinoamericanas que a una zona del extrarradio de una ciudad europea, aunque nos hayamos trasladado a la posguerra inmediata. Cuenta que su padre se hizo con un pequeño solar en medio de un descampado, donde edificó algo parecido a una casa con cuatro tablas. En ese suelo al suroeste de Madrid, aquel hombre excavó un pozo de diecinueve metros de profundidad. A pico y pala, cubo a cubo, mano tras mano… hasta con los dientes. Así, los cinco hermanos —dos chicos y tres chicas— tuvieron, al menos, agua potable.

Este padre esforzado, poco dado a hablar de la guerra, y la madre, que les contaba cómo sonaban las bombas, y luego todos los hijos, eran traperos. Con un carro y una mula, recorrían el distrito prefijado de la plaza de Oriente, piso a piso y casa por casa, para recoger la basura. Desde su barrio de chabolas al otro lado del río llegaban por la famosa Cuesta de la Vega, que une la calle Mayor con la ribera del Manzanares, y sobre la que no hay madrileño que no haya escuchado una y mil veces aquello de «Tienes más años que la Cuesta de la Vega», pues, muchos siglos atrás, ya era el camino que unía el centro de la ciudad árabe de Mayrit con el río.

Los Aural apenas ganaban para malcomer pollo, pan duro y restos de fruta arrojados a la basura; un fiel reflejo de las consecuencias de la guerra, de la necesidad, el hambre y la pobreza en una España que no nos queda tan lejos. Y es que Pilar es memoria viva de nuestra historia.

Era la mayor de las hijas y nunca fue al colegio, pues como tal

tenía la obligación de ayudar a su madre, pero aprendió a coser en el taller de doña Matilde. Por eso me cuenta, entre resignada y sonriente, que recuerda muy poco de su vida anterior a la llegada de Manuel Medina, el hombre de su vida. Llama mucho la atención que nuestra Pilar se refiera a él —para bien y para mal— siempre por su nombre y apellido. No le menciona como «mi marido», «mi hombre» o simplemente como Manuel. No. Quien sería el padre de sus hijos, quien la abandonó muchos años después es Manuel Medina. Un personaje clave, claro, en la historia de Pilar.

Por aquel entonces, no había bailes como los imaginamos hoy en aquellos años de penuria y posguerra, pero en los barrios solían aparecer orquestas que animaban cualquier patio de vecinos. En una de estas visitas, Pilar conoció a Manuel (Medina, por supuesto), era bailarín. Tan bueno que formó parte del grupo que acompañaba a Concha Velasco. Pilar tenía veintiún años, alquilaron una casa para fundar su familia, pero al no poder pagar el alquiler, los desahuciaron y se tuvieron que ir a vivir con la madre de Manuel Medina, una mujer que quería muy poco a su nuera. Su marido había dejado el baile, estaba enfermo del corazón y no podía hacer esfuerzos, y trabajaba entonces de camarero en el bar Oriente, en plena glorieta de Atocha. Pero aquel empleo no duró mucho, ni su estancia en la casa de la suegra, de tal manera que ambos, y el pequeño José Manuel, su primer hijo, tuvieron que instalarse en casa de los Aural.

La posguerra había dejado caer sus «bombas» en las mismas trincheras y barrios que hacía quince o veinte años. Los madrileños que la vivieron cuentan que fue peor que la propia guerra. Barrios como Carabanchel, Cuatro Caminos, la Dehesa de la Villa o la Ciudad Universitaria pasaron, en pocos años, de ser el frente de batalla más cruel a la pobreza total del suburbio, eso sí, en los albores del desarrollismo. La expropiación de los terrenos donde vivían tantas familias, entre ellas los Aural, las dejó literalmente en la calle. Hasta que consiguieron alquilar un chamizo donde malvivieron padres, hijos y Pilar y Manuel Medina.

Lo siguiente fue un drama que marcó a nuestra Pilar, una de esas experiencias que te obligan a jurar que tú nunca jamás harás eso con tu hijo. Y es que, en un ataque de ira —y de miseria—, el

padre de Pilar los echó de casa. Y su hija siguiente tuvo que nacer prácticamente en el suelo, ya en Orcasitas, en casa de un tío de Pilar.

Poco después, dos sacerdotes aparecieron en su vida. Los padres José María y Rafa eran dos de esos típicos párrocos de barrio obrero dedicados en cuerpo y alma a sus vecinos, pues, además de la comunión, se esforzaban por darles casa, escuela y alimento. Gracias a ellos, Pilar se instaló en la casa donde aún vive hoy y cumplió con su propósito de escolarizar a sus hijos. Los niños —José Manuel, que hoy tiene sesenta años, Mari Pili de cincuenta y ocho, Javier, que hubiera cumplido cincuenta y cinco; David, Óscar y María Eugenia— estudiaron en el colegio del barrio de San Fermín, en el distrito de Usera, e incluso estuvieron matriculados en el colegio de pago de don Enrique.

Pero… al cabo de unos años, la lacra social de la drogadicción que asolaba el Madrid de las décadas de 1970 y 1980 llamó a la puerta de su casa… y entró para quedarse.

Javier era el niño más listo del barrio. Y de la familia. Le encantaba jugar al fútbol y soñar con que llegaría a debutar en el Real Madrid, pero pasó más de media vida de cárcel en cárcel porque robaba para costearse la droga. Nuestra Pilar defiende que siempre fue un buen chico, pero que, como tantos otros, sucumbió a la invasión de la heroína que se llevó por delante a jóvenes de toda condición y clase social. Cuenta su madre que el pequeño Javier empezó a «meterse» a los catorce años. A la mismísima puerta del colegio. Y ella ya empezaba a soñar con una asociación que fuera un lugar de encuentro y rescate de todos esos chavales que, como Javier, cabalgaban el maldito «caballo», cuando otro revés se le vino encima: el abandono de su marido. Pilar se quedó sola con Javier en la cárcel, con David a punto de casarse y el resto de sus hijos.

Durante aquellos años, se recorrió todas las cárceles imaginables: Zamora, Herrera de la Mancha, el Puerto de Santa María, Ocaña, Navalcarnero, Soto del Real, Valdemoro… Todas las semanas iba a verlo. Se propuso no abandonarlo nunca, ni siquiera cuando estaba en prisión, y cumplió, vaya si cumplió, pues el 11 de septiembre de 2012, Javier moría en sus brazos.

El sueño de Pilar de un centro donde poder ayudar a las víctimas de la droga se hizo realidad, gracias al movimiento Madres contra la Droga en la década de 1980, con la Asociación El Pato Amarillo. El local lleva ahí, en su sitio, treinta y un años. Nació como un refugio para esos chicos devorados por la droga, como Javier, de la mano y con el empujón del mítico sacerdote «rojo» Enrique Castro. Y pasaron los años. Y la droga empezó a desaparecer del barrio a la vez que los chicos iban muriendo, uno a uno, lo que hizo que El Pato se transformara, bocata a bocata, en un imparable centro de distribución de todo tipo de donaciones. Hoy es un almacén de reparto voluntario de comida, ropa, juguetes y productos de higiene. Pilar asegura que El Pato tiene algo especial «además de mi mal genio».

Abro un paréntesis aquí para explicar ese «algo especial que tiene El Pato»: esos voluntarios que multiplican por mil el espíritu de dar y dar y dar sin pedir nada de Pilar a costa de su tiempo libre. Son protagonistas secundarios pero esenciales en la vida de nuestra heroína.

Como Francisco Gil, que colabora dando comida a las familias necesitadas. El día que los visito están repartiendo fruta y alimentos básicos: legumbres, arroz y leche. O Daniel, empleado de una funeraria durante cuarenta y dos años, ya jubilado y «medio familia de Pilar». Un día fue a echar una mano y se quedó de voluntario para ayudar a la gente más necesitada durante tres o cuatro horas todas las mañanas. O José Fernando, que antes del voluntariado en El Pato trabajó en una imprenta y en mantenimiento de ascensores. «Ahora ya estoy jubilado —me dice— y me dedico a mis actividades. Hago deporte, pinto al óleo y ayudo a lo que sea necesario». Lleva un carrito con una bandeja de pollo y una bolsa vacía a la que añadirá fruta, verdura y una barra de pan. Está acostumbrado a la dureza del reparto de alimentos. Vino a probar y se ha enganchado: «Vengo todas las mañanas y luego por la tarde, si no tengo nada que hacer, me paso para reponer las estanterías». Está convencido de que muchas veces nos quejamos de vicio, lleva de voluntario dos años y medio y echa las horas que hagan falta porque se siente útil. Además, con una sinceridad que le honra, añade: «Estaba fastidiado, jubilado, me estaba poniendo gordo como una peonza y aquí me mantengo. Me gusta». Pero le duele ver

a los niños, «porque la gente mayor se busca la vida como puede, pero cuando ves a los niños en la cola… te llega».

Pero no solo los jubilados aportan su enorme grano de arena, una playa entera, diría, sino que entre los voluntarios hay otros perfiles. Toñi llegó primero como una persona necesitada. Económicamente estaba muy mal. Hacía tres años que ni su pareja ni ella tenían trabajo y acudió a Pilar. Hoy se ha quedado como voluntaria. Recuerda bien que cuando recurrió a la ayuda del centro, Pilar les dio legumbres, galletas, leche…, un poco de todo. Y así durante dos años, una vez al mes. «Ahora mi chico ya ha encontrado curro de albañil —me dice—. Yo sigo en el paro, pero al menos tenemos para vivir». En la asociación, Toñi hace de todo: carga comida, cocina, trabaja en el ropero o se va a repartir. Lo que más le duele es la falta de ropa de la gente, sobre todo abrigos para bebés y mantas. Pero, cuando le pregunto si duerme bien, no duda en responderme: «Sí. Muy a gusto».

Y casi al irme me cruzo con Yolanda, de quien dicen que es la «jefa» de todo aunque ella lo niega: «Yo no soy jefa ni en mi casa», asegura entre risas. Apareció por allí unas Navidades para envolver paquetes… y se quedó. De aquello hace ya once años. Está tras un mostrador a modo de tienda, que es donde sus compañeros y ella dan ropa a la gente que va por las mañanas. Tienen ropa de señora, de niño y de caballero, ropa interior y hasta vestidos de novia y comunión. Afirma que el trabajo es duro: por las tardes clasifican las prendas y por las mañanas las reparten a quienes las necesiten sin ningún criterio determinado. No sucede lo mismo con la comida, «porque tienen que venir con carta de asistencia social y papeles, pues necesitamos saber si les hace falta de verdad». Clasificar la comida es también un lío, pues no llega toda en buen estado y allí no aguanta mucho, por lo que tienen que repartir los frescos lo antes posible, en el día.

Yolanda tiene familia, dos hijos y dos nietos. Se casó jovencita y es una abuela joven; y no, no se acostumbra a ver aquello: «Para mí es agradable ayudar porque yo tuve una enfermedad y me ayudaron, pero ves a la gente, te acuerdas… y es duro. Pero esta también es mi familia, mi familia patuna». El trabajo no acaba nunca, no dejarían de acoger familias, pero no dan abasto. Ese día,

por ejemplo, han repartido treinta y siete carros de comida y cuarenta lotes de ropa. Recuerda para mí una historia entre todas las vividas en El Pato Amarillo: «Una familia que un año, en Navidad, no tenía nada. No tenían casa. Y la niña en la carta a los Reyes pedía que le trajeran una casa o una habitación para vivir con su mamá. Y una Nancy patinadora. Salimos por la tele, y al poco la niña tuvo una casa y, fíjate, ¡fue más difícil conseguir la Nancy patinadora porque estaba agotada en todos los comercios!

Y con un nudo en la garganta, pensando en aquella niña y en la muñeca agotada, pregunto lo evidente: Y todo esto ¿quién lo paga? Pilar me cuenta que la panificadora les da el pan y los supermercados del barrio colaboran con donaciones de otros alimentos. Con ellos trabajan de forma altruista los voluntarios de la Empresa Municipal de Transportes (EMT), Mapfre, los propios vecinos que aportan lo que pueden, «incluso colaboran todos mis hijos y mis nietos. Todo el mundo me aguanta y me aguantarán aquí hasta el último día de mi vida».

En un último balance de 2021 fueron atendidas casi mil personas de más de seiscientas familias. De toda esa gente, un tercio son menores de dieciséis años.

Pilar me cuenta que acaba de salir del Hospital Doce de Octubre: «Me acaban de dar el alta. Llamé a uno de mis hijos y me notaron la voz rara. Me estaba dando un ictus, tenía la voz gangosa, la boca torcida, una ceja más alta que la otra… y vino el 112. Y aquellos médicos tan jóvenes me salvaron la vida». Se recupera satisfactoriamente del ictus y acude todos los días al Pato a supervisar, regañar y demostrar, según dice, su mala leche.

Una vez más, ¡lo que es la vida!, la coincidencia milagrosa: el inmenso hospital donde atendieron a Pilar se inauguró en 1973, en plena explosión de la droga y en ese mismo sur de Madrid. Literalmente, se levanta casi sobre el mismo solar de aquellas cuatro tablas donde Pilar dio a luz a su hija.

POSTDATA: Amor de madre, sacrificio y solidaridad

No se me ocurre mejor ejemplo de la fuerza infinita de la mujer que el hecho de ser madre… y tener que sobrevivir a un hijo. Y no te digo ya si ese hijo muere con ella a los pies de la cama, a los cuarenta y cinco años, víctima de la droga, tres décadas después de engancharse a la heroína.

Y es que en la historia reciente de España, desde nuestros pueblos a los barrios de las ciudades, las madres han jugado un papel muy pero que muy especial. Mayoritariamente, los hombres eran la fuerza laboral que transformó la economía española, pero, calladas y casi sumisas, las madres españolas sacaron adelante a cuantos hijos pudieron. Ellos se encargaron de trabajar y ellas de criarnos. En especial las más pobres.

Como Pilar Aural, que se sigue viendo a sí misma reflejada en la mirada de cada una de las personas beneficiarias de El Pato Amarillo. Porque cada madre que llega, de cualquier condición o color de piel, es como ella, solo que setenta u ochenta años más tarde.

Tomemos, pues, cronológicamente, la pobreza más absoluta de una niña en el Madrid de la posguerra y mezclémosla con la lucha por la supervivencia durante lustros, la bomba cargada de droga que estalla en las venas de su hijo y con la mayor muestra de solidaridad imaginable que parte de la nada más tajante. ¿Y cuál es el resultado de mezclar todos estos ingredientes? Pilar, uno de esos símbolos que confirman y requeteconfirman el inaudito papel de aquellas hijas, luego madres y hoy abuelas como ejes vertebradores de la familia y, por lo tanto, de la sociedad. Se nos llena la boca de igualdad, y no sé qué feminismo, cuando las verdaderas feministas fueron ellas. Algunas siguen vivas.

Aunque nuestro sistema —y nuestro egoísmo— las olvide, casi las desprecie y las ignore.

7
«Aprendí que el odio y la venganza no son fáciles de curar»

GLORIA CECILIA NARVÁEZ

Monja franciscana misionera en África

Todos éramos amigos. Celebrábamos el Ramadán, la fiesta del Tabaski para el perdón, y ellos compartían con nosotros la Navidad o la Pascua… Hasta ese día…

Estábamos las hermanas Clara, Sofía y yo en el estudio cuando los perros empezaron a ladrar. Íbamos a ver las noticias y de repente entraron en la casa cuatro hombres armados con fusiles y grandes cuchillos. Sofía, la más joven, se escondió en su habitación. Nos pidieron los pasaportes y nos advirtieron de que nos llevarían con ellos para matarnos. Uno de ellos empezó a golpear la puerta de Sofía con mucha violencia. Entonces le dije: «No… no las hagáis daño a ellas. Acaban de llegar a Malí. Son demasiado jóvenes. Llevadme a mí, que os valgo más porque soy más vieja». Y el jefe respondió: «Te vienes conmigo, que sepas que te van a desaparecer. Te van a matar». Aunque no sirvió, porque nos llevaron a todas, yo lo intenté: mis hermanas son un don de Dios para mí. Siempre he estado dispuesta a defenderlas. Incluso a dar mi propia vida por cada una de ellas.

Los guerrilleros robaron la ambulancia y el jefe me obligó a ponerme unos pantalones y un turbante, me subió a una moto y nos alejamos por el desierto. Me llevaron al norte de Malí. En una vereda se detuvieron, me amarraron con cadenas a un árbol y me encadenaron los pies. Pasamos a Nigeria, atravesando el río Níger, y a Mauritania, Argelia… También pasamos por Burkina. El trato fue muy duro, con palabras muy fuertes, agresivas e hirientes. Amarrada y encadenada me propinaban puños en la cara y en la

cabeza, me amenazaban con matarme, me escupían, me tiraban piedras, y repetían que me iban a quemar viva porque necesitaban cadáveres… Uno me dijo que yo no era mala, que era transparente, que se habían equivocado conmigo y que debía escapar de allí. Pero fue imposible…

Lo intenté cuatro o cinco veces. Nunca lo conseguí. Hubo un momento en que me quedé sola porque soltaron a todas mis compañeras. Entonces uno de los jefes se me acercó por la noche con una taza de arroz y me dijo: «Gloria, tienes que escapar». Al día siguiente cogí un poco de agua y eché a correr por el desierto. Pero me dieron caza. Siempre me cogían y me hacían volver andando, azotándome, escupiéndome, y me volvían a amarrar. Me sacudían contra el suelo, me ataban de cara al sol del desierto…

Cada día me levantaba a las cinco de la madrugada para la oración. Siempre supe en qué día estaba, en qué mes y año. Contemplaba el amanecer, daba las gracias a Dios por ver una planta o un pajarito y por darme la fe y el coraje para recibir cada día como una bendición suya. Por la noche contemplaba las estrellas, estudiaba las galaxias, las estrellas fugaces… Y durante mucho tiempo atendí a una mujer francesa de setenta y un años, también secuestrada: le preparaba el desayuno, la comida, le limpiaba la alfombra, le preparaba el té y después, por la tarde, rezaba a María Santísima.

Me di cuenta muchas veces de que me estaban vendiendo de un grupo a otro como si fuera un animal. Pero me mantuve firme en la oración. Incluso rezaba por ellos cuando había peligro, se oían helicópteros cerca o sentía los tiroteos. Y nunca cejaron las humillaciones: «Eres un perro de Iglesia. La religión es el Islam», me decían, y me pedían que repitiera que Mahoma es el único profeta.

Hasta que llegó la liberación. Una de las veces que me vendieron apareció un jefe nuevo al que pedí que me ayudara a escapar. Se fue, pero volvió a los dos meses; se volvió a marchar y regresó meses después, y una noche, alrededor de las ocho, me metió en un coche con sus hombres. Me dieron carne y té en mitad del desierto y después me entregaron a otro grupo. Hablé con el jefe para que no me dejara sola en el desierto y creo que lo convencí porque me llevó a la frontera de Argelia.

A lo lejos vi muchos helicópteros. Había muertos en el desierto, ropa abandonada, mucha gente sola y sin agua. En la frontera me entregó al que sería el último grupo de terroristas que vi, que tenía un jefe al que había conocido unos años antes, muy religioso pero honesto. Tras varias horas por el desierto, me dejó en un campamento militar de soldados malienses. Ya estaba liberada. En helicóptero me llevaron hasta Mopti y después a Bamako. Y terminé en el despacho del presidente de Malí. Recuerdo que un médico me hizo un reconocimiento médico…

Nunca me costó perdonar. Siempre oraba por ellos. Le pedía a Dios que los convirtiera en mis oraciones. Los oía llorar y quejarse. Nunca olvidaré a mis compañeros de secuestro: un periodista, un médico, aquella señora francesa… Ahora solo me queda dar las gracias a toda la gente que rezó por mí. Al papa Francisco, seminaristas, postulantes, misioneros, hermanas religiosas… A toda la gente que se alegró por mi libertad. Y, sobre todo, a Dios, porque me ha permitido seguir viva y continuar con mi misión.

***

Ni tú ni yo somos capaces de imaginar qué se siente durante un secuestro terrorista. Y ya no te digo si esos monstruos son yihadistas islámicos de no sé qué franquicia de Al Qaeda o del Daesh, esas bestias que te escupen, te lapidan y te matan de hambre en mitad del desierto del Sahel, en el corazón de África, durante años y años.

La hermana Gloria Cecilia Narváez, colombiana, nos cuenta su cautiverio, su misión y su fe. Cómo aprendió a amasar pan junto a su madre en una aldea del sur de Colombia para, cincuenta años después, amasarlo en el desierto, encadenada de pies y manos, para sus secuestradores.

Mi amiga y admirada Gloria nos habla de la emancipación de la mujer africana, del respeto interreligioso, del dolor de los puñetazos en la cara, de las humillaciones constantes, de las serpientes y de las gracias que daba a Dios por ver un pájaro, por poder beber un poco de agua o por poder contar las estrellas.

Gloria estuvo dispuesta a dar la vida por sus hermanas de misión; de hecho, ella misma se entregó a los terroristas cuando estos, cinco años atrás, pretendieron llevarse a la misionera más joven.

La experiencia con el narco y la guerrilla en su país, la lucha por los derechos de la mujer, el secuestro infinito hasta casi la muerte y la liberación. Toda una vida de novela basada en hechos reales: la vida de Gloria. Una misionera colombiana a quien no le cuesta el perdón y que quiere volver a África «si Dios me da la oportunidad».

Gloria Cecilia Narváez nació en Buesaco, un pueblecito del departamento de Nariño, al sur de Colombia, cerca de la frontera con Ecuador. Su padre era chófer de una «chiva», uno de esos fantásticos autobuses colombianos llenos de colores y pasajeros. La madre era telegrafista y panadera. ¡Quién le iba a decir a nuestra protagonista que aquellas horas aprendiendo a amasar pan le iban a salvar la vida cincuenta años después!

La niña ayudaba en la parroquia de su distrito, aprendía junto a su madre y ya presumía de buena estudiante en las aldeas repletas de jóvenes y niños. De cuando era niña recuerda el cambio al colegio de su ciudad tras superar la escuela primaria, los paseos hasta el cole con su hermana y la fe de una familia siempre unida que la empujó desde muy pronto a la vida religiosa.

Ya en el colegio se le despertó la vocación de atender a los más pobres y soñaba con ir a África. Le gustaban las asignaturas de Humanidades y recuerda a don Alfonso, aquel profesor de Filosofía, y a Omaira, la de Lengua Española. Y que le gustaba leer novelas, desde la romántica María hasta Cien años de soledad o El coronel no tiene quien le escriba, de sus paisanos Jorge Isaacs y Gabriel García Márquez, respectivamente.

Con diecisiete años tenía su futuro decidido. Recibió la educación de sus padres como la mayor herencia y les dijo que quería ser monja. Sin negociación posible. Y eligió las franciscanas de María Inmaculada, en San Juan de Pasto, cerca de casa. Se presentó ante Caridad Brander la hermana suiza que dirigía la congregación y pidió formar parte de la comunidad. El 17 de enero

de 1978 Gloria entró en la Orden con gran pena para sus padres, como ella misma cuenta: «Mis papás y mis hermanos lloraron mucho y fue mi hermano mayor quien me dejó en el convento».

A partir de entonces, seis meses de aspirantado, otros seis de postulantado y tres años más de noviciado. Un total de cuatro años dedicados a la oración, al trabajo, el estudio y el apostolado. Especial mención le merece la hermana Clara Eugenia Cifuentes que escogió a Gloria como ayudante y asistente: «Una santa», dice cuando la menciona. Ella fue la que le dijo en una ocasión una frase que pondría en práctica después: «En todas partes hay un sagrario».

El último año de noviciado lo dedicó a dar clases a niños y ancianos. Con veintiún años profesó como hermana y fue destinada a una comunidad indígena durante los siguientes cuatro años en Ibarra, Ecuador, cerca de la frontera con Colombia. Y empezó, casi a la vez, su licenciatura de maestra en la Universidad Mariana. De lunes a viernes se ocupaba de la instrucción de los indígenas, y los fines de semana volvía a San Juan de Pasto para ir a la universidad, un trayecto intrincado de cuatro horas por carreteras que no son las actuales, que nos habla de la determinación y la vocación de esta hermana misionera.

Poco después empezó a saber qué es la violencia al regresar a Nariño tras esos cuatro años en Ecuador. En su nuevo destino, el municipio de Samaniego, a 117 kilómetros de San Juan de Pasto, y en las montañas que lo rodean, «los tiroteos sembraban el pánico en las casas. Los jóvenes desaparecían por la noche y eran reclutados a la fuerza. El narco lo dominaba todo. Familias enteras acababan unas con otras a tiros. Aprendí que el odio y la venganza no son fáciles de curar. Por entonces, en Samaniego todo eran plantaciones de coca y mucho dinero. Recuerdo que una noche un grupo del ELN dejó abandonado a un guerrillero herido para que muriese, porque era un estorbo. Le extrajimos un gusano enorme de un bulto en la espalda que le provocaba fiebres terribles. Y delirios. Lo curamos y regresó al mismo grupo guerrillero que lo había abandonado». También recuerda de entonces el tiroteo entre la guerrilla y el Ejército colombiano en el que murió la hermana Hildegar, enfermera y misionera, sin saber de dónde procedía la bala. La enterraron envuelta en un plástico negro. «La enterramos bien»,

asegura la hermana Gloria sin dudarlo, lo que nos da una idea tan clara como espeluznante de las condiciones en las que vivían.

Después, la hermana Gloria regresó a Ecuador para hacerse cargo de su siguiente destino, una barriada pobre entre las más pobres, donde volvió a compaginar su misión religiosa y humanitaria con los estudios universitarios, que pudo acabar para obtener un flamante título de maestra, un simple papel a estas alturas de la vida, pues la experiencia que había adquirido hasta ese momento era más valiosa que cualquier certificado.

Durante todos esos años, Gloria no había dejado de soñar con África. Pero su orden no la envió allí, sino a Colombia, esta vez al Putumayo, de nuevo entre la guerrilla y el narco. Ella recuerda una Navidad en que los jefes guerrilleros entraron a sangre y fuego y mataron a decenas de campesinos: «Jesús también fue un revolucionario —me decían—, y yo les contestaba que sí, pero que nunca hizo la revolución con armas».

Por fin, superada la treintena, cumplió su gran sueño y fue destinada a Cotonú (Benín), donde ejerció de maestra durante seis años. En un principio, en un colegio con cincuenta niños y cincuenta niñas. Recuerda las clases, el jardín, el huertecito y cómo empezó a amar África y a defender a la mujer africana: «La mujer trabaja siempre. Recorren siete kilómetros de ida y otros tantos de vuelta para traer agua del pozo. Busca comida para que los niños no mueran anémicos. Nosotras teníamos una cantina y repartíamos frijoles, leche, arroz y algo de pescado solo en la fiesta de la Inmaculada».

Y de Benín a Malí en 2009. A Karangasso, casi en la frontera con Burkina Faso, con dos objetivos: ocuparse del orfanato y de educar a las mujeres para ser autónomas a través de tres ejes de actuación: la alfabetización, para que aprendieran las cuatro reglas matemáticas (sumar, restar, multiplicar y dividir) y a leer y escribir; la costura, para que pudieran fabricar y confeccionar telas y vestidos para su propio consumo y para la venta; y por último, y no menos importante, las reglas del comercio, para que montaran su pequeño negocio, con mercancías elaboradas por ellas, que les permitiría tener dinero propio y que su subsistencia y la de sus hijos no dependiera de los hombres.

En poco tiempo, las hermanas franciscanas organizaron graneros para ayudar a las familias que pasaban más hambre y planificaron un sistema de microcréditos con intereses muy bajos. Y aquellas mujeres musulmanas cumplieron su compromiso: ni una sola falló en la devolución del crédito. Casi sin darse cuenta, habían aprendido finanzas, demostrado su honradez y montando su empresa de venta de tejidos.

Mientras este pequeño milagro sucedía en Karangasso gracias a la vocación misionera, el yihadismo comenzó su expansión desde el este hacia el centro de África. Se multiplicaron las franquicias de Al Qaeda primero y del Daesh después: Al Qaeda del Magreb Islámico (AQMI), Al-Shabaab, Movimiento para la Unicidad y la Yihad en África Occidental (MUYAO), Boko Haram… Cualquier «marca» compite por ser más bestia que la rival. Y poco a poco, entre corruptos, tribus y nómadas conquistados, fueron ganando terreno y destrozando naciones, más todavía.

En la misión de Karangasso, las cuatro hermanas colombianas que conformaban la fraternidad Madre Caridad —Sofía, Clara, Natalia y la propia Gloria— y una de Burkina Faso llamada Adelaida atendían un orfanato en el que había cincuenta bebés, desde recién nacidos a dos años de edad, y unos veinte chavales de más de tres años. Además, ayudaban a alfabetizar a las madres, les enseñaban a coser a máquina para que pudieran fabricar calzado, bolsos, vestidos…; también canalizaban las solicitudes de microcréditos, organizaban los almacenes de grano y el pequeño centro de salud. Nunca habían tenido miedo real. Convivían en una fraternidad respetuosa con las otras religiones… hasta que un comando de monstruos irrumpió en la misión de Gloria y sus hermanas.

La hermana Gloria, como ella misma nos ha contado, se ofreció para evitar el secuestro de todas ellas, pero no lo consiguió. Ahí empezó un insoportable martirio, con pocos gestos de humanidad por parte de alguno de los terroristas, que solo para Gloria duraría cinco años, pues a las demás las soltaron antes. En fin de año le proporcionaban papel para que escribiera cartas a sus hermanas de comunidad, a sus hermanos y a su madre. Y aunque sabía que nunca serían enviadas, que su familia nunca las recibiría ni tendría

respuesta alguna, ella las escribía y hablaba con ellos pues esperaba que, de alguna manera, su fe, que no ese «correo imposible», les diera noticias suyas. ¿Te imaginas esa vida que ella nos cuenta, día tras día, así durante casi cinco años?

Pero el calvario terminó tan repentina y caprichosamente como había empezado. Muchas veces vio la muerte de cerca, pero nunca dejó de rezar. También practicó el arte de permanecer en silencio porque como le dijo la hermana Caridad Brander: «Cuando tengas graves problemas hay que callar para que Dios nos defienda».

Siguiendo el consejo de la hermana Clara Eugenia construyó sus altares con piedras, palos, tierra… Pintaba cruces en la arena del desierto y recuerda que siempre que estuvo a punto de morir se le aparecía un ángel de la guarda que apartaba el fusil de su cabeza o detenía la última y fatal pedrada sobre su sien.

«¿Volverá a África?», le pregunto, y ella, con la humildad y la bondad que la guían desde siempre y le han permitido perdonar a sus captores, me responde: «Si me envían, lo haré con mucho gusto. Porque siempre es una alegría poder servir en ese continente tan necesitado de Dios. Si me dan la oportunidad, volveré a servir allí siendo cercana. He vivido esa fraternidad africana con respeto, y si Dios me da la oportunidad, la volveré a vivir con mucho gusto».

POSTDATA: Lecciones de feminismo misionero

Tres mujeres. Tres monjas. Tres misioneras me enseñaron como nadie qué es el feminismo. Tres experiencias vividas junto a ellas en Malí me marcaron para siempre.

La primera sucedió durante mi primer viaje. En él acompañé a la hermana Mercedes a su maternidad a las afueras de la capital, Bamako. Llegamos a los pocos minutos de que una madre hubiera dado a luz a su bebé. Ambas, madre e hija, descansaban tras el parto. Quise saber cómo había ido todo. La matrona me explicó la increíble normalidad de uno de tantos nacimientos en Malí, pero la sorpresa vino al preguntar por el nombre de la bebé. Y es que la

madre ignoraba cómo se llamaría su hija recién nacida, pues era algo que le correspondía decidir al padre y hasta que no se dignara a aparecer… nadie, ni siquiera su madre, podía ponerle nombre.

Dicho de otro modo: ella la trae al mundo… sola. Ella la criará, la cuidará, la educará hasta su propia muerte, pero la niña no tendrá nombre hasta que no se lo ponga el padre ausente.

Y nos fuimos de la maternidad. La mamá y la «niña sin nombre» se quedaron tranquilas, satisfechas y casi dormidas…

Uno de los dramas más atroces que se vive en gran parte de África es la práctica de la ablación o mutilación genital femenina: la salvaje extirpación del clítoris a las niñas, de la manera más cruel, fomentada por las abuelas e incluso por las madres y llevada a cabo por auténticas matarifes. Con ella tiene que ver mi segunda lección feminista.

En Kulikoro, al norte de la capital maliense, Janette, otra misionera colombiana, dirige un centro milagroso para la emancipación de la mujer. Allí, las hermanas les enseñan a cocinar, costura, las tareas del hogar para que puedan contratarlas en el servicio doméstico… y educación sexual. A respetarse a sí mismas como mujeres y a respetar a sus hijas. Les enseñan la importancia de su dignidad sexual.

—Pero vamos a ver, Janette —le pregunté allí mismo a esta monja, una de mis superheroínas favoritas—. ¿Tú qué sabes de sexo? Eres monja…

—Nada —me respondió—. Para eso hemos contratado a Asetú, una madre de la zona que les enseña todo lo necesario. Ella misma sufrió la ablación cuando era niña. Ella, como nadie, les explica qué siente una niña cuando le extirpan el clítoris.

Y así, una a una, consiguen que las hijas de esas madres sean mujeres plenas sexualmente para toda su vida.

A las afueras de Bamako, la hermana Carmen, mi tercera maestra en feminismo, dirige un centro de recuperación de las mujeres más destrozadas, prostituidas y maltratadas que uno pueda

imaginar. En su casa, esta cordobesa imponente de ojos azules, que no ha perdido una décima de su acento andaluz, me cuenta cómo salvó la vida a una niña.

Como tantas otras veces, Carmen y sus hermanas se disponían a repartir arroz y cereal en una de las aldeas más pobres de su comarca. Nada más llegar, una niña de no más de siete u ocho años se le agarró a la falda del hábito blanco y no se separó de ella durante todo el reparto. Al terminar, Carmen consiguió desprender, dedo a dedo, la mano de la niña en medio de una turba ya habitual de niños, madres y ancianas. Cuando ya salía de la aldea, una de estas últimas le explicó que la niña que no quería soltarla había sido «adquirida en matrimonio» para gozo y disfrute de uno de los más viejos y poderosos líderes del lugar.

La hermana Carmen, subida en su furgoneta, comenzaba a alejarse del pueblo, que aún veía por el retrovisor. De repente, pisó el freno, dio un giro de 180 grados y regresó a la aldea. Buscó al viejo y poderoso líder y cuando lo encontró, le entregó todos los sacos de arroz, grano y mijo que le quedaban. Incluso le dio el dinero que llevaba encima. Le dio todo, hasta una cabra, a cambio de la niña.

Literalmente, la hermana Carmen compró a la pequeña y la liberó de la esclavitud a manos del viejo monstruo. Años después de aquella compraventa, Carmen me presentó a aquella niña, que ya era una mujer. Es profesora de francés en el centro de recuperación que dirige la hermana cordobesa en Bamako.

8
«¡Vamos a por ello, que se puede!»

SYLVIA GARCÍA GONZÁLEZ

Presidenta del Club de Gimnasia Artística de Pozuelo (Madrid)

Entrenaba después del cole cuatro horas diarias bajo una disciplina brutal en un deporte de una exigencia extrema, tanto física como mental. No se respetan lesiones, dolores, descansos… Es un camina o revienta. Era una secuela de aquella Europa comunista del Este. El fin justificaba los medios.

Te acostumbras a no tener tardes. Espabilas. Como cuando mi compañera Ana Belén me cantaba los temas diez minutos antes del examen y solo con ese resumen, yo aprobaba. Hasta aquel tercero de BUP que supuso un punto de inflexión para mí. En la primera evaluación me quedaron todas excepto Religión y Educación Física (matrícula de honor, por supuesto). La tutora llamó a mi madre y le dijo que solo aprobaría si estudiaba por las tardes al llegar a casa. Pero yo entrenaba…, mi vida seguía siendo el gimnasio. Así que aquella tarde me fui y dejé las notas, como si tal cosa, encima de la mesa. Al volver, mi padre me soltó: «Tú sabrás. Ya eres mayor. Con estas notas no vas a poder». Mi madre me defendió. Mis padres apostaron por mí y eso me transformó en una superwoman. Y recuperé todas de golpe.

Quería dejar la gimnasia y me daba pánico decírselo a mis padres. Pero cuando se lo dije no pasó nada. Bueno, sí pasó: que dejé la competición y empecé a entrenar a niñas en el gimnasio municipal de mi barrio. Y encontré mi vocación, lo que me llevó a la universidad y al Instituto Nacional de Educación Física.

En aquel INEF llevaba otro ritmo. Otra mentalidad deportiva. Buscaba una élite más humana en el mundo del deporte. Me di

cuenta de que no solo era gimnasia. Convivía con yudocas, futbolistas, velocistas… y como quien no quiere la cosa me presenté a candidata a monitora de gimnasia de mantenimiento en Pozuelo. Y aquí sigo, ¡aunque ahora sea el Club de Gimnasia Artística…! Empezamos con la rítmica, pero di mucho la turra y llegamos a la gimnasia artística. Al principio impartía una hora lunes, miércoles y viernes en el polideportivo municipal El Torreón con veinte niñas. Luego ciento y pico. Hoy hay cuatrocientos niños en el Club.

En 2016 empecé a colaborar con la Fundación Ramón Grosso y el padre Camille en su colegio de Chad, y ahora mi mayor ilusión es que al menos una de las niñas chadianas a las que estamos entrenando pueda clasificarse para París 2024. ¡Vamos a por ello, que se puede! Que no se conformen con buscar a un tipo y que las casen, y les repito a las madres y a sus hijas que juntas podremos conseguirlo. Por eso permiten que me las traiga a España.

***

Es el deporte puro. El esfuerzo mayor imaginable. El sueño perfecto en los ojos de unas niñas que no tienen nada. La ilusión de ser deportistas olímpicas a través de la gimnasia artística. Un milagro conseguido con educación, entrenamiento, sudor, esfuerzo y cariño. Sobre todo cariño, el que nuestra Sylvia García González trasmite cuando habla de sus niñas chadianas, una de las cuales la llama «mami». Un grupo de niñas gimnastas capaces de todo de la mano de Sylvia.

Es esta una historia sobre la importancia del agua y la constancia; de la seguridad y la paz en un entorno atroz donde campan por sus respetos y se entremezclan la pobreza, el cambio climático, el terror yihadista y las ganas de tener futuro. Un futuro, en este caso, basado en la gimnasia artística; un futuro de empoderamiento de unas atletas increíbles que arranca en una aldea a las afueras de Yamena, capital del Chad, sigue en el Club municipal de Gimnasia Artística de Pozuelo —el municipio con el PIB más alto de España— y que terminará en los Juegos Olímpicos de París 2024 con el estreno del equipo de gimnasia artística del Chad.

Se reúnen, pues, en ella, lo mejor del deporte y el horror terrorista de Boko Haram. La timidez de unas niñas africanas y el valor inconsciente de su «mami» española. La fuerza de estas adolescentes frente a lo que parecía un futuro atroz e inexorable de sumisión y machismo. Y son sus protagonistas principales, además de estas niñas haciendo piruetas en suelo, barra, salto y paralelas, una gimnasta de casta, el hijo de un deportista y un jesuita chadiano.

Sylvia nació el 30 de mayo de 1969 en el madrileño barrio de Aluche, al suroeste según sales hacia la carretera de Extremadura. Ahora vive y trabaja en Pozuelo de Alarcón, a pocos kilómetros de Aluche en línea recta y a muchos euros de distancia en riqueza per cápita. Conserva Sylvia un puntito que a los de barrio no se nos borra en la vida. Ese «¿Qué de qué…? Pues eso» absolutamente insustituible. Ese «¿A que no hay…?» que te obliga y te empuja a entrar al trapo como un miura.

Es hija de Ramón García, coetáneo del mítico Joaquín Blume y gimnasta histórico del equipo olímpico español en los Juegos Olímpicos de Roma de 1960 que, cuando ella tenía tres años, llegó a ser seleccionador nacional del equipo español de gimnasia. Y de Ana González, una profesora de gimnasia en un colegio del barrio que se convirtió en juez árbitro de nivel mundial. Sylvia cuenta orgullosa que su madre fue una de las jueces que otorgó aquel primer diez absoluto a Nadia Comaneci.

A nuestra protagonista ya le metían la gimnasia (y el deporte) en el biberón. Que nació y creció viendo la barra, los ejercicios de suelo, los aros, anillas, saltos y paralelas. Y los sigue viendo todos los días.

Resume su infancia con una frase: «Siempre en el gimnasio. Siempre, esfuerzo».

Con nueve años…, ¡nueve añitos!, llegó a su primer campeonato de alevines en Vilanova i la Geltrú (Barcelona). Por entonces y para aquella pequeñaja era lo más. No podía imaginar adónde iban a llegar sus saltos mortales y acrobacias cincuenta años después.

Como tantas niñas siguió entrenando y entrenando y entrenando sin parar, tarde tras tarde, pero con una diferencia fundamental respecto al resto de sus compañeras: la presión siempre fue dura, durísima, pero no llegó a destrozar la infancia y la adolescencia de Sylvia, pues a los diecisiete años…, ¡diecisiete añitos!, abandonó la competición pura y dura para ser entrenadora con el apoyo de su familia. Suspender todas las asignaturas de tercero de BUP supuso un punto de inflexión para esta mujerona forjada pegando brincos, torciéndose los tobillos, estirando y levantando pesas.

Empezó trabajando con pequeñas aspirantes siendo casi una de ellas. Pasó de las mallas al chándal, y se ríe cuando reconoce que sigue con él puesto, aunque recuerda muy seria aquellos años de trabajo infantil.

En el Club de Gimnasia Deportiva de su Aluche natal, Sylvia demostró que la gimnasia artística llevada al límite es una pasada, aunque a veces se entremezclen en ella intereses políticos y deportivos muy ajenos al esfuerzo físico incesante de esas menores sumidas en una disciplina más que militar. Se licenció en INEF (Instituto Nacional de Educación Física) en las instalaciones de la Ciudad Universitaria, junto al Consejo Superior de Deportes y la Fundación Blume (cosas de la vida, a la que da nombre el histórico gimnasta compañero de su padre). Su primer trabajo fue un curso de gimnasia de mantenimiento de quince días para el Ayuntamiento de Pozuelo, que se convirtió, poco a poco, gracias a su insistencia y tesón, en presidenta y directora técnica del Club de Gimnasia Artística de Pozuelo.

En 2016 se produjo en su vida un segundo punto de inflexión que la llevaría nada menos que a África…

Sylvia había conocido a Ramón Grosso, uno de los hijos del mítico delantero del Real Madrid y del Atleti, durante la celebración del cumpleaños de un amigo común en 2015, y allí le contó que estaba montando una fundación con el nombre de su padre y con la ayuda de un hombre que se convertirá en alguien fundamental de esta historia: el padre Camille Manyenan, un sacerdote chadiano formado en los jesuitas, forofo del Real Madrid, que aprendió a hablar español durante sus años de residencia y formación en el

barrio de La Ventilla, al norte de Madrid, junto a la plaza de Castilla, a pocos kilómetros, por cierto, del estadio Santiago Bernabéu, y que dirigía el Colegio San Francisco Javier de Toukra, una localidad situada a treinta kilómetros de Yamena.

Camille, nuestro cura, durante una estancia en Madrid para tratarse una enfermedad, acudió a un campeonato internacional de gimnasia artística organizado por Sylvia en el Centro Deportivo Municipal Pradillo y allí vio a las niñas gimnastas. «Quiero hacer esto en Chad. En mi colegio de Toukra». Ramón Grosso hijo ya estaba montando con él una escuela de fútbol y baloncesto con ayuda de la Fundación Real Madrid. Era cuestión, pues, de subirse al carro y plantear la gimnasia artística como una salida de futuro y de formación.

«¿A que no hay…?», se dijeron Sylvia, Ramón y el padre Camille.

¡Y claro que había! Sylvia emprendió un camino nuevo que la llevaría del lado más sórdido del deporte al más increíble, pues mientras los escándalos y casos de abusos salpicaban a lo más alto de la gimnasia española y mundial, ella llevó la posibilidad de practicar este deporte extremo a niñas que no tenían absolutamente nada. En Chad.

Abro aquí un paréntesis para dedicarle unas líneas a nuestro sacerdote chadiano. Lo conocí en un viaje que hice al Chad desde Casablanca y me detuvieron en el control de entrada al país del aeropuerto de Yamena: no me dejaban pasar. Llamé a España para que me dieran algún contacto que pudiera ayudarme in situ. Pensé: «Qué narices hago en Chad si ya se sabe que aquí "hombre blanco" es igual a "tiene pasta"». Y fue el padre Camille quien acudió a «rescatarme». Habla español con el argot madrileño del barrio donde lo aprendió. Y se refiere a su proyecto de gimnasia en la escuela como un milagro: «Los milagros existen y esto es la prueba. Mi objetivo era estudiar Teología en España y volver a casa, pero me encontré con muy buena gente dispuesta a arrancar proyectos. Fueron años acogedores y maravillosos, hasta que surgió la idea de colaborar en esta estructura deportiva. Este es el proyecto que llevamos a cabo con la Fundación Ramón Grosso. Estamos demostrando que cualquier lugar o rincón del mundo se puede

transformar mediante la educación. Y aquí, en Chad, se confirma. El objetivo es educar mediante el deporte precisamente en los barrios más pobres y en especial a las niñas, porque ellas son el futuro en sociedades como la chadiana. El desarrollo de países como el mío se basa en las mujeres».

Así que, poco después, tras retransmitir las competiciones de gimnasia de los Juegos Olímpicos de Río para Televisión Española, Sylvia se plantó en Chad. Y se encontró con 50 grados de temperatura, con la pobreza más absoluta, con un visado de misionera… y con sed, mucha sed. Lo primero que le llamó la atención fue que los niños le tocaran constantemente el pelo negro y lacio.

En 2016 los yihadistas de Boko Haram —cuya traducción aproximada es «contra la educación occidental»— ya se expandían por todas direcciones y el terrorismo fundamentalista del que hacen gala era responsable de horrores como los que sufrieron Inés y Valerie, dos mujeres camerunesas a las que conocí en mi visita al colegio del padre Camille, una monja que aprendió español en Orduña (Vizcaya) y una madre, respectivamente, que me contaron una de las historias más crueles que escucharé en mi vida, y que completa aquella de Yasmine, a quien también conocí en este viaje, a la que menciono en el capítulo dedicado a Juana Rodríguez.

Valerie es una valiente. Cuenta que la mayoría de los jóvenes de su aldea se unieron a Boko Haram por dinero y que no son conscientes del daño que provocan a base de secuestros, bombas, violaciones en masa… Inés da un máster, ¡en Chad!, de dirección empresarial para los jesuitas. Como lo oyes. Entretanto se dedica a ayudar a las más débiles, en este caso, a las chicas que han sido repudiadas por sus propias familias.

Se trata de jóvenes, casi niñas, violadas por miembros de Boko Haram. Una vez que quedan embarazadas y dan a luz a sus hijos, los terroristas las desprecian y las devuelven a sus aldeas. Y aquí se repite el drama, porque las familias de estas jóvenes madres rechazan a sus hijas y a sus nietos. A ellas se las repudia porque concibieron un hijo del mismísimo diablo. Y a los niños porque llevan esa semilla diabólica. Entonces es cuando intervienen la hermana Inés y su hogar de acogida: «El futuro de África es enorme.

Y las mujeres tienen muchas capacidades que los varones aquí no ven. Son ellas las que pueden sacar adelante a su nación», afirma, igual que el padre Camille.

Hablé con Valerie mientras estaba sentada en un pupitre del colegio del padre Camille con su hija en brazos. Había salido a pie de República Centroafricana, atravesado Camerún y llegado a Chad. En ese terrible camino Valerie perdió a su marido —no sabe si está vivo o muerto—, pasó por la cárcel por no tener papeles, mendigó y caminó y caminó sin parar. En Chad hace buñuelos en plena calle y dice que con eso aguanta con sus cuatro hijos a cuestas. Me cuenta que durante el viaje se oían balas en todas direcciones y que vio cómo algunas madres tiraban a sus hijos a las cunetas para que murieran allí, pero que no se los llevaran las bestias de Boko Haram.

«Las madres de esas niñas y bebés están agotadas, cuando escapan no tienen fuerzas, y por eso abandonan a sus hijos. Para huir. Yo no podía decirles nada porque cada una escapábamos como podíamos». No me atreví a preguntar si conocía a Yasmine y su historia terrible, me pareció indecoroso. Pero quién sabe si ambas mujeres coincidieron en el camino y si Yasmine es una de esas madres agotadas a las que vio desprenderse con dolor de sus hijos.

Valerie echa de menos su máquina de coser. Solo quiere papeles para legalizar su situación, que sus hijas vayan al colegio y poder dormir sobre un colchón.

Y con este panorama, y tras estas historias, Sylvia me cuenta cómo al día siguiente de llegar explicó su proyecto, clase por clase, en el colegio del padre Camille e inmediatamente aprendió algo que la marcó: la importancia del agua. Cómo esas niñas recorrían kilómetros y kilómetros a diario para llevar un cántaro de agua a casa. Cómo un pozo en el patio del colegio era un lujo inalcanzable y protegidísimo.

Sylvia descubrió a la mujer chadiana. Las más pequeñas, como animalitos asustados; las madres, sumisas y trabajadoras hasta la extenuación; las adolescentes, rompedoras y zalameras solo para encontrar al hombre que les solucione la vida. Así pasó nuestra gimnasta su primera semana en África sin ser del todo consciente de

dónde se había metido, de los peligros para el hombre (y la mujer) blancos.

Como directora del programa, hizo pruebas a cientos de niñas y seleccionó a algunas para que pasaran los veranos en España entrenando en unas buenas instalaciones. Su idea era que una de estas chicas pudiera ocuparse más adelante de ser la entrenadora del resto en Chad. Recuerda su primer viaje, en el que no pudo hacer más que un programa de ejercicios y una planificación de entrenamientos, con cabreo, pues tuvo que regresar a Madrid y dejar allí a toda esa comunidad… sin nada. De vuelta a casa, nuestra entrenadora se reencontró con sus hijas, Marta, de veinte años ya, y Vega de quince. Y vio en el futuro a algunas de esas niñas chadianas desfilando, saltando y debutando en unos juegos olímpicos. Su plan funcionó a la perfección y en pocos años una muchacha chadiana, Regina, se ocupó de los entrenamientos en Chad.

Sylvia viajaba de cuando en cuando para comprobar sus progresos. Elegir a cinco niñas para que se entrenaran en verano en el Club de Gimnasia Artística Pozuelo que ella dirige no fue difícil, pero no era bastante… porque fieles a su lema «¿A que no hay…?», Sylvia, Ramón y el padre Camille se habían puesto un nuevo reto: que al menos una de ellas se clasificara para los Juegos Olímpicos de París 2024.

Como el entrenamiento solo durante los veranos no era suficiente, se propusieron traerlas a España, algo que requirió de unas complejas gestiones entre el gobierno del Chad y el Comité Olímpico Español que concluyeron con la creación de la Federación Chadiana de Gimnasia, cuya directora técnica era nada menos que… ¡Sylvia García! en 2019 y la acogida en España entre 2020 y septiembre de 2021 de cinco niñas chadianas que hoy entrenan en el Club de Gimnasia Artística de Pozuelo al más alto nivel: Grace de catorce años, Achta de trece, Anne Marie de catorce, Celia de catorce y Bonté de diez años, que se reparten entre familias de acogida durante el curso escolar. Son extraordinarias atletas. Disciplinadas, obedientes, dispuestas y con una genética bestial para la gimnasia. Eso sí, en el orden doméstico resultan tan caóticas como en Chad. Su sueño es, en efecto, ser atletas olímpicas. Y todo

pinta que lo conseguirán gracias a su esfuerzo y al movimiento Solidaridad Olímpica.

Ramón habla del proyecto como un milagro gracias al padre Camille y a los colaboradores en España. «Quisimos una Fundación para rendir homenaje a la memoria de mi padre. Se trata de ayudar en lo que podamos porque así lo hemos vivido desde pequeños. Empezamos con trescientos niños y niñas y ya tenemos escolarizados mil cuatrocientos. Y queremos que sean muchísimos más. El deporte es la mejor escuela de valores, conseguimos que los niños se diviertan y jueguen y así sus notas son mucho mejores. Y así, sin darse cuenta, aprenden que pueden conseguir lo que quieran».

Y mientras el padre Camille y Ramón Grosso preparan los pupitres para un nuevo curso en el Colegio San Francisco Javier, la gimnasta más pequeña, Bonté, llama «mami» a Sylvia desde que un verano oyó a su hija Marta llamarla así.

POSTDATA: Citius, fortius, altius

Cada día que pasa —y cada trocito del mundo que conozco— soporto menos el cinismo como comportamiento social y político. En este sentido, estas niñas chadianas que luchan por su dig-

nidad y su futuro me producen una doble sensación: por un lado, aprecio esperanza e ilusión; y por el otro se me cae el alma a los pies al pensar en su soledad.

Sí, su soledad, porque desde esta parte del mundo no queremos verlas, ni siquiera mirarlas. Este mundo nuestro está lleno de cinismo: escondidos tras un feminismo que ya resulta algo exagerado en nuestra sociedad occidental, ignoramos a estas adolescentes y a otras como ellas que sufren no solo un machismo que las considera poco más que animales, sino el aislamiento y el desprecio. Como si no nos correspondiera luchar también por sus derechos. Bajo un falso mantra que se excusa en afirmaciones como «es su cultura» o «nos pillan muy lejos» pasamos de ellas

«olímpicamente».

Utilizo esta palabra, olímpicamente, a propósito porque el «olimpismo» con el que deberíamos tratarlas es justamente lo contrario: es el deporte, la competición deportiva, lo que consigue formar a estas niñas en el compañerismo, la importancia del equipo y la igualdad.

¿Y sabes qué…? Me viene a la cabeza aquel viaje hace unos cuantos años a Sudán. Y cómo entre el polvo y la bruma de aquel campo de refugiados de El Fasher apareció un chavalín con una camiseta del Real Madrid con el 23 de Beckham a la espalda. O aquel otro crío sirio, en la frontera entre Irak e Irán, al que le planté un uniforme completo de este mismo equipo que me dio mi hija Marta. Y es que el deporte, que para nosotros es un esparcimiento y una afición, se convierte en un perfecto salvavidas para quien no tiene nada.

Piensa en una de estas niñas chadianas acogidas por Sylvia, e imagina y admira cómo a través del deporte se consiguen milagros…, un milagro por una de estas niñas esforzadas que ya son de alguna manera «campeonas» de gimnasia artística, y que serán, pasado mañana como quien dice, unas mujeres libres. Nada más y nada menos que mujeres libres viniendo de donde vienen.

El feminismo de postureo, absolutamente demagógico, en busca del titular y del voto adoctrinado poco tiene que ver con ellas ni con el empeño de mujeres como Sylvia para sacarlas del olvido,de una indiferencia que las victimiza dos veces. Un olvido que resulta aún más insultante que su situación.

Por eso admiro tanto a estas niñas. A esas mujeres alejadas de discursos populistas, de feministas de salón y de proclamas baratas. Mujeres empoderadas de verdad gracias a su propio esfuerzo, a la confianza en sí mismas y, eso sí, a un pequeño empujón como el que les dio Sylvia con el deporte como percha.

9
«A mí no se me muere nadie a bordo»

CRISTINA JUSTO

Enfermera y capitán del Ejército del Aire

La vena militar me llegó relativamente tarde. No me hice militar y enfermera a la vez, no; fue al revés. Años después de terminar Enfermería, un máster me empujó para cambiarme la vida. Durante mis prácticas del máster en el SUMMA 112 de Madrid, conocí al teniente coronel De las Heras, doctor de los servicios comunes de las Fuerzas Armadas destinado en el Hospital Central de la Defensa Gómez Ulla, que era mi mentor. Aún recuerdo cómo nos contó sus experiencias en una misión en Afganistán. Él me metió el gusanillo y me empujó a prepararme para lo que se me venía encima: el examen para la Academia Militar.

Aquello fue durísimo, porque yo salía de madrugada de Parla hasta la plaza Elíptica en transporte público. De allí a O'Donnell y al hospital, por la tarde a Moncloa hasta la Complutense y desde allí vuelta a la plaza Elíptica y a Parla. La primera criba era el teórico, luego venían los idiomas y el psicotécnico. Si seguías con vida y pasabas el reconocimiento médico, te presentabas a las pruebas físicas y, por último, la entrevista personal. Perdí diez kilos en los primeros dos meses. Cuando juré bandera, mi madre me dijo: «Pero hija… ¿qué te han hecho?». Y lo recuerdo como los típicos chascarrillos de la mili, superdivertido, y cómo te endurece la cabeza. Yo, a las seis de la mañana, agotada, me sentaba llorando en la cama solo de pensar que teníamos que salir a correr.

Y resulta que, casi sin darte cuenta, tras un día y otro día y otro día más, has aprendido a ayudar al otro bajando el ritmo de la carrera si ves que no llega; a llevarle la mochila si no puede más,

aprendes compañerismo, sacrificio y, a la vez, disciplina. Una disciplina que no se aprende en la vida civil. Yo mandaría a todos los jóvenes dos meses, solo dos meses de sus vidas, a la Academia de Zaragoza.

Mi primer destino, ya como teniente, fue Afganistán. Recuerdo mi primer viaje y cómo me impresionó aquel hospital de categoría «Role 2» en la propia base de Herat. Un hospital donde atendían médicos búlgaros, tanto a la población local como a los propios soldados allí destinados. Por cierto…, en los quirófanos y en la morgue terminaron muchos de nuestros heridos y caídos en aquel infierno de talibanes y tribus afganas. Recibimos ataques con morteros contra nuestra base, pero poca cosa. El problema en esas misiones no lo tiene tanto el que las cumple, no. El verdadero problema lo sufre la familia que se queda aquí, no quien se va. Hay riesgo, desde luego que corres un riesgo, pero se compensa con la ilusión y el enriquecimiento de compartir misión con otros Ejércitos.

En 2015 llegué a la base aérea de Gando en Gran Canaria y aquí sigo como capitán. En la BRIPAC, en Afganistán, me querían tirar del avión con el paracaídas y ahora vuelo con ellos. La enfermería de vuelo es muy compleja. Aprendes a tratar la hipoxia, el oxígeno, los volúmenes y la física.

Cuando el terrible accidente de 2017, yo vivía en la residencia militar y nos activaron a todo el equipo por una alarma. Había saltado la radio baliza del helicóptero de unos compañeros que volvían de Senegal. Llegamos a la unidad y, en efecto, nos confirmaron que la radio baliza del aparato había alertado de modo automático al contacto con el agua. Cuando quisimos llegar a la zona del impacto ya no había luz solar. Pasamos la noche en Dajla, en una residencia militar, y al amanecer reanudamos la búsqueda en nuestro avión de reconocimiento. Recuerdo al piloto, el mecánico, los dos rescatadores… Hubo muchos problemas de comunicación, errores e informaciones cruzadas que avisaban de su rescate, pero nada se confirmó. Y pasaron los días, y los buzos de la Armada terminaron encontrando los cuerpos. Habían muerto todos: el sargento Jon Ander Ojeda, el teniente Saúl Quesada, el capitán José Morales. Pasaron quince días desde aquella alarma hasta que

los buzos rescataron los cadáveres.

Luego llegaron las pateras. Recuerdo una operación a finales de 2020 como perfectamente planificada, a 800 kilómetros al sur de la base de Gando. Salimos de noche, repostamos en El Hierro y fuimos a por ellos. Recogimos a ocho personas y el resto regresó en el mercante. Lo primero es ayudar a subirlos antes de atenderlos. Una vez a bordo hice un triaje: dos de ellos estaban en coma tras haber pasado veintidós días en la mar y otros tres estaban «vivos». Recuerdo que sufrían deshidratación severa, así que hice lo que pude durante esos 500 kilómetros hasta que llegamos a El Hierro. De hecho, la mujer murió, pero al hombre conseguimos despertarlo a base de meterle fluidos. Lloraba, respondió a los estímulos y resucitó.

En casos así me desconecto de mi entorno y me centro en mi trabajo. No pienso en cuánto me queda, si puedo voy informando a los compañeros y si no… a trabajar. Si están en coma tengo que intentar controlarlos, monitorizarlos y encontrar una canalización vía venosa. Hay que reponer volumen y electrolitos, porque llegan con fallos multiorgánicos severos y necesitan una vía. Se están muriendo. Y si no se encuentra la vena, porque en su estado y en pleno vuelo es muy difícil, entonces inyecto intraóseo. Normalmente en un hueco que se encuentra en la rótula. A través de ahí se reponen líquidos por los huesos de manera segura. Les duele el pinchazo, pero es el primer paso para salvarles la vida. Es cuestión de minutos.

Luego, por supuesto, cuesta bajar la adrenalina. Cruz Roja montó un dispositivo de acogida en El Hierro y, entonces sí, cuando los sueltas, te abrazas con el equipo. Misión cumplida. Y entonces sí lloras. A veces lloras. He visto a mis compañeros rescatadores, auténticos atletas, cómo sacaban sus galletas o fruta de la mochila o cómo les ponían sus calcetines de repuesto.

Me considero muy sensible y empática. Me gusta cuidar, atender y el contacto con la gente. Cuanto más impotentes y más inválidos, más me nace el deseo de cuidar. Como dice ese dicho: «Si puedes curar, cura. Si no puedes curar, alivia. Si no puedes aliviar, consuela. Y si no puedes consolar, acompaña».

***

Es una fuerza de la naturaleza aunque ella no quiere reconocerlo. Es una increíble mezcla entre vocación, servicio, humildad, disciplina, fuerza, valor y conocimiento. Y emoción, pues Cristina Justo salva vidas y aún llora cada vez que lo consigue. Digamos que mientras que Cristina es enfermera de vocación, la capitán Justo es militar por devoción. Y ambas conforman en lo que se ha convertido la hija pequeña de una familia obrera de Parla, un municipio popular del sur de Madrid, cuya madre orgullosa aún la ve como a la niña de sus ojos. Su vocación y su devoción la han llevado a ampliar el horizonte que ven sus ojos, desde su Parla natal a la Universidad Complutense de Madrid, del hospital madrileño Gregorio Marañón a Afganistán, y de allí al océano Atlántico entero, que es lo que contempla desde el helicóptero en el que lo sobrevuela como flamante capitán de una unidad del Ejército del Aire que rescata inmigrantes naufragados en mitad del mar. Y, a pesar de tener la piel dura, muy dura, no puede evitar llorar cuando confirma que han podido salvar una vida más.

Cristina, la capitán Justo, tiene treinta y siete años y nació en Madrid un 12 de octubre. Su entorno siempre fue la típica familia obrera de los municipios al sur de la capital: Mercedes, su madre, es ama de casa; Justo Justo —que se llama como se apellida porque así lo decidió su madre—, capataz de logística y aduanas durante toda su vida laboral en la misma empresa donde empezó a trabajar siendo casi un niño, y tres hermanas que, junto con ella, peleaban por llamar la atención de sus padres. Siempre le gustaron las batas blancas y los pijamas verdes, aunque de niña, como tantos y tantas otras, quería ser veterinaria. Esta vocación de curar, de salvar, derivó muy pronto hacia la enfermería y allí se quedó, pues es titulada en esta especialidad por la Universidad Complutense de Madrid, donde terminó la carrera en 2007. Más tarde, un máster en la Rey Juan Carlos la llevó a especializarse en Urgencias y cuidados críticos. Por aquellos años, a las afueras de Madrid, se inauguraron una serie de hospitales que han sido más que simbólicos, un modelo de gestión sanitaria: el Infanta Sofía, el Universitario del Sureste o el Infanta Leonor, que animaron a muchos madrileños con vocación de «cuidadores» —enfermeras, auxiliares de clínica, médicos,

conductores de ambulancia— a no dejarla atrás por miedo a no encontrar trabajo.

Nuestra capitán siempre fue más de Ciencias que de Letras. Estudió en el colegio público Ramón y Cajal de Parla, y está muy agradecida a todos los profesores que se ocuparon de su formación, sobre todo durante la carrera, que recuerda como muy práctica, con sus rotaciones por las diferentes especialidades clínicas: medicina interna, quirófano, urgencias, campañas de vacunación…, pero también tiene una visión crítica sobre la falta de especialización porque considera que devalúa la profesión.

Las prácticas las llevó a cabo en el Hospital Gregorio Marañón de Madrid, donde descubrió el mundo de las Urgencias. Quién le iba a decir que, años después, cambiaría la urgencia estresante del triaje en los boxes de un gran hospital, por la urgencia del triaje a la desesperada a bordo de un helicóptero militar de rescate.

En 2007 firmó su primer contrato y empezó el suplicio absurdo (y hasta vergonzoso) que padecen la inmensa mayoría de profesionales sanitarios públicos en España: los contratos laborales precarios, encadenados uno tras otro durante años y años, trimestre a trimestre, semana a semana, casi toda la vida laboral. Tan incomprensible como lamentable. Dice Cristina: «La precariedad se normaliza. Es lo habitual. Las ganas de trabajar pueden con la precariedad. Eres joven, tienes ganas y solo piensas en ir ganando antigüedad y puntos a base de experiencia y estudio». La pregunta es demasiado fácil: ¿Qué se debería hacer para solucionar esa situación endémica, ese maltrato a los profesionales de la Sanidad? «Cuidar al personal —responde Cristina—. Sueldos acordes a la responsabilidad tan grande que recae en nuestras manos. Los sanitarios somos personas, no somos ordenadores».

En ese instante echa la vista a un lado, como rebuscando en su archivo mental, y se emociona. Y me contagia esa emoción. La capitán Justo, una mujer 4 × 4, uniformada con el mono de vuelo del Ejército del Aire, casi se me rompe al recordar un pasaje de su vida: «Las residencias de ancianos te quitan la vida. Porque el tiempo que, objetivamente, te requiere un mayor no se lo puedes dar. Recuerdo a una señora muy viejecita y muy coqueta a la que yo misma peinaba como podía. Y me acuerdo de ella muchas veces

porque mientras comía, yo le pintaba las uñas de rojo. Y se volvía loca de contenta. Para mí era muy frustrante, porque junto a su alegría, yo sabía que no le podía dedicar el tiempo que verdaderamente necesitaba».

Nuestra enfermera no recuerda el nombre de aquella señora. Vuelve la mirada al frente y se le secan los ojos cuando rememora cómo estalló su vocación militar.

Cuando pudo, en 2008, con la apertura de los nuevos hospitales de Madrid, empezó en Parla, en el Infanta Cristina, y allí estuvo hasta que aprobó la oposición a enfermera militar en 2012. Y mientras trabajaba en Parla, pudo estudiar el Experto en Urgencias y Emergencias, que le llevó un año, y el Máster de Cuidados Críticos, que le llevó dos años más. El médico de su equipo era médico militar: el teniente coronel Marcos de las Heras. Y ese profesional fue el que le marcó la vida y su vocación definitiva, a pesar de que recuerda la dureza del examen de ingreso en la Academia Militar: del teórico y los idiomas, al práctico de «lo suyo», y a lo más difícil para ella: las pruebas físicas.

Comenzaron así los entrenamientos para lograr una forma física, que mantiene y que nunca había tenido: carreras, flexiones, pesas, natación. Y recuerda con tensión aquellas cribas para el acceso a la Academia Militar:

Con veintiocho años comenzó a formarse para pertenecer al Cuerpo Militar de Sanidad de Enfermería. Y recuerda con espanto aquellos entrenamientos, las carreras de madrugada y la sensación insoportable —y falsa— del «Yo no puedo con esto». De niña siempre le gustó la gimnasia rítmica, incluso llegó a competir en serio, pero asegura que correr, lo que se dice correr, siempre se le hizo cuesta arriba (y nunca mejor dicho).

Como primer paso de formación para esos Cuerpos Comunes de las FF. AA., pasó dos meses en la Academia General del Ejército de Tierra en Zaragoza y otros dos meses en la Academia del Aire en San Javier, para terminar en la Escuela Naval de la Armada en Marín.

Al terminar los meses de Academia, a primeros de año volvió a

los estudios, a plantar los codos, ya en la Escuela Militar de Sanidad. Afirma que fue toda una experiencia volver a estudiar, aunque los programas y asignaturas eran muy diferentes. Se trataba de adaptar la Enfermería al Ejército. Desde las urgencias de guerra hasta la logística en una unidad militar desplegada en un teatro de operaciones.

En junio de 2013, nuestra enfermera, ya teniente, es destinada a la Brigada Paracaidista (BRIPAC) con base en Paracuellos del Jarama. Y desde allí, a su primera misión en el exterior: Afganistán. Le correspondió la base española de Herat. Una zona bajo bandera española donde compartían espacio —y misiones— con americanos, italianos, alemanes… Cristina formó parte de lo que se denomina «célula de estabilización» para dar seguridad a la propia base, junto a un médico y un sanitario.

En Afganistán pasó dos meses y medio y a la vuelta, poco después, se inscribió en el curso de especialización de vuelo. Recuerda cuando le quitaron el miedo haciendo que saltara desde la torre de entrenamientos, o aquel salto «Halo» un acrónimo para el inglés High Altitude-Low Opening (Gran altitud-Baja apertura) durante el cual abren el paracaídas muy cerca del suelo desde el avión, mientras permaneces agarrada, como un paquete, a un instructor paracaidista.

Otros dos meses más tarde surgió una vacante en servicio aéreo de rescate SAR (Search and Rescue) y, desde entonces hasta hoy, ahí está la que ya es hoy capitán Justo, en la base aérea de Gando, en Gran Canaria.

Y llegó la primera gran operación de rescate. Una misión que, sin que el servicio lo previera, iba a ser una de las grandes tragedias que sufrirían como soldados y compañeros: el accidente en 2017 de un helicóptero del Ejército del Aire en mitad del Atlántico. Entre la costa oeste de África y el archipiélago canario. No pudieron salvarlos, y lloraron, y siguen llorando, nunca se les olvidará. Siguen marcados por aquel accidente. A nuestra capitán Justo se le vuelven a humedecer los ojos: «Sí, lloramos mucho. Nuestra unidad nunca volvió a ser la misma».

A partir de ahí… «lo siguiente son las pateras», dice Cristina, y

en su relato se detiene especialmente a finales de 2020, durante un fin de semana en que se activaron dos helicópteros del SAR y un avión CASA 235 Delta 4 de patrulla en busca de un mercante que había avistado una patera con unas veinte personas a bordo. Un muerto y diecinueve supervivientes en el barco rumbo a Las Palmas.

¿Te imaginas el trabajo y los nervios en esa plataforma interior de un helicóptero militar convertido en una sala de urgencias? Y claro, le pregunto a la capitán si ante un cadáver o durante el rescate, se tiene miedo: «No. No tengo miedo. Somos un equipo con la única misión de que lleguen vivos y con una máxima que llevo grabada: A mí no se me muere nadie. No se lo voy a permitir».

Y llegamos a la operación de rescate —y de muerte— más atroz que uno puede imaginar. Y que me sirvió para conocer a Cristina y al comandante Crespo, al sargento primero David, al sargento Fernando Rodríguez, al cabo primero Juan Carlos Serrano, a la copiloto teniente… y al resto de las tripulaciones, con Nauzet, Ángel y al capitán enfermero Antonio Lérida.

Primavera de 2021. Salta la alerta en el 802 escuadrón del SAR. Un avión de reconocimiento avista, casi por casualidad, una patera con decenas de cadáveres. Tras una primera inspección y después de varias pasadas, los pilotos cuentan alrededor de treinta cuerpos inertes, pero detectan cuatro brazos entre los cadáveres que quieren alzarse. Hay cuatro seres aún vivos ahí abajo, en mitad del Atlántico, sumergidos entre cadáveres… sin rumbo. El cabo primero Juan Carlos, que fue uno de los rescatadores que bajó hasta ese infierno, me cuenta: «Era una fosa común en medio del mar. Un montón de cadáveres que intentamos contar, pero nos resultó imposible. No estaban aún en estado de descomposición, pero sí con rigor mortis. Estaban muy tiesos. Era imposible contarlos y, aún así, lo intentamos».

La alerta señaló el cayuco a 500 kilómetros al sur de El Hierro. La distancia justa para llegar, recuperar a los vivos y regresar con el combustible justo. Cuando nuestros héroes llegaron a la barcaza solo había tres inmigrantes vivos. Aquel cuarto brazo ya no se levantaba.

Me imagino a los dos rescatadores pisoteando cuerpos hasta

llegar a un brazo mínimamente erguido. Y a los pilotos y a Cristina desde la vertical del helicóptero observando, fríos y concentrados, esa escena de película de terror. Cumpliendo los protocolos, observando el límite del combustible y sin saber si entre el amasijo de cuerpos alguien más respira. «Aquellos tres —dos chicos y una chica— estaban tan débiles que no podían hablar. Fue cuando ya estaban dentro del helicóptero que establecimos una mínima comunicación con ellos. Dos estaban en estado de shock, pero la tercera asentía un poco. En el cayuco no reaccionaban. Arriba abrían mucho los ojos y nos miraban, pero yo creo que no sabían qué estaba ocurriendo —me cuenta Cristina—. Llegan muy deshidratados, con fiebre, taquicardias, en un estado neurológico muy alterado… Necesitan líquidos con urgencia. A dos de ellos les dimos nuestros zumos y nuestra fruta, pero al tercero tuve que canalizarle una vía y sueroterapia para que reaccionara. Y funcionó. Ya te he dicho que mi lema es que a mí no se me muere nadie a bordo».

Aisha y sus otros dos compañeros llegaron vivos y conscientes a Tenerife Norte, donde los esperaba el despliegue sanitario. Pero lo mejor empezó precisamente en ese momento.

Aisha tenía entonces alrededor de diecisiete años y procedía de Costa de Marfil. Tal fue la aventura que su rescatador, el cabo Serrano, el que la abrazó entre los cadáveres para alzarla al helicóptero, decidió acogerla en casa. Junto a su mujer y sus hijas. «Esa chica —dice el cabo— merece otra oportunidad. No es mucho lo que le puedo ofrecer, pero seguro que es más de lo que tenía». Y así fue. Aisha se recuperó en casa y en el ambiente de la familia Serrano, pero, lo que son las cosas de la vida, tras algunos meses Aisha se fue y hoy vive en Francia, según cuenta ella misma, con un primo. Mantiene contacto con su «papi» el cabo y con el resto de sus salvadores.

El sargento David tiene aún clavados aquellos ojos: «Te sientes muy tensionado, pero nunca con miedo. Esto es un equipo, con todos sus miembros preparados al ciento diez por cien. ¿Una foto? La cara de aquellos tres rescatados cuando los tenía en la puerta del helicóptero para meterlos dentro: no tenían ni esperanza, eran solo ojos de pena. Ni sentían ni padecían. Después de la misión lloramos

bastante, porque la espera fue muy tétrica… Recuerdo el silencio y mucha tristeza. Aquello es lo peor de la condición humana».

El comandante Crespo, que pilotaba aquel día el helicóptero, me pregunta si me atrevo a descender por el cable a modo de entrenamiento. Y lo hice enganchado a la grúa y rodeado por la fuerza de mi «rescatador». Ya de vuelta a la plataforma del Super Puma, Crespo, mientras pilota, me cuenta: «Tienes que pensar en la responsabilidad que llevas detrás. Intentar abstraerte y concentrarte en lo que tienes que hacer. Yo no miro atrás…, nunca miro atrás. Nuestro trabajo no acaba hasta que aterrizamos en la base o en Afganistán. Nuestro trabajo es volver con la tripulación y con seguridad adonde sea. La cabeza, siempre, lo más fría posible».

Irene es la teniente copiloto de mi «aventura»: «No existen diferencias. Yo estoy recién llegada al escuadrón y me siento muy a gusto. Aprendiendo. Lo que me toca ahora es aprender, estudiar mucho y estar preparada para cuando me toque una misión tan compleja como aquella, y poder hacerla igual».

Y así, hasta la siguiente aventura, y después la próxima… Y otra más.

La última en la que se detiene la capitán fue en el pasado día de Reyes porque resultó especialmente dura. Recibieron la petición de auxilio de un mercante en alta mar con un marinero indio gravemente enfermo. Era cuestión de minutos. Era cuestión de vida o muerte.

La urgencia obligó a Cristina a descender del helicóptero con la grúa sobre la cubierta del mercante. Cuando llegó con el botiquín de primeros auxilios, el joven indio ya estaba muerto. Era un enfermo de diabetes de solo treinta años. Días antes, según me contó el resto de la tripulación, el chico empezó a encontrarse mal, pero no pudieron o no supieron medirle el azúcar. Algo tan sencillo.

Cristina recogió el cadáver, lo elevaron hasta el helicóptero y regresaron a la base de Gando en Gran Canaria. En la mochila del fallecido encontraron una foto con su novia y una libreta con las mediciones del azúcar hasta dos días antes de morir. En cualquier lugar civilizado se habría salvado, pero aquel barco fue su tumba.

Cristina ascendió a capitán unos meses antes de nuestro último encuentro. En su escala los ascensos son más lentos. Si normalmente se asciende de teniente a capitán en cinco años, en su caso han sido ocho. Pero no le importa demasiado eso de los galones. «No quiero moverme de aquí. Me gusta Canarias y me gusta el destino. Soy parte de la tripulación, uno más. No existe discriminación alguna. Estoy rodeada de gente que me aprecia más que yo a mí misma. Tengo el trabajo más bonito del mundo. ¡Ojalá este capítulo pueda animar a niñas que quieran vivir así!».

POSTDATA: Servir a una vocación sin darse importancia

Intento ser objetivo y… me cuesta. Porque no entiendo cómo se puede estar siempre alerta. No imagino el estrés que supone la posible alarma continua si no fuera porque la vocación de servicio se sobrepone a todo.

¿Te imaginas la frialdad y la fuerza que ha de tener una persona para clavar una inyección intraósea en pleno vuelo de helicóptero sobre el Atlántico? ¿Eres capaz de ponerte en el lugar de una enfermera de cuyo conocimiento y valor depende la vida de decenas de migrantes abandonados a su suerte en una patera? ¿Podrá dormir tras una operación de rescate en alta mar?

No somos conscientes de la labor callada —y silenciada a la orden— de tantos altos funcionarios del Estado como Cristina y sus compañeros de tripulación. No son trabajos ni dedicaciones «pagables». Son esfuerzos y tensiones de años y años que únicamente pueden cumplir los más capaces, fuertes y preparados.

Solo soldados que como esta enfermera cumplen como si nada. Solo enfermeras como esta soldado que sirve a su vocación sin darse importancia. Y lo más loable es que, a pesar de llevar poco tiempo, en términos históricos, como militares en las Fuerzas Armadas españolas, se hacen notar. Se van a cumplir treinta y cinco años de la incorporación de las mujeres a los Ejércitos y a la Armada de España y ese trece por ciento de mujeres se nota, y para bien.

Yo he tenido la suerte de verlas en Malí, Senegal, Afganistán, Iraq, Líbano, en Sicilia, sobre el Mediterráneo… y resulta un orgullo apreciar esa igualdad real. Ese feminismo de verdad que sirve como ejemplo para el mundo allí donde se despliegan.

Y a todas les he preguntado lo mismo siempre: «¿Y qué tal en este mundo militar tradicionalmente masculino? ¿Tus compañeros son machistas? La respuesta siempre es la misma: «Son soldados. Como yo misma. Soy una más, pero no soy menos».

No consigo entender cómo se puede ser una persona normal cuando de tus manos, de tu formación y de tu coraje dependen las vidas (o las muertes) de miles de almas a lo largo de tu servicio profesional.

Su Unidad de Cuidados Intensivos es la cabina de un helicóptero militar. Su quirófano es la plataforma de la aeronave. Y sus asistentes son los rescatadores militares que suben y bajan por el cable de acero de la grúa como si fuera un tobogán. Concentrados al milímetro, sin miedo y entrenados.

Es impresionante cómo Cristina habla del equipo. De los equipos de su vida: en Madrid, en la ambulancia, en la Academia Militar de Zaragoza, en aquella base de Herat en Afganistán o en su helicóptero. Y concluye deseando que su vida y sus experiencias sirvan para que otras niñas den el paso y se atrevan a esta misión para siempre.

Me dijo que su entorno la valora más de lo que ella se valora a sí misma. Y la creo. Yo soy uno más de ese entorno que les valora —a la capitán y a su equipo— de una manera impagable.

10
«En mi piso de Caracas dejé hasta las toallas colgadas»

JUANA RODRÍGUEZ

Una canaria que emigró a Venezuela

Aquí no había nada, así que Andrés se fue a Venezuela a hacer cualquier cosa. Allí acabó trabajando en Chocolates Savoy, en Carabobo, al norte del país, al este del inmenso lago Maracaibo. Aún recuerdo con dolor la angustia de mi madre, cuando una vez mi hermano estuvo nueve meses sin escribir. No éramos conscientes de que aquello era una emigración ilegal, era la única manera de tener futuro.

Yo, de adolescente, no tenía vida. Mi papá tenía un amigo con una oficina así que me compró una máquina de escribir para que aprendiera mecanografía y también una para reparar medias, que me gustaba más, así que me volqué en la costura. Por entonces ya ganaba mi dinerillo. Compraba telas en Santa Cruz de La Palma, las bordaba y las vendía. Mis amigas ya tenían varios hijos y yo estaba cosiendo y sin novio. Hasta que nos hicimos aquella foto vestidas de manolas que llegó a Venezuela. El que iba a ser mi esposo era de Las Brañas, un barrio al sur de Tazacorte, hoy casi arrasado por la lava del Cumbre Vieja. El caso es que mi amiga le mandó la foto a un primo suyo. Él se enamoró de mí y le respondió a mi prima con un recado: «¿Le puedes pedir la dirección a esa chica de la derecha que aparece en la foto?». Y así empezó todo.

Miguel era muy romántico —¡ojo!, que no era cursi—, decía que yo me expresaba mejor escribiendo que hablando. El caso es que nos enamoramos por carta. Nos mandábamos fotos. Hasta que se empeñó en que nos casáramos. Pero me hice de rogar, ¡menuda era yo! Tendría que venir a La Palma para conocernos, hasta

entonces no le daría el sí definitivo. Llegó a los pocos días, a casa de sus padres, que aún vivían en el pueblo. Y sí, me gustó. Era un buen mozo, con una cara agradable. Nos vimos un par de veces, nos habíamos declarado por carta, nos conocíamos por foto… ¡pero no nos dimos ni un beso!

Cuando ya casada llegué a Caracas, estaban mi hermano Andrés y mi esposo Miguel esperando. Siempre me contaba que mi hermano, al que también hacía muchos años que yo no veía, quería ser el primero en abrazarme y besarme… Pero no. No, no y no. «Primero, yo», dijo Miguel, y así fue. ¡Aquel primer beso fue de película!

Decidimos dejar pasar unas semanas antes de la segunda boda para poder conocernos mejor y tomar confianza. La boda fue en febrero y quedó muy lucida, una boda con padrinos, con pajecitos por delante… Una costurera me hizo el vestido de novia y fueron muchos amigos de allá casados con muchachas de acá. Con chicas de mi pueblo.

Venezuela era muy rica, yo no tenía que trabajar, hasta me propuse volver a estudiar, con absolutamente todas mis necesidades cubiertas. Vivíamos de un solo sueldo ¡y yo bordaba hasta la ropita del carro de las niñas para estar entretenida! Me acuerdo de los viajes a Miami, a Nueva York, aquellos tres días en París y en Madrid… Incluso volvimos a Tazacorte con las niñas. Poco antes del accidente.

Mi esposo sufrió el accidente hace cuarenta y dos años. Un 3 de diciembre. Estudiaba Administración de Empresas mientras seguía trabajando como cobrador. Salía una noche de clase cuando un coche se lo llevó por delante. Pasó setenta y tres días en coma en el hospital Pérez Carreño y en la clínica La Floresta. Las niñas tenían diez y doce años. Yo me quedaba todas las noches con mi esposo. Hasta que una de esas noches un médico me echó del hospital. Miguel había muerto. Decidí quedarme en Caracas por las niñas. Sin papá, pero con la misma vida.

La vida fue pasando y en 2021 yo seguía viviendo en Caracas y no tenía ninguna intención de irme de mi casa. Pero como mis hijas ya estaban en Tazacorte, y mis nietas en Madrid, trabajando, me

convencieron para que viniera de vacaciones en verano. Vine para unos días… y aquí sigo. ¡Cómo saldría de allí, que en mi piso de Caracas he dejado hasta las toallas colgadas! No me meto en política… pero echo mucho de menos mi casa. Y Venezuela.

***

La vida de Juana Rodríguez Gómez (Tazacorte, La Palma, 1936), de sus hijas y sus nietas, no merecería solo un capítulo, sino un serial o una biografía detallada. Un libro que recogiera la vida trepidante, plena y enamorada de una mujer nacida en Canarias —esto marca desde el minuto uno— en pleno estallido de la Guerra Civil, humilde, seria y fortísima, que fue dueña de su propio negocio siendo casi una niña —ahora lo llamaríamos convertirse en «autónomo»—, se enamoró por correspondencia de un paisano emigrado a Venezuela, se casó por poderes en su tierra —su hermano Conrado hizo de «novio»—, y poco después fue una de los tantos y tantos miles de españoles emigrados y repartidos por el mundo durante la primera mitad del pasado siglo XX.

Juana se fue en pos del éxito, de la felicidad en el paraíso, a Venezuela, y allí la visitaron el amor y la muerte. El amor de su marido, sus hijos y sus nietos, y la muerte, que se llevó al primero y luego a la libertad del pueblo venezolano. Ninguna de estas dos muertes convenció a Juana de dejar su segunda patria, pues eso es para ella Venezuela, aunque sus nietas ya se habían ido, huyendo de la persecución a la disidencia, de la pobreza, de la enfermedad y el hambre. Luego fueron sus hijas y después, al fin, ella, aunque en principio, solo la abandonó para irse de vacaciones. Todas viajaron a La Palma de la infancia de Juana, a comenzar de nuevo en aquel lugar que ella abandonó porque, aunque la Guerra Civil no causó tantos destrozos en Canarias —«Aquí no hubo guerra», afirma Juana, «eso pasó en la Península»—, no había trabajo en la posguerra con que poder ganarse bien la vida.

Juana salió de Caracas con el sueño de volver en pocos días, incluso dejó las toallas colgadas, secándose al sol del Caribe. Pero sigue en La Palma porque, poco después de instalarse de nuevo en Tazacorte, el Cumbre Vieja empezó a rugir y a sepultar gran parte

de la isla en lava y cenizas. Y ahora a Juana le duelen más sus vecinos, que todo lo han perdido, que su añoranza de la tierra que la acogió en los años sesenta del pasado siglo.

Tazacorte es un pueblo de ladera construido poco a poco sobre las coladas de mil y una erupciones. Si miras hacia el oeste, tras el inmenso océano Atlántico está América, está su Venezuela. A tu espalda, los escarpados picos que abren la puerta a la Caldera de Taburiente, y unos metros al sur, tan solo unos metros, las paredes aún calientes de las coladas de lava del volcán Cumbre Vieja. El 19 de septiembre de 2021 el volcán empezó a vomitar y no dejó de hacerlo hasta el 13 de diciembre, tras 85 días y 10 horas de actividad incesante.

Los canarios saben que sus islas son hijas de los volcanes. De millares de erupciones a lo largo y ancho de millones de años. Por eso, porque lo saben y lo huelen desde que nacen, sobreviven y aceptan que en cualquier momento un Cumbre Vieja, como antes un Teneguía, un Tajuya o un Charco los invadan con su magma.

Pero vuelvo a mirar hacia el Atlántico, pisando la «arena» —así denominan la ceniza en La Palma—, y pienso en cuántos miles y miles de canarios como nuestra Juana miraron con esperanza y miedo en esa misma dirección hace sesenta, setenta u ochenta años, y zarparon antes que ella, sin ir más lejos, su hermano y el que sería su esposo.

El padre de Juana, Conrado, se dedicaba a la agricultura y al cultivo del plátano. La madre, Juana, a «sus labores» —así se llamaron en España durante muchos años las tareas domésticas de las amas de casa—. Su infancia no fue desgraciada, pero estuvo marcada por la certeza de que no tardaría mucho en tener que irse de Tazacorte. ¿Cuánto marca la personalidad de una niña saber que pasado mañana, como quien dice, tendrá que partir, con toda seguridad, de su pueblo? Me lo imagino, algo así como un desarraigo en diferido, un futuro inexorable.

Porque aunque la Guerra Civil se extendió por toda la España peninsular, en las islas se seguía cultivando y, en palabras de Juana, «había humildad, pero no hambre». Recuerda que su madre, al quedarse embarazada de sus hijos, se lamentaba: «Voy a parir y no

tengo azúcar». Juana y Conrado tuvieron a sus hijos durante la guerra. Con humildad, pero sin hambre.

Nuestra Juana recuerda una infancia feliz, una adolescencia precipitada y una escuela de corte y confección en el barrio de San Borondón. Y es que su padre siempre se empeñó en que aprendiera un oficio para que no dependiera de ellos ni de un futuro marido, para que fuera autónoma y pudiera tener un negocio propio. Una idea fuera de lugar en aquella España de la década de 1940.

«Recuerdo las colas tremendas para conseguir telas con las que coser nuestra ropa —dice Juana—. Era una fiesta. Cosíamos hasta nuestra ropa interior. Blanqueábamos los sacos de azúcar para confeccionar sábanas y pesqueras (camisas)». Eran felices, entre otras cosas, porque, como reconoce, «no se puede echar de menos lo que nunca se tuvo».

Fue su hermano Andrés el primero en marcharse a Venezuela al cumplir dieciséis años. Es imposible hablar de la emigración de los canarios a América y no sentir a flor de piel la actual emigración de los latinoamericanos a Estados Unidos o a España, como un regreso a la madre patria; de los africanos del Sahel a los países de la Europa meridional, y no tan meridional; de los sirios, iraquíes y afganos, refugiados de guerra, a Europa. Y es que en términos históricos no ha pasado tanto tiempo desde aquella bomba migratoria —hace menos de un siglo— respecto a la que vivimos ahora. Y el motivo sigue siendo el mismo: buscar un futuro alejado del hambre, del terror y la guerra.

La mecanografía pudo abrirle a Juana la puerta a un trabajo duradero en la oficina de un amigo de su padre. Pero ni él quería que se sometiera a los caprichos de un jefe, ni a ella le gustaba tanto ese trabajo como ganarse la vida cosiendo. Siguió con sus telas y sus medias y se echó un primer novio, que iba y venía como el Guadiana y al que terminó dejando. Ese novio, como su hermano Andrés, acabó, casualidades de la vida, emigrando también a Venezuela.

Por entonces lo que más llenaba a Juana era el cine del pueblo. Lo que el viento se llevó, Rebecca… Y los libros. Nuestra Juana leía dos o tres libros al mes. Unos libros que compraba y después rifaba,

en una especie de experimento de primitiva economía circular. El aprovechamiento desde una humildad aceptada y feliz.

Y así transcurría su vida hasta que llegó la Semana Santa que iba a decidir su destino. Las jóvenes —y no tan jóvenes— de la isla lucían luto y mantilla, y Juana y su pandilla se hicieron una fotografía de grupo así vestidas. Una foto que viajaría a Venezuela. Una foto que lo cambió todo. Gracias a ella, Juana se había echado novio, nada menos que al otro lado del Atlántico, ¡por carta y por foto!

Durante 1964 y 1965, Juana y Miguel se escribieron semanalmente. Se enviaban fotos y deseos. Y sueños, similares a los escritos en los millones de cartas que recorrían el Atlántico hacia Europa y desde Europa. ¿Cuántos de esos sueños se cumplieron y cuántos quedarían truncados para siempre?

Miguel no era ambicioso, pero sí muy trabajador, siempre dispuesto a aprender. Como recuerda Juana, «mi marido no tenía más que el bachiller, pero siempre estuvo haciendo cursos, como él decía, de mejoramiento». Así que se buscó la vida en un bar, en el grupo de licores Benedetti, y como cobrador —de cobrador trabajaría durante veintitantos años— y no tardó en pedirla en matrimonio.

Pero Juana, independiente, orgullosa, autónoma y valiente, no estaba dispuesta a dar un paso en falso. El gran paso de su vida. Así que terminó diciéndole que sí, pero con la condición de que fuera a verla. Y él fue a Tazacorte. Y se gustaron, aunque Juana tuvo la sensación de que él no sentía lo mismo que ella porque, en ese primer encuentro, no llegaron a besarse. Pero al cabo de un mes una carta resolvió sus dudas: en ella llegaban los permisos pertinentes para que pudieran casarse por poderes.

Ese primer beso tendría que esperar.

En diciembre de 1965 Juana se casó con Miguel, aunque fue su hermano Conrado, cuatro años mayor que la novia, quien ocupó el lugar del novio ante la ausencia obligada de este. La invitación a la boda que Juana conserva es escueta y elegante: en la esquina superior izquierda, Santiago Lorenzo Calderón y Victoria

Concepción Morera, los padres de Miguel, y en la esquina derecha, Juana Gómez Rodríguez, ya por entonces viuda de Rodríguez, «participan a Vd(s) el próximo enlace de sus hijos Miguel y Juana que se celebrará (D.m.) en la primera quincena de diciembre en la Parroquia de San Miguel Arcángel. Noviembre 1965». Juana recuerda aún un fragmento de una de las lecturas: «por esto dejará el hombre a su padre y a su madre. Y se unirá a su mujer. Y serán dos…», que la ceremonia fue emocionante y vistosa y que «mamá dio un refresco en casa y le mandé a mi marido las fotos que allí nos sacamos. ¡Qué cosas!, mi niño…».

Aún tuvieron que transcurrir otros dos meses de papeleos en la parroquia y el juzgado para que Juana tomara el avión que la llevaría de Las Palmas de Gran Canaria a Caracas.

Se esfuerza para recordar aquel reencuentro lindo: «Fui contenta porque quise. Nadie me obligó, aunque algo asustada y preocupada por mi vida sí que estaba». Pero el miedo desapareció cuando, al fin, consiguió darle a Miguel ese primer beso pendiente. Algo que no olvida y que le hizo sentirse bien y segura.

Juana y Miguel se instalaron en un ático —penthouse lo llama ella en inglés: Edificio Benedetti, Coliseo esquina Corazón de Jesús, Apartamento 61, 6.º piso— en el centro de Caracas. Y se volvieron a casar allí, cursando una nueva invitación que Juana también conserva: «Miguel Lorenzo C. y Juanita Rodríguez G. tienen el gusto de invitar a Vd(s) a su enlace matrimonial. Acto que se efectuará en la Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús el día 26 de febrero de 1965».

Juana no puede contener la emoción cuando recuerda SU Venezuela. Se quedó embarazada de su primogénita, María Elena, a los pocos meses de llegar a Caracas. Después llegó su segunda hija, Amalí. La vida era muy familiar y segura. Tranquila. Le seguían gustando el cine y las zarzuelas. Y se podían permitir el lujo de viajar, como un primer viaje que hizo de Caracas a Cúcuta, en Colombia…

Escucho Cúcuta y se me revuelve el alma. Jamás olvidaré mi primera impresión del puente Simón Bolívar, la principal vía de comunicación entre Venezuela y Colombia, que desemboca en la

hoy tristemente conocida Cúcuta por los centenares de miles de venezolanos que buscan refugio en ella huyendo del gobierno del terror. Tampoco olvidaré los contenedores cargados de explosivos que interrumpen el puente de Tienditas, que comunica Venezuela con otra zona de Cúcuta, colocados allí por el gobierno venezolano.

El sonido de los ruedines de las maletas es ensordecedor. El silencio de los venezolanos que huyen se entremezcla con los gritos de los vendedores de tarjetas telefónicas colombianos y los gritos de los conductores de las «chivas», esos autobuses coloridos tan peculiares y típicos de Venezuela, Colombia y Ecuador. Me adelantan cientos y cientos de personas con sus vidas enteras encerradas en una maleta. Y en estas, una chica con la piel de color madera clara me toca el codo y me dice: «Siempre me gustaron los españoles. Tienen un acento muy educado… Si me acompaña ahí atrás… por dos dólares, yo le correspondo». Le dije: «Perdona, pero no te entiendo». Aquella chica retrató en un instante la realidad atroz de una Venezuela destruida con un gesto muy explícito. Sexo oral por dos dólares. Cientos de mujeres se vendían por dos dólares, o vendían su pelo, y algunas regresaban a San Cristóbal o a San Antonio tras canjear sus dos dólares (o euros) por jabón y pañales.

Pero dejemos mis recuerdos dolorosos de Venezuela para volver a los de Juana y a la muerte prematura de su marido, en accidente de tráfico. Tras morir Miguel, decidida a ocuparse de sus hijas en el país que la había acogido y al que tanto quería, Juana volvió a ser «autónoma». Recorría las oficinas de una Caracas aún boyante, vendiendo perfumes y productos de limpieza al por mayor. Para sus desplazamientos se sacó el carné de «manejar», como dice ella, a los cuarenta y tres años. Se compró un precioso Malibú y pocos años después un Mitsubishi. Con cincuenta años y una amiga, se plantaba dos veces al año en Nueva York para comprar telas, como treinta años atrás en Santa Cruz de La Palma, para confeccionar ropa que vendía puerta a puerta en Caracas. Después le tocó vivir en esa Venezuela que estalla en mil pedazos con la «revolución bolivariana» de Hugo Chávez en 1998… y así hasta hace muy poco tiempo.

Juana está muy orgullosa de sus hijas. María Elena estudió Psicopedagogía y Amalí, Letras. Y de sus nietos: Paola y Marcela

por un lado, y Sebastián y Santiago por el otro. Pero ella se ve más reflejada en sus nietas, se le nota, y habla de ellas con mucho orgullo. Especialmente de Paola, que es una emprendedora como su abuela: repostera, panadera y pastelera, está encantada con su trabajo. Emigró sola a Madrid, en plena deriva atroz de Venezuela, pero la acogida no fue la esperada y se instaló más tarde en Tenerife como primera etapa en ese proceso de reagrupamiento familiar cuyo objetivo final era Tazacorte, la casa de la abuela Juana, pero con esta aún en Caracas.

El desarraigo debe ser duro. Muy duro. Pero el desarraigo «a la viceversa» debe ser aún peor. La emigración es una aventura de resultado incierto, pero una emigración por segunda vez y de regreso, años y generaciones después, es una aventura que angustia. Solo para valientes. Sin embargo, si hace setenta años en la isla que Juana abandonó no había nada para ella, tampoco lo hay en Venezuela.

A Juana, La Palma la recibió con un incendio forestal que destruyó las pedanías próximas a Tazacorte y, poco después, con la erupción del Cumbre Vieja. «Yo viví la erupción del San Juan en el 49. La del Teneguía me pilló en Venezuela. Y no tengo miedo por mí. Tengo miedo por la gente de La Palma que se ha quedado sin nada», me cuenta nuestra Juana mientras barre que te barre una y mil veces la «arena» del volcán. Y tengo la sensación de que no es del todo consciente de la increíble aventura de su propia vida.

POSTDATA: Y tú, ¿qué harías en su lugar?

Eso. ¿Tú qué harías? Si te devora el hambre, te aplasta la guerra, te secuestra el miedo al terrorismo. Si no hay nada ante el futuro… Tú ¿no emigrarías?

¿Por qué emigraron cientos de miles de españoles durante las décadas de 1950 y 1960 del siglo pasado? Dicho así parece muy lejano, pero no ha pasado tanto tiempo como para que lo hayamos olvidado. Esos españoles, como Juana, emigraron por culpa de una misma «nada». Canarios a Venezuela, vascos a Cuba, gallegos a

Argentina… De todas partes a Alemania, Suiza, Reino Unido y Francia, que ya había recibido gran parte del exilio republicano tras estallar la Guerra Civil.

Muchos consiguieron ese «algo» que su país no les daba, incluso regresaron y aún viven para recordarnos que las angustias que pasaron son las mismas de los que ahora llegan a nuestro país, algunos con una desesperación absoluta. Los nuestros no tenían nada de cara al futuro. Los que llegan tampoco. Solo terror y miseria.

Y, por cierto, asistimos como si nada a una nueva especie de fenómeno migratorio, desde España al resto del mundo «rico», de profesionales altamente cualificados (médicos, enfermeros, ingenieros, informáticos…), un proceso de descapitalización humana que, como sociedad, no podemos calificar más que de suicida, aunque en nada sea comparable con el denominador común de la emigración salvaje: la nada y el miedo. Ese vacío ante el porvenir del que huyen y que, lamentablemente, vuelven a encontrarse allí donde llegan.

Ese miedo que encoje los rostros de distintos colores de piel, etnias y edades. Como el de Jeanette, en McAllen (Texas), aún empapada y sucia tras cruzar de madrugada el río Bravo desde México. Llevaba en el tobillo una pulsera de monitorización de la «migra», la Patrulla Fronteriza entre México y Estados Unidos. Su hija, de unos diez años, jugueteaba en un descampado de Cáritas Estados Unidos. Le pregunté por qué tanto riesgo y me respondió: «El jefe de la mara de mi distrito había echado el ojo a mi hija. En un par de años, ya mujercita, juró hacerla suya. Suya y de toda la banda. Uno a uno. Por eso escapé de Honduras».

O el de María —sí, sí, María— en Mosul (Irak), de unos dieciocho años, bajo la túnica típica de los cristianos maronitas, con la mirada perdida, en silencio, tiritando a pesar de los cuarenta grados de temperatura a orillas del río Tigris. Aquella misma madrugada el Daesh le había destrozado la vida. Un comando de terroristas yihadistas capturó a su familia. El líder se apropió de ella, que era la más joven, y tras violarla, el «religioso» del grupo «la casó» con otro animal, que la ultrajó de nuevo… Y así, hasta siete u ocho veces consecutivas. En un momento determinado,

María entró en shock. Y así seguía cuando la encontré.

O el de Yasmine, nacida en Camerún, a quien conocí en un suburbio de Yamena (Chad). Con gesto impertérrito, Yasmine me contó su tragedia. Había huido de Maroua con su hija hacia Chad tras el avance del grupo fundamentalista islámico Boko Haram sobre su aldea. Al cruzar el río hacia Yamena, tras semanas andando, muerta de sed, hambre y miedo, vio que otro grupo yihadista se les echaba encima. Antes de que aquellos cerdos se adueñaran de su hija, la abandonó. «Mejor que muriera a que se la quedaran esas bestias», me dijo.

La emigración Sur-Norte y Este-Oeste en pleno siglo XXI no es comparable con los movimientos económicos y sociales de mediados del siglo XX. Nuestra Juana viajó a Venezuela porque «no había nada» en La Palma. Jeanette huyó de Honduras a Estados Unidos por miedo, María sigue aterrorizada y Yasmine sobrevive desesperada entre Camerún y Chad. No es posible plantear el drama infinito de la emigración en el siglo XXI desde un punto de vista simplista, populista o nacionalista. Asistimos a un drama insoportable que solo puede solucionarse en origen, tanto desde el punto de vista económico como social y de seguridad internacional.

Lo que me sigue sorprendiendo es que algunos se queden allí, que no vengan todos.

11
«Mi madre dice no a todo, pero yo siempre digo sí»

GLORIA RAMOS Y LOLI DE LA TORRE

Actriz y su madre

Mis tres embarazos anteriores fueron tan absolutamente normales que ni se me pasó por la imaginación.

Mi hijo, el segundo, por ejemplo, era un caballo de carreras… pero el embarazo de Gloria, viéndolo con perspectiva, siempre fue muy extraño. El feto no se movía nada, no se movió casi nunca. A los ocho meses de gestación, fui a la consulta y en la ecografía daba la sensación de que el corazón del bebé se paraba. Me provocaron el parto mediante una cesárea y se la llevaron a la incubadora… y ya el médico de guardia vio que era una niña Down. En un principio, a mí no me dijeron nada. Venía a verme toda mi familia y recuerdo que estaban como tristes. «¿Cómo podían tener esas caras con una niña recién nacida?», me preguntaba. A la mañana siguiente, alguien me dijo que Gloria tenía síndrome de Down, pero «un poquito solo». No me lo podía creer… Delante de mí, mi marido no lloró nunca, pero yo le oía llorar a escondidas. Incluso me despertaban sus llantos cuando se metía en el baño.

Recuerdo a un médico muy joven que me dijo que el sobrino más querido de toda su familia era Down. Y ¿sabes qué…? Tenía razón.

Al principio escuchaba cuchicheos cuando me veían con mi hija, pero aprendes a no escuchar. Estos niños tienen mucha dificultad para manejar y comprender el valor del dinero, los cambios o las vueltas, y es muy habitual que tengan problemas de visión, como miopía severa, pero eso no les impide hacer cosas increíbles. Lo más impresionante es cómo les enseñan a vivir en los

colegios especializados a través de los talleres. El dinero, el transporte, la resolución de problemas… Porque a estos críos hay que despertarlos ante todo. Es un continuo Taller de la Vida.

***

El párrafo que aparece a continuación conviene leerlo y releerlo con mucho cuidado. Con tanto cuidado y atención como seamos capaces. Con tanta atención como amor. Imagínate por un minuto ser uno de sus padres y recoger el parte médico tras el parto y el paso por la incubadora. Nos situamos en Madrid en 1993:

«Se observa en el cariotipo de la probando la presencia de un cromosoma extra perteneciente al par 21. Este cromosoma extra corresponde al síndrome de Down (mongolismo)».

Nuestra protagonista es Gloria Ramos de la Torre. Cuando mantengo con ella nuestro primer encuentro, cumple veintinueve años. Pocas veces he visto a alguien con una sonrisa constante como la suya. No se corta un pelo. Te abraza si le caes bien y, si no, tampoco lo disimula. Es actriz, pero le cuesta fingir en su vida cotidiana. Es pura energía.

Lo mismo te baila que te recita. Lo mismo bromea que cuida de su abuela. Y todo a la vez. Igual recuerda un estreno que sueña con su próximo papel. De hecho, cuando la entrevisto para este capítulo, ya no habla de baloncesto… habla de atletismo, su siguiente papel.

Gloria —para que te ubiques— es Collantes, la jugadora de baloncesto en aquel mágico equipo de la película Campeones de Javier Fesser. Fue nominada al Premio Goya a Mejor Actriz Revelación en la edición de 2018, siendo la primera actriz con discapacidad intelectual en optar a estos premios. ¡Ojalá! que Dios —y la Academia de las Artes y las Ciencias Cinematográficas de España— la galardonen con un Goya algún día, ¡porque en esa ceremonia de entrega se va a montar la de San Quintín!

Y es que Gloria es una fuerza de la naturaleza. Un amor de

mujer, una actriz vocacional que rebosa ilusión, ganas y normalidad por cualquiera de sus cromosomas. Una normalidad inalcanzable para nosotros.

Nuestra Gloria (y su familia) son una increíble lección de vida. Y su madre, mi admirada Loli, es el ejemplo total de la trabajadora incansable. Para conseguir una Loli hay que mezclar los siguientes ingredientes en una hipotética Escuela de Padres: amor de madre, espíritu de sacrificio, talante democrático, capacidad de representación y un toque de disciplina militar heredada por los cuatro costados. Con todo lo anterior te sale la Loli perfecta madre y mánager de Gloria Ramos. No sé cuándo, pero a buen seguro futura madre de una actriz con Goya. Eso sí, cuando se lo den, ya no será actriz revelación. Lo reitero: cuando Gloria recoja su Goya… prepárese España para una indescriptible bomba de relojería.

Loli de la Torre Ibáñez tiene sesenta y cinco años en el momento de esta charla. Nació en Madrid, hija de Miguel, un sargento de Ingenieros del Ejército de Tierra fallecido en 2013. A lo largo de este capítulo, ese espíritu inculcado por el sargento Ibáñez rezuma en un montón de entrelíneas.

La madre de Loli y abuela de Gloria, doña María Ibáñez, vive actualmente con ellas. Mejor dicho, con ellas y con sus olvidos. Doña María es la típica abuela, atacada por el maldito alzhéimer, a la que te comerías por su mirada, su ternura y su talla. No sé quién está más orgullosa de quién, si la abuela por los éxitos de su nieta Gloria o si su nieta Gloria por los olvidos y la sonrisa de su abuela María.

En cierta ocasión, un neuropsiquiatra me comentó que, por su experiencia en el tratamiento y atención de pacientes con enfermedades neurodegenerativas, había comprobado que solía repetirse un esquema consistente en que la persona enferma repetía al final de su vida casi los mismos patrones de su infancia. Así, un enfermo anciano y entrañable fue un niño dulce y amoroso, mientras que el gruñón, y hasta violento, fue así en su infancia y juventud.

De cumplirse el axioma, la abuela doña María debió de ser la niña más tierna y entrañable de la posguerra española.

Loli se enorgullece de los principios y valores que el sargento les dejó como herencia. Unos valores que, sin ella saberlo durante media vida, le iban a servir de tanto. «Yo jamás voy a robar ni un euro —me dice—. Ni yo ni los míos». Y recuerda cómo se hizo novia de su vecino Victorino, también hijo de militares, un chaval huérfano de un capitán de Artillería. Se detiene en un detalle que define muchas cosas: en aquella España de la década de 1950, los alumnos de los colegios para familias de militares vestían un uniforme u otro en función de si tenían padre o no. De si eran o no huérfanos.

Aquel joven soldado, Victorino Ramos Bautista, fue destinado a Figueras y se casaron, ya como capitán, el 7 de junio de 1977. Tuvieron cuatro hijos: Silvia (una segunda madre para nuestra actriz), Victorino, Bárbara y Gloria, nacida en 1993. Y lo que es la vida: el segundo hijo de la mayor, Silvia, que vive en México, también ha nacido con síndrome Down, como su prima.

Loli recuerda aquellos primeros años de pareja y matrimonio con cariño y como unos años duros. Tan duros como aquel destino de su esposo durante la Marcha Verde en el Sáhara Occidental: «Nunca olvidaré la amistad entre los familiares de aquellos soldados…., ni las despedidas…, porque en verdad se iban a la guerra. Las mujeres de militares, y más en aquellos años, también somos militares. Digamos que nos va en el sueldo».

Loli encontró trabajo como dependienta en El Corte Inglés de la calle Princesa de Madrid, en pleno barrio de Argüelles, esquina con la calle Alberto Aguilera. Y es mencionarle el barrio, y recordar los distritos de Villaverde, Carabanchel, Cuatro Vientos… y se le revuelven las entrañas y los sentimientos cada vez que los acusan de fachas por ser familia de militares, mientras recuerda los años de plomo de los asesinos de ETA.

Por entonces los hijos iban al Colegio Amorós de los marianistas en Carabanchel Alto, Victorino estaba destinado en la Brigada Acorazada de El Goloso como jefe artillero y, entre unas cosas y otras…, se acerca el nacimiento de nuestra Gloria.

Loli recuerda que ni se le pasó por la cabeza realizarse la prueba de la amniocentesis para comprobar determinados estados

del feto, aunque después sí que se dio cuenta de que el embarazo no había sido como los anteriores. Entonces, en mitad de nuestra conversación y entre mis notas, con Gloria aseverando y apostillando cada comentario de su madre o cada una de mis repreguntas, Loli saca un folio impreso de una carpeta con el parte médico del parto y las pruebas cromosómicas posteriores, llevadas a cabo en el Hospital San Francisco de Asís, y entonces leo por primera vez ese párrafo terrible que te pedí que leyeras con atención al inicio del capítulo… Pero bueno, el parto se desarrolló por cesárea sin mayores complicaciones en el Hospital Central de la Defensa Gómez Ulla.

Loli se detiene y recuerda a borbotones multitud de sensaciones, como que cuando alguien ve a un niño con problemas, suele mirar hacia otro lado, y que, a la vez, como el ser humano consigue normalizarlo todo, ella pensó que su hija podría aprender a leer y que nunca tendría problemas con las drogas o el alcohol. Su marido, hoy coronel, le dijo a su esposa por entonces: «Lo que hoy parece malo, mañana puede ser bueno». Y Loli recuerda que ella no lloró por lo sucedido, pero que por la noche escuchaba los sollozos de su esposo.

Y empezaron a pasar los días, ya con los cuatro en casa, y, por si fuera poco, a Gloria le detectaron una leucemia congénita, de la que, como me cuenta su madre, «se curó sola. Estuvo quince días en el hospital y resistió. Y también sufrió una cardiopatía con once años y salió de aquello tras un cateterismo».

Gloria creció jugando con sus hermanos en casa y en el barrio. Y es que, como en otros capítulos, otra vez sale a relucir el barrio como ese punto de encuentro natural en una ciudad como Madrid.

En especial, nuestra actriz siempre se mantuvo (y se mantiene) muy unida a sus hermanos Bárbara y Vito, solo dos y un año mayores que ella respectivamente. Incluso la propia Gloria recuerda las reuniones «solo de hermanos para hablar de nuestras cosas. Sin mayores».

De niña ya destacó en danza, teatro y deportes. Tres aficiones (y oficios) que la siguen acompañando. En judo logró el cinturón naranja-verde. Loli recuerda aquel colegio de la Fundación Gil

Gayarre, donde con cinco o seis años empezaron los tratamientos de estimulación temprana: «Una frase que nos dijeron años después en otros centros es que Gloria estaba "muy bien trabajada". Sobre todo el lenguaje».

Poco después, Loli volvió a trabajar y Gloria cambió de colegio. Y del coche de mamá para ir y volver, pasó a la ruta del Colegio Virgen de Lourdes, un centro de educación especial en Boadilla del Monte donde iba a pasar más de la mitad de su vida.

Entremedias, Gloria recibió clases de autonomía personal en la Fundación Down Madrid, donde ya destacaba por su afición a las artes escénicas, y recuerda a Justo (profesor con quien mantiene contacto y actual director del cole), y se le encienden los ojos cuando habla de él y de profesoras como Isabel, Caster o Inmaculada.

Entonces descubrió el teatro y, con un orgullo profesional, Gloria rememora sus papeles como Pipi Calzaslargas, Lara Croft o la mala en una de James Bond, mientras su madre me comenta lo especiales que fueron por entonces los talleres para el manejo del dinero. Y después de comentarme esto, salta a los problemas de visión de Gloria, a su miopía, y a cómo esto no impidió que nuestra artista destacara en los cursos de cocina con quince o dieciséis años. Aquí interviene de nuevo la actriz: «Mi especialidad son los espaguetis a la carbonara y las empanadas con nombre. Porque escribo encima de cada una el nombre de quien se las tiene que comer».

Gracias a la Fundación Down Madrid, encuentran una academia de baile. A los diez años, Gloria se matriculó en ARS, una escuela de música y danza. Allí aprendió danza contemporánea como una alumna más junto a jóvenes «sin discapacidad» alguna. Pero los horarios resultaban demasiado complicados y regresó al teatro. Y lo hizo con Grease, Casablanca, El mago de Oz… hasta que llegó la televisión y el programa Con una sonrisa, una especie de reality donde un grupo de jóvenes con discapacidad intelectual hacían prácticas en un hotel. Y Gloria vuelve a destacar, ahora, en la cocina. Su jefa por entonces dijo de ella: «Es una de las mejores aprendices de cocina que he conocido. Además, consigue deslumbrar a la cámara y ser la alegría del equipo».

Y es que esa es otra. Su madre y sus profesores mantienen que nunca mostró una mala cara, incluso con su agenda llena de clases, apoyos, academias…

Poco después, y tras dos años, terminó un curso de Administración, pero eso de trabajar en una oficina sentada ante un ordenador… nunca fue la vocación de nuestra Gloria. Por cierto, Loli destaca de aquella época la independencia y autonomía de Gloria para ir y volver en Metro y transporte público de Cuatro Vientos a Cantoblanco y, después, al Ministerio de Trabajo, donde hizo las prácticas, cerca de la parada de metro Gregorio Marañón.

Gloria continuó con su formación en un proceso admirable e incansable. Con veintitrés años se graduó como auxiliar en entornos educativos a través de la Cátedra de Familia y Discapacidad de la Universidad de Comillas. E hizo prácticas en la escuela infantil Tas-Tas.

Surge aquí uno de esos momentos para comérsela. Cuando Gloria estalla con sus recuerdos en Tas-Tas y menciona a Bruno. Un niño, uno de sus alumnos, su favorito. Y entonces corre a su habitación y vuelve con una foto de todos los niños de su clase, y me señala a Bruno con una sonrisa como de madre, de oreja a oreja.

Poco después, y de nuevo de la mano de la Fundación Down Madrid, se incorpora al proyecto Lanzastela, y Gloria encuentra empleo en la tienda Adidas de la Gran Vía madrileña. Donde sigue trabajando entre castings, ensayos, escenarios y platós… después del fenómeno de Campeones, nuestro siguiente paso en la historia de Gloria.

En la familia Ramos de la Torre, las decisiones importantes que afectan a alguno de sus miembros se votan y se deciden democráticamente…, bueno, más o menos, entre Silvia (psicóloga), Victorino (maestro), Bárbara (bióloga), Gloria, papá y mamá. Durante unas vacaciones en la sierra de Guadarrama, en verano de 2017, recibieron un mensaje de la Fundación: «Están organizando un casting para una película y creen que Gloria podría tener posibilidades». La peli era Campeones y su director, Javier Fesser. La gran particularidad era que la mayor parte del reparto serían actores con discapacidades, o capacidades diferentes, que es una

definición a veces mucho más acertada.

Pero volvamos a la votación familiar: por mayoría absoluta salió un rotundo «sí». Gloria debía presentarse al casting. Un director de prestigio, un guion comprometido, una temática deportiva… Un papel que ni pintado para nuestra Gloria.

Pero Loli votó «no». Y ya se sabe aquello del voto de calidad. (En este momento del relato, Gloria irrumpe en mi conversación con su madre como ese torbellino de sinceridad y humor que solo ella es: «Mi madre dice no a todo, pero yo siempre digo sí»). Desde la productora insistieron hasta que Loli claudicó. Fue Luis Manso quien, como buen maño de Zaragoza, insistió e insistió. Todos los actores estaban seleccionados excepto la actriz que habría de interpretar a Collantes. Y entonces empezó a cambiar la vida de nuestra actriz, seguramente para siempre.

En la tienda Adidas de Gran Vía, donde trabajaba desde hacía meses, le concedieron una excedencia de dos meses, plazo previsto para el rodaje en la cancha de deportes del Instituto La Paloma de Madrid y en la provincia de Huelva.

«El rodaje fue brutal —me dice Gloria—. Fuimos muy felices. Javier Gutiérrez es genial y Roberto, Jesús, Stefan… y Fesser es muy divertidísimo».

Volvamos a Collantes, una jugadora de baloncesto un poco macarra, bromista, natural y con una personalidad imbatible. O sea, un papel como pensado para ella, porque resultó que Collantes era la mismísima Gloria, sin matiz alguno.

Cuenta Loli que la relación entre las familias de los artistas también resultó tan especial como ilusionante. Los actores contagiaban su fuerza y sus logros al equipo y a sus propios padres. Una atmósfera increíble que, de hecho, se trasladó al resultado final de la peli.

Campeones se estrenó en 2018 y recibió once nominaciones a los Premios Goya 2019. Ganó el Goya a la Mejor Película y Jesús Vidal recibió el Goya a Mejor Actor Revelación, y pronunció un memorable discurso que ha pasado a la historia. Pero lo más

importante es el bofetón que ese guion significa para el espectador y, en mayor medida, para el conjunto de la sociedad española.

En efecto, la vida cambió para Gloria. Y tras la película vino su papel en La que se avecina, en la serie Merlí: Sapere aude, junto a María Pujalte, en Historias lamentables, de nuevo dirigida por Javier Fesser, y en teatro, Hamlet, Campeones de la comedia… Entra entonces en un mundo de reconocimientos que, sinceramente, ni le afectan ni la sobrepasan, por increíble que parezca: Premio Fundación Repsol Rompiendo Barreras, concursante en Bailando con las estrellas, ponente en conferencias, anuncios publicitarios, madrina de la liga femenina de rugby, invitada de honor al Festival de Cortos de Bruselas…

«La verdad es que no me cuesta mucho aprenderme los guiones —me dice Gloria—, me gusta». Y le encanta salir de gira desde el teatro Marquina de Madrid hasta cualquier escenario de España con su última obra, Campeones de la comedia, a lo que su madre apostilla: «Ensayamos constantemente. Estudiamos juntas y la abuela María, con sus olvidos, es nuestro público en casa».

Casi hemos terminado la charla cuando Gloria entra en Instagram y se pone a bailar como una loca en el salón de su casa para demostrarme cómo se sabe la coreografía de la canción de la serie Soy Luna, interpretada por Red Sharks, «I've got a feeling».

Gloria sueña con el próximo rodaje de Campeones 2, previsto para pocas semanas después de nuestra conversación inolvidable.

A partir de ahora sus objetivos son seguir currando en la tienda de Gran Vía, continuar su formación en interpretación y baile y actuar en una peli de acción.

POSTDATA: Más admirables que cualquiera de nosotros

Lo primero que hizo Gloria cuando me saludó a la entrada de su casa fue exclamar, entre divertida y sorprendida: «¡Te pareces a Resines. Eres igual que Resines!». A partir de ahí, se refirió a mi entremezclando Ángel y Resines. Al cincuenta por ciento.

Gloria es una increíble lección de vida y de amor. Toda la familia es una lección de esfuerzo, cariño compartido y sacrificio. Es absolutamente imposible no sonreír ante cada una de sus ocurrencias, con esa naturalidad alocada que tiene y esa sinceridad sin complejos.

Y es que pocas veces en la vida conoces a alguien tan sencillo. Sin doblez alguno, sin matices y tal cual. Ese es el gran secreto de Gloria y de tantas personas como ella.

Entre bailes y coreografías en el salón de su casa, arrumacos a la abuela María, risas y los recuerdos, nuestra estrella te lanza un texto recién aprendido de su último guion: «Es que no he dormido en toda la noche porque un vecino ¡gilipollas! debe de tener de mascota un gallo. Lleva desde las cinco de la mañana haciendo el quiquiriquí… Como pille al vecino le meto el gallo por el sacrosanto». Y se troncha. Y Loli, su madre, sonríe y mueve la cabeza resignada. Y a mí, que las acabo de conocer, se me cae la baba.

He de confesar algo: cuando me planteé la redacción y los contactos para este capítulo de la campeona Gloria Ramos, pensé en la estrella de cine, en el fenómeno de la discapacidad absolutamente normalizada y en la superación, la fuerza y las ganas. Y resulta que, junto a todo lo anterior (y así se explican muchas cosas), he descubierto a una madre… infinita por inalcanzable. Así que el capítulo de Gloria se me convirtió en el capítulo de Gloria y Loli. La hija actriz (y dependienta, administrativa, cocinera, bailarina y profesora de infantil) y su madre.

La película Campeones, sin duda alguna, contribuyó a hacernos un poco mejores y a que contempláramos a sus protagonistas con normalidad. Nada más y nada menos que con NOR-MA-LI-DAD. Pues bien, tras conocer a Gloria, te puedo asegurar que la peli se queda corta. Porque no son gente normal. Son muuucho más admirables que cualquiera de nosotros.

Epílogo
Valentina «la Macaria», mi abuela

Creo que no soy demasiado original. Cuando uno piensa en una mujer de su propia vida por increíble, heroína y trabajadora… surge la figura de la abuela. Por supuesto que, en mi caso, se entremezclan Pilar, Marta, «la Paqui», Yoli… Pero la abuela «Macaria» (q. e. p. d.) me marcó. Seguro que a ti te pasa lo mismo con cualquiera de tus abuelas.

La mía se llamaba Valentina, pero al ser la hija de Manuel Agüero «el Macario», se quedó con Macaria para toda la vida. Son las cosas de los pueblos como Puente del Arzobispo (Toledo), donde mi abuela nació a principios del pasado siglo XX, hace poco más de cien años. Quiero pensar que no ha pasado tanto tiempo en términos históricos. O quizá sí.

Jamás olvidaré su punto de humor manchego, la bolsa de refranes de su memoria y las treinta pesetas que repartía entre sus nietos cada domingo de visita, nada más bajarse del autobús 45 de la Empresa Municipal de Transportes (EMT) de Madrid capital, adonde les había llevado el destino del abuelo como guardagujas de RENFE y los empujones de la posguerra: quince para mi hermano Carlos, diez para mí y un duro para mi hermana Yoli… ¡Qué coña típicamente quijotesca que los castellanomanchegos y, especialmente, las castellanomanchegas, llevan dentro desde que nacen!

La abuela, el abuelo Rufino Mora y sus siete hijos vivos (dio a luz un total de catorce bebés, pero la mitad fueron abortos espontáneos o murieron en el parto) se comieron de lleno la Guerra Civil y la posguerra, que fue peor aún para los republicanos confesos como mi abuelo. Como para que un siglo después vengan cuatro iluminados (e iluminadas) a sentar cátedra desde sus despachos, a dictar sentencias desde un rencor absurdo y a

reescribir la historia que escribieron letra a letra mis abuelos y los tuyos.

Los siete hijos de Valentina «la Macaria» y Rufino eran Rafael, Lola, Paquita, Esperanza, Benito, Mari y Manolo. Los tres mayores nacieron, como el abuelo, en la toledana Talavera de la Reina. Los otros cuatro se repartieron entre Calera y Chozas (Toledo), Villarrodrigo (Jaén) y Siete Aguas (Valencia), en función del destino de Rufino por su trabajo.

El tío Rafa se dedicó a la construcción. Lola a ayudar en el estraperlo, a cortar el pelo en casa, a arreglos de modistilla y a cuidar de sus seis hermanos. La Paca era muy rápida cogiendo puntos a las medias y despachaba en la panadería de enfrente de su casa, donde se sacaba un buen sueldo. Además, fue operaria en Manufacturas Metálicas Madrileñas, donde fabricaban sartenes, cacerolas y loza, hasta que apareció la revolución del plástico. Espe empezó a trabajar a los once años hasta once horas diarias como ayudante de costurera, y terminó como oficiala. Llegó a ganar 1,75 pesetas al día y compaginaba la escuela, la academia y la costura.

Benito ayudaba en el mercado de frutas y verduras de Legazpi, en la plaza de la capital madrileña del mismo nombre, y a cambio llevaba la fruta a casa. Tras desaprovechar un empleo como conserje en la embajada alemana, terminó como peón de obras en RENFE. Mari cosió también, como sus hermanas, pero de pantalonera hasta que emigró a París a servir. Manolo fue el único que estudió formación profesional en el Instituto La Paloma. Trabajó y ascendió en FEMSA (Fábrica Española de Magnetos S. A.) y aprendió alemán.

Todos trabajaban sin descanso, como su madre, que antes de casarse había sido doncella en casa de «unos señores» de la comarca donde se encuentra Puente del Arzobispo, y donde aprendió a cocinar de manera excelente todos esos platos que a mí tanto me gustaban.

El estraperlo

La guerra civil española y la posguerra fueron atroces, sobre todo en las ciudades y, muy especialmente, en las que se resistieron. En los pueblos y en la España rural, al menos no se pasó hambre, aunque las delaciones y chivatazos estaban a la orden del día. De hecho, un vecino pidió al abuelo que le escondiera una escopeta. Meses más tarde, ese mismo vecino lo delató por tener un arma en casa y lo condenaron a seis meses de cárcel…

En la casa de Talavera vivían todos juntos, más un huésped amigo de la familia, don Santiago Colina. Aquello de acoger «huéspedes» se convirtió en casi una costumbre en aquella España de posguerra, escondites y grandes nombres. Pero la evolución de la guerra y las consecuencias para una familia de padre republicano hacían imposible soportar las miradas, las posibles delaciones por nada y el miedo al chivato.

Y así, emprendieron un enloquecido viaje a Valencia para embarcar a las mayores hacia Rusia. Lola y Paquita zarparían como niñas de la guerra hacia aquella Rusia de Stalin a punto de estallar la Segunda Guerra Mundial. De ahí que la hija pequeña, Mari, naciera en Siete Aguas mientras la abuela Macaria volvía a servir en casa de otros «señores». Pero, al ver que aquel barco de niños de la guerra era una locura, puso el grito en el cielo y abortó la operación, cogió los petates y regresó a Talavera, y, desde allí, no tardaron en instalarse en Madrid. (Es curioso como la vida desesperada de esas migrantes con sus hijos se asemeja tanto y en todo a las migrantes latinas o africanas que se embarcan hacia nadie sabe dónde hoy en día. Las únicas diferencias son que aquello fue dentro de la propia España y ocurrió hace ochenta años. El aspecto de los migrantes, su angustia, sus esperanzas y la desesperación fueron y son exactamente los mismos).

La economía de guerra obligó a instaurar la cartilla de racionamiento tras 1939, lo que, en teoría, servía para prohibir la compraventa libre de alimentos, algo que en la práctica resultaba imposible de prohibir en la España rural. Aun así, se repetían los controles de guardias y policías en apeaderos, estaciones y puntos clave. En muchos casos, los agentes hacían la vista gorda, en otras ocasiones se cobraban «el peaje», y la mayoría de las veces se incautaban de toda la mercancía.

Rufino, como trabajador ferroviario, tenía pases para sortear los controles, de ahí que la abuela viajara constantemente en todas las direcciones ahí donde había producto con el que trapichear, a Valencia o hacia Navalmoral de la Mata (Cáceres), donde se proveía de harina, arroz, azúcar, garbanzos y aceite para mantener a su gran prole sin tener que renunciar a ninguno y para… otra cosa llamada «estraperlo», una mezcla entre supervivencia, picaresca y comercio de la que la familia Mora Agüero y tantas familias del campo aprendieron a vivir.

La etimología de la palabra estraperlo es muy curiosa. Aunando y resumiendo distintas versiones, resulta de la mezcla de dos nombres: Strauss y Perle. El matrimonio compuesto por el tal Strauss y su esposa Perle protagonizó un fraude millonario mediante unos juegos que se hicieron muy populares en la república española. De ahí que, para definir un sistema de ilegalidad popular, se empleara la palabra para definir esa mezcla de picaresca y comercio de la posguerra española. Lo más chocante de aquella España y aquel Madrid de posguerra era la normalidad de algo ilegal como el estraperlo. Un sistema se subsistencia desesperado, parecido al que existe hoy en Venezuela.

El caso es que la Macaria encontró en el estraperlo una forma de vida y de sustento porque, evidentemente, el sueldo de guardagujas no daba para tantas bocas.

En cierta ocasión, Lola, la hija mayor, ayudante habitual de la abuela, viajó con ella hasta Navalmoral. Al regresar fue interceptada por un conocido guardia al que apodaban «Franco», que, como impuesto de aduana, intentó abusar de ella. ¡Cualquiera en toda la comarca denunciaba al Franco! Desde entonces, la abuela prohibió a Lola viajar a ninguna «misión».

Entre viaje y viaje, entre los turnos de Rufino, los estraperlos de la abuela y Lola, quien cuidaba a los siete hijos era Paula, la hermana del huésped. ¿Te imaginas la mezcla, en una casa de pueblo, entre siete hijos, los padres, el huésped escondido, la hermana de este, la granja del tío Félix en Talavera (que proveía de huevos y carne) y la ayuda de la tía Felipa?

De modo que la familia entera, establecida en el barrio de

Legazpi, calle Embajadores 204, esquina Manuel Aleixandre, frente al barrio de La China, convivía con un trajín sin parar de clientes en busca de aceite, azúcar o la preciadísima harina de Navalmoral. Sin olvidar los productos abastecidos por el economato de RENFE, con precios especiales para los trabajadores: a más hijos, más descuentos.

Madrid, años 1940 y 1950… Los hijos crecen, las hijas se enamoran (las más afortunadas) y la abuela empieza a ser «legal», ya sin estraperlo, con ese permanente punto vital de Sancho Panza y, eso sí, soportando aquellas noches con olor a vino que, de vez en cuando, traía consigo el abuelo Rufino para susto y miedo de los más pequeños.

Y la vida siguió y, sin darse cuenta, aquellos emigrantes del campo a la ciudad fueron construyendo la España actual. En Madrid, Bilbao, Barcelona… Colocaron los ladrillos, uno a uno, de la España democrática y la Transición, apenas sin mirar atrás. Tan solo pensando ya, en el caso de la Macaria, en sus quince nietos. (Insisto: para que ahora vengan los mismos cuatro iluminados —o iluminadas— a dar lecciones de feminismo y resistencia sobre la memoria de aquellas abuelas de la posguerra).

Y llegamos nosotros

Madrid, años 60 del siglo pasado. La Seguridad Social (y el sistema de pensiones para los jubilados) funciona. El estraperlo pasó a la historia y aquella casa de Embajadores 204, donde se hacinaron siete hijos (más padre y madre) y algún huésped escondido, se fue vaciando. Tan solo quedaron Lola, la mayor, y Mari, que volvió de Francia con un nieto en el capazo.

El resto… Rafa a Leganés, Benito a Villaverde, Espe, con José María el electricista, a Orcasitas; Paquita a Peñagrande con Carlos, aquel camarero de Cercedilla que aprendió a leer y a escribir en la mili, y Manolo a estudiar y a trabajar hasta en alemán. Todos distribuidos por distintos barrios de Madrid. Y luego fuimos apareciendo los nietos en aquella España predemocrática, pero que

se abría poco a poco al mundo y, especialmente, a Europa.

A partir de aquí, la historia de la Macaria pasó a los recuerdos. A mis recuerdos. Y entremezclo sabores, besos y olores. Como los refranes de la abuela que parecían sacados de la segunda parte del Quijote: «Casi ná lo del ojo… y lo llevaba en la mano», «Si me callo… no hablo», «Ha llovido más que el día que murió Zafra», o aquel de «Eres más tonto que Abundio, que chocó con un tranvía y le dijo: "Usted perdone…"».

Sobre los sabores… Aquellos huevos con bechamel, el melocotón en vino y azúcar, los sándwiches vegetales con un trocito de chorizo de Cantimpalos al lado para darles alegría, o los recortes de los sobrantes de los bollos de BIMBO (Bony, Bucanero, Tigretón y Pantera Rosa) recogidos de la propia fábrica. Y me vuelve a asaltar la imagen del pan con vino y azúcar, la copita de quina, el vino con gaseosa… y aquel indio que me regaló cuando me operaron de anginas.

Aquella abuela, como tantas abuelas de España, organizaba la Nochebuena, las bandejas de dulces de Nochevieja, conoció la playa ya anciana y se bañaba solo hasta las rodillas con el mismo vestido de diario. Eso sí, siempre de negro y, si acaso, con algún estampado disimulando la apertura de esa mujer hacia la luz del mundo.

POSTDATA: Los falsos discursos feministas

Definición de la abuela según la tía Espe: «Una valiente siempre tirando del carro. Una campeona del estraperlo que llegó a llevarse la ropa de los vecinos a casa para cobrarles una peseta por hacerles la colada a mano».

Sociable, muy sociable con los vecinos y con la familia. Con mucho genio y, a la vez, con un increíble sentido del humor que distraía de cualquier drama, por duro que fuese, gracias a su sorna quijotesca.

Mi abuela Valentina (como seguro que la tuya) daba besos ruidosos y a discreción. Cada vez que te plantaba los labios en la

mejilla era para soltar una ráfaga de cuatro o cinco sonoros y jugosos muacs.

Y era capaz de hacer unas rosquillas impresionantes con la harina de Navalmoral.

La abuela llegó a votar en varias ocasiones: la Ley para la Reforma Política el 15 de diciembre de 1976, en las elecciones generales del 15 de junio de 1977, la Constitución aquel 6 de diciembre de 1978 y otra vez en las Generales el 1 de marzo de 1979.

Por cierto…, la abuela Macaria murió de un cáncer de mamá a puntito de entrar en la década de 1980. El abuelo Rufino murió en la calle, en la esquina de Embajadores con Bolívar, de un repentino paro cardíaco.

¿Y sabes qué…? Me repatean los falsos discursos feministas diseñados para ocupar un minuto de radio, un titular y un microespacio en un telediario. Al ver a tanta (y tanto) mediocre que utiliza el femenino y el masculino para parecer posmoderna (y posmoderno), me viene a la mente la imagen de la Macaria y me la imagino haciendo chistes de esa y de aquel.

Esas mujeres no fueron víctimas (que también). Esas mujeres fueron las auténticas protagonistas del cambio social en España porque, como siempre ha ocurrido en cualquier rincón del mundo, aquellas abuelas y estas madres son las que sacaron el hogar adelante.

No solo es injusto olvidar la Historia. Es mucho más injusto olvidar y menospreciar a sus actrices principales. De antes de ayer, de ayer mismo y de hoy.

Por eso este libro es tan necesario. Por ellas.

Agradecimientos

Gracias a todas y cada una de las protagonistas de este libro por abrirme su memoria, los recuerdos más personales y su vida entera, ya fuera corta o larga. Gracias por su sinceridad y por su confianza. Ninguna de ellas me dijo que no a nada de lo que les planteé.

Gracias al equipo de boinas verdes con los que recorro los lugares más complicados del mundo entero. Sin rechistar. En cualquier momento. La mochila, las botas y el micro siempre listos. Unos boinas verdes con los que río, lloro, paso miedo… y juntos hacemos el mejor periodismo que sabemos.

Gracias a Olga y a Isabel porque así, de su mano editorial, todo es muy fácil.

Y gracias a Pilar, aquella «novieta» del instituto que sigue aportando ideas y me pone los pies en el suelo, sobre todo, siendo crítica.